

NEWADULT

Corto- cicuito

~IRIS MACKENZIE~

Copyright

EDICIONES KIWI, 2015

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, noviembre 2015

© 2015 Rocío Muñoz González

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: iStock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

*Para mi compañera, la más bella,
la más grande, la mejor,
mi consejera...
mi madre.*

Prefacio

La luz del atardecer se filtraba por la ventanilla del taxi que circulaba por la carretera en paralelo al cauce del río Guadalquivir. Miraba ansiosa a mi alrededor, contemplando con poco interés cómo las figuras de los transeúntes que caminaban por la calle se desdibujaban a medida que el vehículo tomaba velocidad en dirección a las afueras de Sevilla. El taxista, un hombre mayor de pelo blanco y espesa barba cana, escuchaba entusiasmado la

retransmisión de un partido de fútbol que acababa de empezar. Ni siquiera me molesté en enterarme de qué equipos jugaban, tenía la mente puesta en el mensaje que acababa de recibir en el móvil, un cuarto de hora antes. Mi adrenalina estaba disparada: parecía un búho con los ojos abiertos de par en par esperando dar caza a su presa. Solo que la presa en este caso era yo. Alguien estaba tratando de asustarme y lo estaba consiguiendo, pero al fin le iba a poner cara.

Lo que el destino me tenía preparado, no lo sabía. La única certeza

que me acompañaba era que al menos había vivido. Estaba estudiando una carrera que adoraba, había conocido el calor de una familia, lo que era una amistad verdadera y el amor desinteresado. Morir con diecinueve años posiblemente era lo más horrible del mundo para algunos, pero yo podía decir que mi existencia tenía sentido. Aunque algo tenía claro: estaba dispuesta a luchar hasta las últimas para permanecer de pie. La parte negativa era la ansiedad que me había acompañado los últimos cinco meses. La misma que me había convertido en un auténtico

torbellino, en una persona inquieta que antes era pura tranquilidad. Si quería tener alguna posibilidad de conseguir mi propósito, tenía que dejar a un lado ese sentimiento que me apretaba el pecho muchas veces al día y que conseguía que mi corazón latiese disparado, como si hubiese estado corriendo una maratón sin ni siquiera haber despegado los pies del suelo.

—Ya hemos llegado. —La voz del taxista interrumpió mis pensamientos, sin darme margen para nada más. Miré el reloj del salpicadero y respiré pausadamente al darme cuenta de que

llegaba a mi destino con tiempo de sobra.

—Aquí tiene —bisbiseé, tendiéndole un billete de diez euros para abonar los escasos minutos que había durado el viaje hasta aquel recóndito lugar.

Tranquilízate, Ainara, me reproché a la par que bajaba del taxi y me despedía levemente con la mano. El taxista arrancó, no sin antes corresponder a mi gesto, y me dejó allí en medio de la nada. Solo había campos de trigo salpicados de amapolas alrededor de la nave industrial en la que

el desconocido me había citado bajo amenaza. El edificio lucía en muy mal estado, con las bisagras de las ventanas descolgadas y el cartel de la entrada, en el que estaba el nombre de la empresa a la que había pertenecido, completamente destrozado. Sujeté el bolso con fuerza contra mi hombro y me aseguré de guardar el spray de pimienta para que estuviese a buen recaudo en el bolsillo de mi pantalón. Caminé un corto trecho hasta la entrada de la nave por un camino de tierra amarillenta y llamé un par de veces a la puerta metálica. Al no hallar respuesta, hice un poco de fuerza

y la abrí. Nada ni nadie me habría
preparado para lo que encontré dentro.

Capítulo 1

Dos meses antes.
Finales de agosto de 2012.

La parada del autobús estaba vacía cuando mi mejor amiga y yo tomamos asiento. Las seis y media de la tarde podían convertirse en un auténtico infierno en verano si no tenías un lugar donde refugiarte. En nuestro caso, lo único que nos protegía del bochorno era la marquesina que cubría nuestras cabezas. Estábamos en el pueblo en el que nos habíamos criado, pasando el día

con nuestros seres queridos.

Desde que habíamos comenzado los estudios superiores, hacíamos vida en Sevilla y apenas pasábamos tiempo por allí. Todo se reducía a facultad, residencia de estudiantes —en la que compartíamos habitación desde ese curso que aún estaba por comenzar—, trabajo a media jornada para costear los gastos adicionales cuando teníamos ocasión, biblioteca y alguna fiesta universitaria los fines de semana. Andrea y yo estábamos a punto de empezar el segundo año de nuestras respectivas carreras: ella estudiaba

Odontología y yo Bellas Artes.

Los sábados hacíamos una visita casi obligada a nuestras casas para estar con la familia y compartir un rato de charla. Almorzábamos de forma distendida con mis padres, Valentina y Jorge, mi hermana mayor Natalia y mi cuñado David. La hora de la merienda la pasábamos con Lorenzo, el padre de Andrea, que había enviudado cinco años atrás y solo tenía a su hija. Además de comer, aprovechábamos para recoger nuestra correspondencia ya que, aunque en la residencia teníamos buzón propio, no habíamos domiciliado nuestras cartas

ante la perspectiva de saber que nuestra estancia allí no iba a ser permanente. No era una casa o un apartamento alquilado, solo un lugar temporal en el que establecernos durante aquel curso. Para el siguiente, ya veríamos qué hacer.

Como norma general, el bus que esperábamos tardaba un buen rato en hacer acto de presencia, porque recorría varios pueblos cercanos antes de llevarnos a la capital. Por eso, aprovechábamos para hacer el mismo ritual: sacarnos fotos con el móvil de Andrea, que más tarde acabarían en Twitter, Facebook o Instagram, ya que

solíamos dejar constancia de nuestras salidas.

—¿Llegará algún día o nos haremos viejas aquí? —cuestionó Andrea, ligeramente molesta, paseando la vista de un lado a otro en busca del autobús que no llegaba. Interrumpimos la sesión de modelaje en ese momento, al ver que su teléfono pitaba indicando que no le quedaba mucha batería.

—Creo que será mejor que vaya reservando plaza para dos en el asilo —bromeé oteando el horizonte, con una mano puesta sobre las cejas para evitar que la luz del sol me deslumbrase—. Ya

sabes que no hay prisa, nos esperan tres cuartos de hora de atascos y paradas antes de llegar a Sevilla.

Habíamos quedado en el Centro Comercial Plaza de Armas con Jota, el novio de Andrea, con el que llevaba saliendo desde febrero, para ver una película. Cada sábado nos turnábamos para elegir plan para el fin de semana y aquella ocasión, era tranquilo. En mi fuero interno lo prefería así porque estaba algo nerviosa.

—Tendremos que echarle
paciencia —suspiró Andrea,
recogiéndose el flequillo de la frente

con un par de horquillas, para sujetarlo más fuertemente—, y si te digo la verdad, no me fío un pelo.

—¿De qué? —pregunté rebuscando el bonobús dentro de mi monedero.

—Pues de la capacidad de Jota para comprar las entradas a tiempo. Conociéndole como le conozco, va a llegar más tarde que nosotras al cine. Lo último que me hace falta es tragarme una cola de gente en la taquilla y empezar la película tarde —se quejó, intentando resignarse sin mucho éxito.

—Yo únicamente cruzo los dedos para que no invite a ninguno de sus

colegas para que nos acompañe —
murmuré cruzándome de brazos,
haciendo un puchero como si fuese una
cría, intentando causarle pena—. No me
apetece nada otra cita a ciegas
organizada por vosotros.

—Ainara, no seas tan cerrada, por
favor. Conocer a chicos nuevos tampoco
es el drama del siglo, no sé por qué te lo
tomas así —respondió arrugando la
nariz—. Sabes de sobra que Jota y yo
tenemos buena intención contigo, solo
queremos verte sonreír un poco más y si
no lo consigue una cita a ciegas no sé
qué lo hará. Necesitas darle una alegría

al cuerpo.

—Mi cuerpo está genial tal como está y no tengo que satisfacer necesidades de ningún tipo, gracias — aclaré antes de que empezase a irse por las ramas. Para Andrea, la solución a la mayoría de los problemas era el sexo.

Si me paraba a analizar sus palabras, llevaba parte de razón. No en lo referente a acostarme con uno de los candidatos que me proponía, claro, sino a la parte en la que decía que apenas sonreía. Tenía que reconocerlo: en las últimas fechas no era la alegría de la huerta precisamente. Estaba

completamente segura que quedar con alguien no iba a arreglar eso, era más un proceso interno de sanación de las heridas que había dejado Fernando, mi ex. Había estado saliendo seis años con él, desde los doce a los dieciocho, toda la etapa de instituto, prácticamente. En el primer curso de la carrera, incluso llegamos a compartir apartamento los dos solos. Se podía decir que había sido mi gran romance, hasta que la relación se acabó haciendo que la burbuja en la que había estado metida explotara salpicándome la cara. Una noche, a mediados de mayo, llegué de madrugada

a nuestro nido de amor antes de lo previsto. Venía de un concierto de Pablo Alborán y hacia el final del mismo, mi tacón se rompió haciendo que no me quedase más remedio que regresar al no poder soportar el dolor de pies. Fernando no me había acompañado porque estaba estudiando a piñón, para poder presentarse a los exámenes de junio y recuperar un par de asignaturas que había suspendido de forma catastrófica. O eso se suponía. Entré al piso a hurtadillas, procurando hacer el menor ruido posible para no despertarle, pero me lo encontré muy espabilado,

con una rubia de media melena encima, cabalgándole como si estuviese en el rodeo.

Al ser descubiertos, la chica huyó al cuarto de baño sin darme oportunidad de verle la cara y él, desnudo de arriba abajo, se puso a decirme que aquello no era lo que parecía. La excusa más vieja del mundo. Nos gritamos, le lancé las almohadas y un tanga rosa algo ordinario que estaba segura que no pertenecía a mi cajón de la ropa interior, y me marché de allí apresurada, cargada con lo que pude meter a toda prisa en las maletas.

De esa guisa me presenté en casa de Andrea, despertando a su padre en el proceso y a ella, que se quedó sorprendida al verme aparecer con una historia como esa a las espaldas. Tuvieron que llevarme al hospital y fueron Natalia y David los que me recogieron, completamente destrozada. Aquella experiencia fue como si me hubiesen abierto el pecho y echado litros de alcohol. Dolía, quemaba y a la herida aún le costaba cicatrizar, pero tenía algo muy claro. Era demasiado joven para soportar unos cuernos y seguir con él como si nada hubiera

pasado, dejarle fue la mejor decisión que tomé. Aunque todavía siguiese pagando las consecuencias.

El derrumbe de mi relación sucedió justo cuando Andrea empezaba a consolidar la suya con Jota. En un intento de animarme, me habían presentado a un amigo distinto cada fin de semana desde entonces. *Por si te interesa*, me decían. Pero ellos no entendían que era demasiado pronto para rehacer mi corazón y darle la oportunidad a alguien de no decepcionarme. Todavía no. Quizá en un futuro no muy lejano me plantease esa

opción, pero prefería tomarme las cosas con calma.

—No pareces lo suficiente feliz — prosiguió Andrea poniéndose en pie y subiendo al autobús, que se acababa de detener delante de la marquesina. Subió las escaleras, pagó su billete y se fue al fondo a buscar sitio. Hice lo propio procurando mantener el equilibrio, agarrándome con fuerza a la barras de acero que había dispuestas para ello por el pasillo.

—Es mejor que cambiemos de tema —aduje para evitar que siguiese levantando la alfombra para destapar la

mugre oculta debajo.

Nos acomodamos en la zona trasera, en la que proliferaban grafitis en los cristales de las ventanillas y fechas escritas a rotulador en los respaldos de los asientos. Andrea encendió su iPod y compartiendo auriculares, nos dispusimos a escuchar música. Las melodías de la lista de reproducción solían ser variadas. Pasábamos de Pop a *Rock and Roll* sin inmutarnos. Teníamos una máxima respecto a las canciones: si tenían sentido y significado para nosotras, nos daba igual el género al que perteneciesen o el idioma en el que

estuviese escrita la letra. Aun así, los gustos predominaban: Andrea solía escuchar música en inglés y yo en español, por lo que solíamos alternar los singles para estar más a gusto. Cuando alguna de las dos conducía, cosa que ocurría rara vez, porque no contábamos con vehículo propio, tirábamos de lo que se escuchaba en ese momento en nuestra emisora de radio favorita. Lo mismo hizo el conductor del autobús, que aceleró sin piedad mientras escuchaba el último éxito de Los Cuarenta Principales.

De repente, fui consciente de que el

sistema de ventilación no enfriaba lo suficiente, o bien, no llegaba a la parte en la que estábamos. Además en cada parada, se iban sumando más pasajeros, haciendo que el aire que respirábamos pareciese viciado. Comencé a jugar con mi pelo, más nerviosa que antes de salir, ya que la larga melena rizada se me pegaba a la nuca y me agobiaba. Siempre llevaba alguna gomilla en la muñeca por si tenía que hacerme una coleta, pero aquella tarde se me había olvidado. Andrea no tenía ese problema desde que había optado por un corte a lo *garçon* para su cabello pelirrojo.

Bromeaba diciendo que la hacía parecer más joven y eso le venía bien porque no quería hacerse mayor bajo ningún concepto. Todo lo contrario a mí, que había madurado de golpe y era la viva estampa de la preocupación.

En ese sentido, me alegraban las diferencias entre nosotras porque nos complementaban. Yo era alta, con curvas en los sitios adecuados y ojos almendrados color chocolate; prefería las novelas y era muy pensativa. Ella más bien bajita, delgada y de mirada azul intensa, adoraba las discotecas e ir directa a la acción. A pesar de ser tan

dispares, no podíamos vivir la una sin la otra. La nuestra era una amistad forjada en el lugar en el que tomas conciencia del mundo por primera vez: la guardería. Por aquella época, yo pasaba las horas dibujando y ella jugando con El Cocodrilo Sacamuelas. Nuestras futuras profesiones parecían estar escritas desde el principio.

—¿Te encuentras bien, Ainara? — preguntó Andrea observándome con preocupación, pulsando el botón de *stop* del reproductor.

Varias gotas habían empezado a recorrerme la frente, perlándola de

sudor. Saqué un pañuelo de papel de la mochila y me sequé procurando quitarle hierro al asunto, pero lo cierto es que me sentía como un flan.

—Sí, es solo que me molestan los espacios cerrados con tanta gente, nada que no sea soportable —contesté tratando de recomponer el gesto.

No me gustaba ser un libro abierto para los demás y que pudiesen leerme con tanta facilidad. Aquello que le había dicho a Andrea no podía ser más cierto y ella lo sabía: lo pasaba algo mal en los ascensores, en el transporte público y en los recintos bulliciosos. Lugares

que parecían asfixiarme por instantes. En ocasiones, cuando estaba muy estresada, me ocurría lo mismo en sitios al aire libre. Pero nada que no pudiese manejar buscando pequeñas distracciones. Normalmente solía jugar con el colgante en forma de tortuga que pendía del móvil, pues era como las pelotas con efecto anti estrés, pero en ese momento nada conseguía entretenerme. No encontraba modo de relajarme, quizá porque le venía dando vueltas al hecho de que pisar el pueblo había conseguido traer viejos fantasmas al presente. Habiendo tan poca distancia

de mi lugar de nacimiento hasta Sevilla, lo lógico hubiera sido que me independizara por allí aunque lejos de mi familia. Pero eso significaba pasear por el mismo lugar por el que andaba Fernando, algo que no me apetecía lo más mínimo. Él había abandonado el piso que tenía en la capital poco tiempo después de nuestra ruptura y la idea de encontrármelo se me antojaba insoportable. Aunque sabía que el momento tenía que llegar, lo mejor era postergarlo lo máximo posible. Por eso, me alegraba que Andrea hubiese aceptado la idea de compartir habitación

en la residencia de estudiantes femenina, un edificio donde la testosterona no tenía hueco. Nos habíamos instalado hacía una semana y sabía que su compañía iba a ser el empujón que necesitaba para volver a ser yo: tenía la certeza de que no me iba a engañar con la primera persona que pasase, como había hecho mi ex.

Cuando nos apeamos en la Estación Plaza de Armas y seguimos a la multitud por las escaleras mecánicas, un fuerte mareo hizo que me agarrase a la barandilla para evitar acabar hecha un ovillo. Empecé a notar una taquicardia

inusual y cerré los ojos con fuerza. Se suponía que eso no debía de ocurrir... Por el cambio brusco de vida y la decepción que había sufrido, no sabía canalizar adecuadamente los sentimientos que tenía dentro. Eso se transformaba en fuertes ataques de ansiedad con multitud de síntomas: mareos, palpitaciones, sudoración excesiva, dolor en el pecho, sensación de tener los brazos dormidos e incluso bloqueos mentales. Me costaba expresar en voz alta mis preocupaciones y mi cuerpo las reflejaba de forma física. Según Elena, la psiquiatra que me

atendía desde el episodio de urgencias, a eso se le llamaba psicomatización. Debido a todo ese estrés, estaba en tratamiento, controlada con una dosis mínima de ansiolíticos. El objetivo era mantenerme calmada y evitar que las crisis se repitieran. Las señales volvían a manifestarse sin que pudiera hacer nada por evitarlo en ocasiones como esa, en las que estaba ligeramente desbordada.

—Me voy a caer, necesito sentarme
—gemí apoyándome contra una pared para evitar besar el suelo. Vi que una de las sillas de plástico próximas a las

ventanillas donde se vendían los billetes para viajes más largos estaba libre y dando un par de zancadas inestables, me dejé caer en ella completamente mareada. El universo entero daba vueltas a mi alrededor.

—Tranquila, respira hondo y ya verás como se pasa. Estás demasiado inquieta y te pones peor si le prestas atención, ya lo sabes. —Andrea se posicionó a mi derecha y me pasó unas manoletinias negras —. Toma, pónelas.

—¿Y esto? —inquirí sosteniendo los zapatos contra mi regazo, como si estuviese protegiéndolos de algo. De mí

misma, quizá.

Noté cómo el móvil vibraba en el bolsillo, pero decidí no prestar atención a la notificación que acababa de llegarme hasta que estuviese lo mejor posible.

—Calzado de repuesto para emergencias. —Andrea sonrió mientras me ayudaba a desabrocharme las sandalias—. Me fijé en que las dos habíamos salido con unos buenos *zancos* y decidí que era mejor prevenir que curar una buena cojera.

—Es genial, pero... ¿qué hago con los otros? No voy a ver la película con

las sandalias en la mano, mi bolso está hasta arriba y la idea de ir primero a la residencia no es muy viable ahora mismo —respondí confusa, buscando posibles soluciones.

—Ahora te dejo un hueco para que las guardes, no te preocupes.

—Eso que llevas ahí, ¿qué es?, ¿el bolso de Mary Poppins? —bromeé al ver que no paraba de sacar cosas del interior del mismo, para luego volverlas a guardar siguiendo un orden muy meticuloso.

—Más o menos. —Sonrió—. Pero todo sea por tu salud. Bastante mal lo

pasas cuando te pones así de nerviosa como para que lo hagas sobre unas sandalias de diez centímetros de altura. Mejor que vayas cómoda. Además, eres ya alta de todos modos, si te las quitas no me harás sentir tan pequeña.

Su respuesta me resultaba lógica, y en medio de aquel caos que era mi cuerpo, no me planteaba cuestionar nada. Respiré hondo un par de veces y después me puse en pie. Pisar el suelo con más firmeza, ayudaba bastante a mi seguridad. Tenía que darle la razón en ese aspecto.

—Gracias, eres una buena amiga.

Recuérdame que te invite a un par de mojitos antes de que se acabe el verano. Aprovecha tú, que puedes alcoholizarte un poco —sostuve algo más calmada. Tras comprobar que había recuperado la estabilidad decidí que lo mejor era no postergar nuestra cita con Jota. —¿Nos vamos? —pregunté.

—Cuando quieras —respondió pacientemente.

Crucé la puerta que daba al exterior con la mayor determinación posible, con Andrea pisándome los talones. Nos detuvimos ante un semáforo que estaba en rojo. Entretanto

esperábamos a que cambiase a verde, intenté mentalizarme que dependía de mí estar o no relajada y disfrutar de aquella tarde. *Carpe Diem*, me recordé. Era el lema que estaba intentando aplicar en mi vida en las últimas fechas. Aunque por desgracia, no siempre lo conseguía.

Capítulo 2

El cine al que nos dirigíamos estaba situado a pocos metros del semáforo, dentro del centro comercial. Era un edificio de piedra rojiza con la zona superior abombada que anteriormente había albergado una estación de trenes. Se dividía en tres plantas: en la baja había un Mercadona y una tienda de golosinas y un pasillo conectaba con el aparcamiento. El primer piso albergaba la mayor parte de zonas de ocio: tiendas de ropa y

calzado, restaurantes de comida rápida, tiendas de móviles y la taquilla de venta de entradas. En el segundo piso estaban las salas de cine y un conocido bar de comida americana. Todo conectado por varias escaleras y un ascensor de cristal que cuando se movía, me daba un vértigo horrible. Nunca sabía si era por el ruido metálico que provocaban los engranajes o porque las vistas se desdibujaban por unos instantes al cambiar de planta.

Atravesamos el centro comercial ojeando escaparates y mirando por todas partes por si veíamos a Jota aparecer,

pero no había ni rastro. El humor de Andrea empeoraba por momentos aunque intentaba disimular delante de mí. Miré mi reloj de pulsera exasperada al darme cuenta de que teníamos motivos para estar más que enfadadas, la película iba a empezar sin que estuviésemos acomodados en nuestros asientos.

Llegamos a la altura del ascensor y justo al lado, un par de sillones de masaje de piel negra estaban colocados estratégicamente para atraer a la clientela. Conmigo lo conseguían porque siempre que pisaba aquella zona

recreativa, me sentaba en uno y disfrutaba de un placentero cosquilleo en las cervicales.

—Le voy a escribir un WhatsApp, a ver dónde está —se quejó Andrea, caminado de mala uva de un lado para otro, tocando la pantalla de su móvil con desesperación. La batería se le iba y ni rastro de su novio.

Había acertado al decir que no iba aparecer a tiempo, era un impuntual sin remedio, un alma libre que nunca miraba la hora y apenas recordaba el día en que estaba. En el tiempo que le conocía aún no era capaz de entender cómo se las

apañaba para que no le hubiesen echado del trabajo. Jota ocupaba un puesto como jardinero en Isla Mágica, el parque de atracciones que se había inaugurado en Sevilla en 1997 aprovechando los terrenos de la Exposición Universal de 1992 y que llevaba quince años en funcionamiento.

—Si quieres mira arriba, por si nos está esperando allí. Yo me quedo un poco más, que esto es muy relajante. — Cerré los ojos y me acomodé. Acababa de poner el sillón en funcionamiento echándole una moneda de cincuenta céntimos y estaba en algo parecido a la

gloria bendita. Si con eso conseguía volver a la normalidad, ahorraría para comprar uno y ponerlo en mi habitación.

—Paso, le voy a llamar directamente antes de que esto se apague por completo. —Se alejó en dirección a unas puertas acristaladas para tener más privacidad.

Eso no evitó que escuchase parte de la conversación. En el momento en el que llamó a Jota por su verdadero nombre, supe que la cosa se estaba complicando. Realmente Jota se llamaba Joaquín Romero, pero le gustaba tan poco que se presentaba ante los demás

con su inicial. Mientras Andrea seguía debatiendo, mi teléfono volvió a vibrar y me acordé de la notificación que había recibido un rato antes. No sabía si se trataba de un email, un SMS o de si me habían hablado por alguna red social porque había adoptado la costumbre de tener el móvil lo más silencioso posible para que no sonase a todo trapo en clase. Me había pasado una vez y de la misma vergüenza que había pasado, solo lo dejaba con sonido cuando estaba en mi habitación.

Desbloqueé la pantalla deslizando un dedo y me encontré un privado de

Facebook de Matthew, mi mejor amigo y compañero de clase. Le había conocido en la presentación del curso anterior y al momento habíamos conseguido conectar. Ahora estaba en York, su ciudad de origen, pasando el verano con su gente. Contesté al mensaje que me había escrito, en el que me preguntaba por mis planes para los últimos días de agosto y después de intercambiar un par de frases más y de asegurarme que él se encontraba bien, me despedí para disfrutar con calma los últimos minutos de masaje.

—Perdona, ¿está libre? —Una

elegante voz masculina llegó hasta mis oídos, y la pregunta provocó que tuviese que alzar la cabeza para poder mirar a los ojos a mi interlocutor.

Y menudos ojos... Eran de un verde brillante y estaban enmarcados por unas pestañas negras y rizadas. Lo primero que pensé fue que se había aplicado Rimmel, pero deseché la idea cuando escruté el resto de su cara. No era maquillaje, estaba al natural. Se trataba de un chico moreno con el pelo ligeramente peinado hacia atrás con gel fijador, de boca carnosa y mandíbula cuadrada con barba de un par de días.

Era de altura considerable, un par de años mayor que yo y estaba para mojar pan y rebañar el plato.

—No —dije pasándome la lengua por los labios, reseco por el calor y por su presencia—. Quiero decir, sí. Está libre y por tanto no está ocupado.

Si había un momento para decir incoherencias, el mío definitivamente fue ese. Acababa de hacer la idiota delante de un tío que no conocía de nada. Yo, que me caracterizaba por mis comentarios sarcásticos, acababa de dar una explicación digna de una niña de segundo de preescolar. O peor, porque

estaba segura de que las niñas de esa edad se habrían expresado mejor que yo. Deseé ser una avestruz para poder meter la cabeza bajo tierra en momentos como ese.

—Supongo que sí, que si algo está libre no puede estar ocupado. —El chico me miró y riéndose entre dientes, se acomodó en el sillón contiguo. Al instante este empezó a funcionar. Me fijé en que llevaba puesta una camiseta de Greenpeace que llamó bastante mi atención. Aparté la vista ligeramente avergonzada.

Al mirar de nuevo en su dirección,

contemplé cómo hacía lo imposible por contener la risa mientras jugaba a algo en su teléfono y estaba casi segura por el sonido que se trataba del famoso Candy Crush. ¿Se estaba burlando de mí o eso me parecía? Puse mi mejor mueca de asco y procedí a ignorarle. De nada iba a servir que le diese explicaciones, ya me había juzgado y tomado por una torpe. Era lo malo de las primeras impresiones, que a veces podían ser equivocadas.

Andrea apareció tirando del brazo de Jota y me di cuenta de que por unos minutos, me había olvidado de su

existencia por completo. Me puse en pie y caminé unos cuantos pasos hasta ellos, pero acudieron rápidos a mi encuentro.

—¿Tú por aquí? —me dirigí a Jota cruzándome de brazos. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y sus ojos grises curioseaban todo lo que tenía delante con mucha parsimonia. Si hubiera nacido en los sesenta sería el tipo más feliz sobre la faz de la Tierra. Era prácticamente un hippie.

—Vámonos, la peli está a punto de empezar y todavía no hemos comprado las bebidas y palomitas —interrumpió Andrea, que me hizo señas al ver al

chico que tenía detrás de mí, sin quitarle el ojo de encima. La comprendía, había cosas que una no podía evitar perderse. Asentí haciéndole ver que era consciente de su presencia y gesticulé con las manos, dándole a entender que más tarde le daría toda la información.

—Siento llegar tarde, estaba recogiendo las herramientas de jardinería. —Jota se dirigió a mí con gesto afligido, poniéndose una mano a la altura de lo que él suponía que era el corazón. No se había dado cuenta de que la había posicionado en el derecho y no en el izquierdo, como era habitual. Era

un caso perdido...

En la otra mano me fijé que sostenía tres entradas para esa noche: Ted. Según había visto en los anuncios de televisión, era la historia de un oso que cobraba vida después de que un crío pidiese un deseo y le acompañaba toda la vida, hasta la mismísima trentena, cuando ya era un hombre y tenía una novia que reclamaba más atención que el juguete. Humor gamberro del que me gustaba. Genial, al menos iba a poder divertirme un rato.

—No intentes enredarme, que siempre que nos reunimos apareces

tarde. —Puse los ojos en blanco y comencé a subir las escaleras no sin antes mirar por última vez al muchacho del sillón de masaje, que alzó la cabeza en mi dirección y después de sonreírme a medio lado, continuó jugando. Por la forma en la que movía una de sus manos, repiqueteando los dedos contra el pantalón, me dio la sensación que estaba esperando a alguien. Al parecer el novio de mi amiga no era el único que llegaba a destiempo.

Jota y Andrea me siguieron. Les escuché discutir por lo bajo mientras pagábamos los aperitivos y nos

encaminábamos a la sala número cuatro. Recé para que en la pantalla únicamente se estuviesen emitiendo los anuncios previos. Detestaba perderme el principio de la cosas, para mí era como empezar un libro sin haber leído el primer capítulo. La estancia estaba en penumbra cuando nos posicionamos en nuestras respectivas butacas. Les dejé paso a la parejita y me quedé lo más cerca del pasillo que pude. Era un modo de sentirme más segura, pues si llegaba a encontrarme demasiado agobiada podía buscar la salida con facilidad. Inconscientemente mi mente encontraba

mecanismos para huir, era como un modo de defenderme. Todavía no sabía por culpa de qué, pero algo en mi interior me mantenía en un estado de alerta permanente.

La figura de un hombre de extraña vestimenta apareció al trasluz de la pantalla y se desvaneció cuando las luces se apagaron por completo y la película dio comienzo. No sabía si me lo había imaginado y en cierto modo era una representación de mis miedos o realmente ese tipo había entrado en el cine. Pero ver a alguien en pleno verano con espesa barba rubia, un abrigo hasta

los pies y botas militares no me cuadraba.

Capítulo 3

Pum. Pum. Pum. Pum. El golpeteo rítmico de mi corazón quedaba amortiguado por el sonido de los altavoces de la sala. La película estaba resultando muy entretenida y me reía a ratos, pero no podía evitar seguir hecha un manojo de nervios. Me había tomado mi dosis de medicación junto con un sorbo del refresco. Si tenía suerte, a la media hora me haría efecto y podría relajarme por completo.

Centré mi atención en Ted y sus

travesuras para evitar mirar a Jota y Andrea, que después del sofoco, estaban dándose el lote con total naturalidad. Percibí que, un par de filas más abajo de donde yo me encontraba, alguien reía sin parar con las ocurrencias del oso. Resoplé con fuerza, bastante incómoda por la situación. Fijándome bien, pude atisbar que se trataba del mismo chico con el que había coincidido antes. Sus ojos verdes centellearon al encontrarse con los míos y volvió a sonreír a medio lado, como había hecho antes, consiguiendo que yo pusiese otra mueca de asco.

—Imbécil —murmuré llevándome un puñado de palomitas a la boca para silenciarme y no empezar a proferir insultos a diestro y siniestro. Algo en él me atraía y me incomodaba a partes iguales. Teniendo en cuenta que era la primera vez que le veía, eso decía mucho de él y de mí. Estaba como un gato panza arriba, buscando defenderme ante todo y ese día, él era mi ratón.

—¿Decías algo? —contestó Andrea en un intento de recobrar la compostura. Se acomodó los botones de la blusa y apartó a Jota de un empujón cariñoso.

—¡Auch!, no seas bruta, caramelito —se quejó este, frotándose el pecho como si le hubiesen clavado un puñal. Escuchar el apodo cariñoso que había empleado para dirigirse a ella, me pareció una auténtica cursilada.

—Creo que voy a potar. —Hice el gesto de meterme dos dedos en la boca, como si fuese a provocarme el vómito allí mismo. Luego me arrepentí al acordarme de que Fernando solía utilizar términos por el estilo cuando se ponía meloso. Todo me recordaba a él por mucho que hacía un esfuerzo por desterrarlo de mi mente. Pero seguía

trabajando en ello. No quería pasar toda mi vida aferrada a su recuerdo.

El chico misterioso se giró en mi dirección una vez más, al escucharme decir aquello, y lo primero que pensé es que iba a coger tortícolis si seguía así. Visto desde mi perspectiva, parecía estar demasiado atento a lo yo que hacía y eso me enervó más. Iba a necesitar una buena tila antes de dormir.

—Ainara, no seas bestia que tampoco es para tanto —me reprochó Andrea, antes de seguir dándole sonoros lengüetazos a Jota.

—Nada, vosotros a lo vuestro.

Luego me contáis vuestra impresión de la peli. Seguro que os parece terrorífica y por eso estáis así de pegados — ironicé.

Los escuché murmurar, pero al momento siguieron en lo mismo: sesión intensiva de besuqueo. Me encogí de hombros, preguntándome por qué había aceptado su propuesta de quedar. Aquello de que tres son multitud era demasiado cierto. Allí estaba yo de *sujetavelas*, echando de menos a los estrafalarios amigos de Jota, por increíble que pareciese. Era una contradicción, pero al menos cuando se

presentaba alguno éramos número par y no me quedaba hablándole a la pared o mirando las musarañas cuando los otros se enrollaban. Pero allí sola, estaba empezando a aburrirme. Bien podrían haber ido a la sesión *golfa* y haberme dejado disfrutar de la película sin interrupciones. Eso o que Matthew estuviese allí para aportar su toque de cinismo que tanta gracia me hacía en momentos de tensión. Estuve tentada de hablarle por Facebook de nuevo, pero no era plan de amargarle las vacaciones con mis penas. Ojalá regresase pronto, le echaba muchísimo de menos.

—Voy al baño —manifesté. No obtuve respuesta alguna.

Cogí el bolso que había soltado a mis pies y me lo colgué de un hombro. Mis tacones estaban dentro de la mochila, justo en medio de Jota y Andrea y no pensaba meter las manos por ahí para recuperarla. Me levanté despacio y enfilé el pasillo haciendo todo el ruido posible, en un intento de hacerme notar para ver si la parejita se cortaba un poco, pero no logré mi propósito. Bajé las escaleras con la entrada en mano para que me permitiesen volver, y me dirigí al

servicio público más cercano, que estaba situado al lado de un bar que había en el centro comercial. Pasé por delante de una tienda de deportes y me entretuve unos segundos mirando las zapatillas.

Iba pensando que me hacía buena falta comprarme un par cuando entré en el baño. Estaba decorado con azulejos rectangulares que variaban la tonalidad, pero se movían siempre dentro de la gama del rojo. Un gran espejo atravesaba una pared de una punta a la otra con varios lavabos debajo. Justo en frente, estaban los cubículos

independientes. Presioné el botón del grifo más próximo a mí y me refresqué la cara y parte del cuello con agua. Inspiré hondo y puse las manos debajo del secador automático que había junto al dispensador de gel, cuyo bote estaba vacío. Saqué el pintalabios de la mochila y me dispuse a maquillarme, pues necesitaba algo de vida en el rostro porque estaba muy pálida, cuando una de las puertas a mi espalda se abrió. Para mi sorpresa, vi a través del espejo cómo un vagabundo me apuntaba con una navaja. Era de mi altura, llevaba ropas oscuras y raídas y daba mucho

miedo. Su cara y manos estaban cubiertas de roña y apestaba a alcohol desde lejos. Enseñó los dientes para atemorizarme y lo consiguió: le faltaba al menos media dentadura y la otra mitad no tenía un color normal. Si Andrea hubiese estado allí y las circunstancias hubieran sido otras, habría insistido en hacerle una limpieza dental a fondo.

Di un respingo en cuanto mi capacidad de reacción se activó y empecé a alejarme en dirección a la puerta, intentando sofocar un grito.

—¿A dónde te crees que vas? —Se

abalanzó sobre mí para impedir que me escapara y fue bastante rápido a pesar de su estado de embriaguez, pues acabé contra la pared con la navaja rozándome el cuello. Intenté forcejear para librarme de él, pero era más fuerte que yo. La barra de labios acabó rodando por el suelo y rompiéndose contra el suelo de tal forma, que si se miraba desde una distancia prudencial a cualquiera le hubiese parecido un goterón de sangre en medio de las losas.

—¡Suéltame! —exclamé medio ahogada, con los niveles de adrenalina disparados. *A la mierda la medicación,*

pensé al darme cuenta que las pulsaciones habían vuelto a dispararse como si no hubiese tomado el tratamiento. Tal y como estaba comprobando, el instinto de supervivencia era más fuerte que cualquier ansiolítico.

Su mano me tapó la boca impidiendo que continuara hablando y el filo de la navaja pinchó más la fina piel de mi cuello. Si no hacía algo, me iba a degollar allí mismo.

—¡Dame todo tu dinero! —Su aliento apestaba a vino barato cuando pronunció aquellas palabras con cierto

desdén.

Como pude, abrí la mochila y me puse a rebuscar en el monedero. Él seguía el movimiento de mis manos y eso me sirvió de ayuda, pues le di un puntapié en la entrepierna cuando menos lo esperaba. Cayó de rodillas, doblado por el dolor, pero sus ojos no se apartaron del billete de quinientos euros que había arrojado al suelo. Se abalanzó hacia él como si estuviese viendo un lingote de oro y aproveché la oportunidad para huir. Por desgracia para el mendigo, se trataba de una propaganda que por un lado tenía

impresos un par de anuncios y por el otro parecía dinero auténtico. Más de una vez, algún conocido había picado en esa broma y por eso lo conservaba. Jamás se me habría pasado por la cabeza que aquel *flyer* iba a resultarme de ayuda vital.

A mitad del pasillo y con gente caminando a mi alrededor, buscando con urgencia un retrete, el mendigo se tiró encima de mí, derribándome por completo. Caí hacia delante y me libré de partirme la nariz gracias a que amortigüé como pude parte de la caída con los brazos y un lado de la cara. Iba a

tener un buen moratón en una mejilla al día siguiente, de eso no tenía duda. Giré tratando de librarme de su peso y de sus manos enfurecidas que me registraban buscando algo que no encontraría, pues las personas que estaban por allí comenzaron a gritar y a intentar apartarle, sin mucha convicción.

El guaperas con el que no paraba de encontrarme, se abrió paso entre dos señoras mayores que trataban de arrear con el bolso a mi opresor. De una patada, lo estampó contra una maquina dispensadora de botellas de agua. Me di cuenta de que estaba hiperventilando,

cuando escuché más alto mi respiración que las preguntas acerca de cómo me encontraba que empezó a hacerme la gente confinada allí. Incapaz de contestar, hice acopio de fuerzas para ponerme en pie y alejarme lo máximo posible del mendigo. Temblaba de arriba abajo por la impresión y sentía que de lo mareada que estaba, iba a perder la consciencia en breve. Demasiadas emociones en un corto espacio de tiempo no eran lo mejor para mi salud mental.

 Mi salvador y el tipo que me había atacado intercambiaron una ristra de

puñetazos que acabó con el mendigo huyendo, con un pómulo hinchado y el joven con un labio partido. Cuando este fue consciente de su herida, sacó un pañuelo de papel del bolsillo de atrás de sus ajados vaqueros e hizo presión para detener la hemorragia, cosa que consiguió al cabo de unos segundos.

Los curiosos empezaron a disolverse en cuanto la acción finalizó y todo volvió a la aparente normalidad. Aprovechando que nos habíamos quedado solos, el chico se acercó hasta donde me encontraba.

—Soy Lucas Olivera —extendió la

mano en mi dirección a modo de presentación.

—Ainara Moreno —contesté estrechándosela. —Gracias por ayudarme hace un momento, me has salvado de un atraco en toda regla.

—No es para tanto —sonrió a medio lado, como parecía ser habitual en él—, pero ¿te encuentras bien?

—Sí, únicamente ha sido un golpe tonto. Se ha abalanzado sobre mí sin darme margen para defenderme —le expliqué, buscando por el suelo la entrada de la película. Tenía toda la pinta de haberla perdido en el transcurso

del forcejeo. *Genial*, pensé. Aunque visto con perspectiva, tampoco tenía ánimo de regresar al cine después de lo ocurrido.

—Me alegra, pero deberías tener cuidado. ¿Dónde quedó aquello de que las chicas vais acompañadas al servicio? —soltó de pronto, en un intento de rebajar la tensión, todavía palpable en el ambiente.

—¿Bromeas? —pregunté incrédula caminando en dirección a la salida del centro comercial.

—No me río de ti —aclaró—, sino contigo. Y tan solo un poquito. Es que

siempre me he preguntado el motivo por el que las mujeres vais de dos en dos al cuarto de baño, y creo que ahora lo comprendo.

—Ya, claro. —Sus chistes no me hacían ni pizca de gracia por lo que me detuve. Inspirando hondo y soltando el aire retenido después, me dirigí a él—: Mira, Lucas, agradezco de veras lo que has hecho por mí, pero lo único que me apetece en este momento es darme una ducha y echarme a dormir.

—¿No avisas a tus amigos? — Ignoró por completo lo que acababa de decirle. Era más que obvio por lo que

había respondido que iba a regresar sola.

—Prefiero no asustarles, aunque la verdad, no creo ni que se hayan dado cuenta de mi ausencia. Suele pasar constantemente cuando salimos los tres. Les voy a escribir un mensaje y asunto resuelto. —Me encogí de hombros, despreocupada, y saqué el móvil para dejarle un WhatsApp de aviso a Andrea rezando porque aún le quedase un resquicio de batería y lo recibiese correctamente. No tenía ganas de soportar un interrogatorio cuando volviésemos a vernos. Pero estaba

segura de que me sometería al tercer grado.

—Te acompaño, no te preocupes por nada. —Me revolvió el pelo como si fuese un cachorrito al que estaba premiando con su caricia.

—¿Qué se supone que haces? —aseveré apartándome de él para que no invadiese mi espacio personal. Era lo que menos necesitaba en ese momento: el límite del día ya había sido rebasado.

—Nada, vamos. No pienso dejarte ir por ahí sola, no sea que vuelva a aparecer el tío ese. —Comenzó a caminar sin rumbo fijo y al no saber a

dónde me dirigía se paró, expectante, cruzándose de brazos.

—Por aquí —dije exasperada, sin querer aceptar su protección, pero incapaz de rechazarla. Me sentía expuesta, vigilada y por el bien de mi cordura, sería mejor regresar lo antes posible y olvidarlo todo.

Mientras andábamos en silencio el resto del camino, contemplé a Lucas por el rabillo del ojo. Después de su intervención, me parecía más agradable, pero tenía un puntito algo petulante que continuaba echándome para atrás. Pero era guapo, guapo con ganas. Y la forma

en la que la camiseta se le ajustaba al cuerpo hacía que mi mente se nublara más de la cuenta.

Capítulo 4

Mis pies se detuvieron cerca de un arbusto de la Plaza del Museo. Durante el primer año de carrera, habían sido incontables las veces en las que los profesores nos llevaron allí a dibujar al aire libre. Sacábamos los caballetes, lienzos, pinceles y tubos de pintura y le dábamos rienda suelta a nuestra creatividad plasmando el monumento a Murillo que presidía la plaza o un árbol centenario con las raíces más gruesas que las frondosas ramas. Me senté en

uno de los bancos de mármol incapaz de dar un paso más debido a la ansiedad, que comenzaba a atacar de nuevo, y Lucas sin comprender nada, me imitó.

—No hace falta que sigas acompañándome, esto no tiene pérdida. En cuanto tome esa calle. —Hice un gesto indicando la dirección—. Y gire a la derecha, llegaré a la residencia en la que vivo.

—¿Estás segura? Lo cierto es que no tengo nada mejor que hacer hasta las diez y media que he quedado con mi compañero de piso, no me importa dejarte en la puerta —comentó,

aparentemente distraído.

—No es necesario, de verdad —
espeté con desasosiego.

—No me fío mucho. Vas andando
de lado a lado ¿Has bebido o algo? —
Ladeó la cabeza, estudiándome con una
mueca burlona asomando a sus labios.

Le fulminé con la mirada ante su
pregunta carente de sentido. ¿Acaso
tenía pinta de estar en las mismas
condiciones que el mendigo?

—Claro que lo he hecho, pero nada
de alcohol: una simple Coca-Cola sin
cafeína y que yo sepa, no tiene efectos
secundarios que hacen que camine

haciendo esos —respondí tratando de quitarle importancia. Pero lo cierto era que estaba sufriendo un bajón. En medio del ataque, la medicación no me había hecho nada, pero con la noche cayendo sobre nosotros empezaba a estar algo somnolienta.

—Nena, no hace falta que te alteres, que tampoco es para tanto. Todo el mundo bebe aunque sea en Nochevieja.

—Ya, pero yo no puedo —finalicé la conversación para no tener que dar más explicaciones que estaba segura que no iba a comprender.

Hizo una mueca extraña, pero no le hice caso y extendí la melena sobre mis hombros a modo de abrigo. Había empezado a refrescar y desde pequeña tenía la costumbre de dejar que el cabello me cubriese cuando la temperatura descendía. Solía llevarlo en un moño improvisado para evitar mojar los mechones en disolvente, aguarrás o acuarelas. Eran gajes del oficio y como tal no me importaba hacer algunos sacrificios. Pero como había olvidado la gomilla, Lucas me había conocido en mi versión «arreglada para salir». Sin querer rocé su mejilla con los dedos al

desenredar con brusquedad un mechón enganchado en uno de mis pendientes. Cerró los ojos ante el contacto y los volvió a abrir, pero algo en su mirada había cambiado. Sus pupilas se habían dilatado y sin que pudiera evitarlo, acortó el espacio entre nosotros quedando a un palmo de distancia.

—¿Quieres algo más de mí? Si eso es así, solo tienes que decirlo. — Lucas escrutó mi rostro y se detuvo un segundo más de la cuenta en mis labios. Al tenerle tan cerca pude percibir que alguna pecas le salpicaban la cara dándole un aire travieso.

—Ni de coña —susurré muy despacio, haciéndole la cobra. E instantáneamente me puse en pie para alejarme un poco de él—. ¿Desde cuándo golpear a alguien sin querer es un intento de ligar?

—Te sorprenderían los métodos de algunas de mis ex novias —replicó guiñando un ojo.

Me gustaba y repelía su picardía a partes iguales, por mucho que intentase negarlo, pero no estaba preparada para complicarme la vida ni con una de las citas a ciegas organizadas por la loca de mi mejor amiga ni con el chico que me

acababa de salvar el trasero.

—Se hace tarde —me limité a decir, cambiando de tema. Era mejor despedirnos ahí a prolongar más la situación, al fin y al cabo nuestros caminos no volverían a cruzarse en una ciudad tan grande.

—Esto es una despedida, ¿verdad? —comentó cabizbajo y con el rostro compungido. Parecía que estaba ensayando una obra de teatro más que diciendo adiós. Sin duda, yo le hubiese dado un Goya por su gran interpretación.

—Sí, no puedo entretenerme más. Gracias por ayudarme y por venir

conmigo hasta aquí. Has sido muy amable. Espero que la herida del labio cicatrice pronto y no te deje marcas. — Alargué la mano hacia él porque la idea de despedirme con dos besos aunque no me desagradaba, me resultaba un tanto peligrosa dadas las circunstancias.

—Nos vemos, Ainara —dijo correspondiendo a mi gesto con otra de sus sonrisas a medio lado.

—Hasta luego, Lucas —contesté sin poder aguantar la risa después de caer en el chiste fácil. Me alejé rodeando la estatua y caminé por la acera que había al lado del

aparcamiento de bicicletas que pertenecían al Ayuntamiento de Sevilla. Había que sacarse un bono para alquilarlas, pero eran muy prácticas para moverse por la allí, especialmente por las zonas peatonales del centro. Al llegar a la esquina, hice como en las series de televisión con trama romántica: me giré para ver si seguía mirando. Aunque se había levantado del banco y estaba en el extremo más alejado de la plaza, cruzamos una mirada. Ambos sonreímos y seguimos nuestro camino como si nunca nos hubiésemos encontrado y con la

incertidumbre de si volveríamos a hacerlo. Mejor que no fuese así.

La residencia donde compartía habitación con Andrea estaba gobernada por una congregación de monjas que llevaban un instituto cercano: un centro concertado en el que se impartían clases de la ESO y de varias modalidades distintas de Formación Profesional. Era un edificio con una gran fachada rosa salmón, con las molduras de las ventanas y balcones en escayola blanca. Estaba situado en una callecita bastante estrecha, con el espacio justo para que apenas cupiese un coche y dos aceras

bastante enanas. No era un sitio muy transitado y eso en las sesiones de estudio se agradecía porque apenas había ruido. Saqué las llaves del portal principal en cuanto lo divisé. Las hermanas eran muy estrictas con el tema de los horarios, aunque dejaban algo de flexibilidad para los fines de semana. Apenas me quedaban unos pasos para llegar a mi destino, cuando un dolor me atravesó la cabeza cerca de la nuca. Comencé a ver borroso y a sentir náuseas, pero no tuve tiempo para más porque un fuerte estado de inconsciencia se apoderó de mí.

Desperté sin saber cuánto tiempo había pasado. Me había desmayado a las puertas de la residencia y había una nota manuscrita con mala caligrafía en el billete falso que había empleado para distraer al mendigo. En el mismo rezaban cuatro escuetas palabras, que consiguieron ponerme el vello de punta:

«Vigila tu espalda, zorra»

Abrí la puerta cerciorándome de que no había ni un alma en la calle y subí las escaleras hasta el piso superior, en el que se encontraban los dormitorios de las estudiantes. Sentía un hilillo de sangre recorrerme la nuca mientras

entraba en mi cuarto y encendía la luz. La habitación que compartíamos Andrea y yo tenía balcón y baño propio.

Se notaba qué cama pertenecía a cada una porque la pared correspondiente estaba decorada de un modo distinto. La de Andrea estaba cubierta con los posters de las series de misterio de las que era seguidor: *Bones*, *CSI*, *Expediente X* y poco más. Decía que no iba a adornar a fondo un sitio al que no consideraba hogar. La mía, en cambio, tenía multitud de animales de peluche, una balda con libros juveniles que solía leer cuando tenía hueco y un

par de lienzos hechos por mí que imitaban cuadros de artistas conocidos. Mi favorito era una réplica de *El Beso* de Gustav Klimt. Necesitaba personalizar las cosas para darle un toque íntimo y sentir que me pertenecían de algún modo. Por eso también tenía la costumbre de personalizarme algunas camisetas y hacer *Patchwork*. Gracias a mis dotes, había tejido una preciosa colcha sobre la que me tumbé con cuidado de no arrugarla.

Cogí una toallita de la mesita de noche y me limpié la herida con cuidado. Era superficial y no tuve que

preocuparme por ella. Acto seguido me tomé un calmante y dándole un trago a la botella de agua, dejé que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. El mendigo no había tenido bastante con amenazarme con una navaja con el objeto de robarme, sino que ahora parecía pretender vengarse porque Lucas le había zurrado bien. O eso suponía. Cerré los ojos y puse todo mi empeño en dormir.

Pasé la madrugada intranquila, pues por culpa de unas terribles pesadillas me despertaba sobresaltada. Las paredes se me caían encima y las

cortinas parecían danzar de forma fantasmagórica. Sobre las tres de la mañana me incorporé al ver llegar a mi mejor amiga como una cuba. No era muy común en ella, pero se habría pegado una buena fiesta en compañía de su novio.

—¿A ti qué te ha pasado? —gritó sin entender qué iba mal al verme sentada al borde de la cama aún vestida. Tropezó con una cajonera y el porrazo sonó más alto de la cuenta en la quietud de la noche. Por lo visto no había recibido el mensaje que le había enviado o si lo había hecho, no lo

recordaba.

—Nada, mañana te lo cuento. Deja de armar ruido que nos van a echar de aquí —dije entre dientes, y aproveché para desvestirme y ponerme el pijama. Era una camiseta roja de Minnie Mouse de tirantes, con unos pantalones piratas con las orejas de la ratona dibujadas por todas partes.

Asintió situada al lado de su cama, haciendo auténticos malabares para quitarse los tacones, atados por unas finas correas a sus tobillos. Cuando lo consiguió, los arrojó en dirección al armario y puso su maxi bolso en el suelo

de mala manera. Antes de tirarse en plancha sobre el colchón, me deseó buenas noches entre bostezos.

Negué con la cabeza y sacando mi iPod del cajón de la mesita de noche, me dispuse a escuchar Enya con el propósito de conciliar el sueño y relajarme. Su música rollo *new age* me ayudaba bastante. Únicamente me sirvió durante un rato porque las náuseas volvieron a hacer mella en mí y acabé vomitando hasta la última palomita de maíz.

Capítulo 5

Un estrepitoso ruido me despertó a la hora en la que las farolas empezaban a apagarse. Según el reloj digital de la mesita de noche, apenas eran las ocho de la mañana. Mi despertador estaba preparado para levantar a un muerto, de ahí la melodía horrible que emitía. Lo apagué de un manotazo y me levanté con restos de dolor apoderándose de mi cabeza. Abrí la cómoda y saqué una muda de ropa interior limpia, para luego rebuscar en el armario algo decente que

ponerme. Solía elegir las prendas según el humor del día y ese día no tenía ánimo para mucho. Opté por unos pitillos negros a juego con una camiseta en tonos tierra, que conjuntaba con una diadema que tenía. Me encaminé al cuarto de baño y cerré la puerta con pestillo.

Abrí el grifo de la ducha y mientras esperaba que el agua adquiriese una temperatura agradable, me desvestí y me contemplé en el espejo. Tenía los rizos cercanos al flequillo pegados a la piel por el sudor. Las sombras bajo mis ojos eran del mismo tono que los

vaqueros, así que después iba a tener que echarme con esmero un buen anti ojeras. Pero lo peor era el pómulo izquierdo: tenía un buen moratón en la mejilla después de haber acabado por los suelos debido al golpe durante el forcejeo. Me estremecí nada más recordarlo, pero intenté bloquear el pensamiento introduciéndome de lleno bajo el chorro de la ducha. Decidí hacer una de mis sesiones de estética para evadirme. Básicamente, aparte de enjabonarme el pelo con un champú de frutas del bosque que avivaba el rizo y el cuerpo con un gel de rosa de

mosqueta que regeneraba y ayudaba con la piel muerta, me aplicaba una mascarilla suavizante con olor a coco y un *bodymilk* utilizable bajo el agua con extracto de menta. Al salir del baño, completamente vestida y ligeramente maquillada, dejé tras de mí una macedonia de olores que lo impregnó todo.

Andrea, semiincorporada en la cama, hacía esfuerzos sobrehumanos por no echar hasta la primera papilla. Cerré los ojos con fuerza para no ver las arcadas porque a ese paso íbamos a ser dos y yo ya había tenido bastante por la

madrugada. Dudaba que me quedase algo en el estómago.

—La resaca es terrible, sobre todo en domingo. Será mejor que nos saltemos el desayuno, porque si sigues en modo esponja eres capaz de beberte el agua de los floreros y no creo que a la hermana Visitación le haga gracia —me burlé para intentar recobrar el ánimo.

—No veo el chiste, de verdad que no lo veo. Si llego a saber que esto se nos iba a ir de las manos a Jota y a mí, no lo hago. Pero ya se sabe «noche de desenfreno, mañanas de Ibuprofeno» —dijo en medio de un bostezo en el que se

le escaparon un par de lágrimas. Se secó con la sábana dejándola pringada de resto de máscara de pestañas.

—No seas cerda, tía, coge un pañuelo. —Le tendí una de mis toallitas y se puso a intentar sacar la mancha, con resultado negativo. Iba a necesitar dosis extras de lejía en la visita a la lavandería del sótano.

—¿Dónde te metiste ayer? Lo último que recuerdo del cine es que dijiste algo sobre ir al servicio y nunca más estuviste de vuelta. WhatsApp me comunica que te despediste de mí, pero ni eso vi, lo siento. —Sostuvo el móvil

bizqueando, intentando leer la pantalla con mucho esfuerzo. Me di cuenta de que lo había puesto a cargar al ver el cable asomarse por encima de la almohada.

—No te preocupes. Simplemente me surgió algo y al final un chico me acompañó hasta la Plaza del Museo — contesté mirando al techo. Sabía que ahora vendría el interrogatorio por su parte y era lo que quería evitar. La nota con la amenaza estaba guardada a buen recaudo en el interior de mi mochila.

—¿Un chico?, ¿del género masculino? —Se mostró sorprendida

como si eso no fuese posible y los hombres estuviesen en peligro de extinción. Los buenos, los de verdad, en todo caso sí que lo estaban, pero no para ella que había tenido suerte de encontrar a su media naranja particular. Aunque hubiese días que quisiera hacer zumo con él.

—Sí tía, un chico y bastante masculino diría yo. Se llama Lucas y estoy segura de que le viste ayer. Estaba sentado junto a mí en los sillones de masaje del centro comercial. —Atisbé cómo su mandíbula colgaba ante tanta sobrecarga de información.

—¿Ese que estaba tan bueno? —
Abrió la boca más, si es que era posible. Una mosca pasó zumbando delante suya y temí que se le colara dentro. El disimulo no entraba dentro de la forma de ser de mi mejor amiga.

—El mismísimo —confirmé enarcando las cejas.

—Entonces cuando me hiciste señas diciéndome que ya me explicarías... ¿es que ya tenías algo que contarme? —Guiñó un ojo con una sonrisa, recogiendo su bolso del suelo y poniéndolo en la percha que teníamos en la pared.

—¡Eres imposible! —me carcajeé. Luego hice un intento por recobrar la compostura, pues el resto de la historia no era tan agradable como el momento en el que Lucas me salvaba y luego hacía compañía.

—Quiero todos los detalles, ¡ya! Pero primero dame unos minutos para que me cepille los dientes, me sabe la boca a rayos.

—Vale, te espero. Y péinate de paso, que parece que has metido los pelos en un enchufe. —Le sonreí cuando pasaba por mi lado casi trotando.

A la vuelta parecía otra persona

distinta. Lo que podía variar alguien con solo ad decentarse un poco por la mañana. Había pasado de ser ogro a convertirse en una dulce duendecilla, sin hechizos de por medio.

—¿Y bien? Tienes mucho que contarme, me parece a mí. —Se apoyó contra el escritorio, esperando que le soltase toda mi aventura del día anterior.

—Te lo voy a explicar todo, pero antes debes prometerme que no te vas a enfadar, Andrea. —Intenté no sonar ni muy nerviosa ni muy asustada, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

—¿Te hizo algo ese tal... Lucas?

—Frunció el ceño intentando analizar mis palabras. Parecía pensar mil cosas terribles y eso que aún no había dicho ni pío.

—Sí, me salvó —reconocí mientras estiraba las sábanas para hacer la cama. Guardé el pijama debajo de la almohada para tenerlo más accesible por la noche.

—¿De qué? —preguntó preocupada sentándose en la silla giratoria del escritorio y encendiendo el ordenador de sobremesa. Era un modelo algo anticuado, por lo que tardó en arrancar.

—Alguien intentó atracarme

anoche, en el servicio del centro comercial. Llevaba una navaja y gracias a la intervención de Lucas la cosa no pasó a mayores. Me acompañó hasta aquí cerca y después se marchó.

—¿Por qué no me dijiste nada antes? —Se llevó las manos a la cara horrorizada al entender el alcance de lo sucedido horas antes.

—Te lo estoy contando ahora, mantén la calma, Andrea. Cuando llegaste estabas demasiado *piripi* para procesar algo. Además, no podrías haber solucionado nada.

—¡Dios!, soy una mala mejor

amiga, la peor de todas. Ni si quiera merezco ser nombrada así. Yo de fiesta empujando el codo y tu aquí sola, después de ser atacada...

—Dos veces —puntualicé señalándome el golpe en la cabeza y el de la mejilla. El maquillaje había logrado disimular parte del moratón, pero este era visible si me miraba desde el perfil correcto.

—¿Cómo que dos? —Su voz sonaba cada vez más culpable a medida que le iba desvelando detalles. Me sentí mal por ella, porque sabía que podía rayarse más que yo si se lo proponía.

—No sé si fue el mismo tipo, aunque todo apunta a que sí. Alguien me golpeó la cabeza en la entrada de la residencia y me desmayé. Al despertar encontré esta nota escrita a mano. —Le mostré el panfleto publicitario algo arrugado después de sacarlo de la mochila.

Lo examinó con cuidado y sosteniéndolo entre dos dedos a modo de pinza, se aproximó hasta una cajonera y sacó una bolsa de plástico hermética, la típica para conservar los bocadillos, pero que ella utilizaba para guardar artículos de bisutería. Metió el *flyer*

dentro y tras cerrarlo, me lo devolvió.

—¿Qué haces, Andrea?.

—Estoy intentando no contaminar la prueba con mis huellas dactilares para cuando le presentemos esto a la policía. —Después de ver tantas series de crímenes y suspense, lo que le hacía falta era ponerse a teorizar en la vida real. Capaz era de buscar un culpable donde no lo había.

—Deja de decir tonterías. No voy a denunciar nada. —Puse los ojos en blanco ante su ocurrencia. Lo que me hacía falta es verme envuelta en asuntos policiales para algo que no sabía si

podían solucionar. No había ningún rastro evidente que seguir así que ¿cómo iban a dar con él? Suponiendo que fuese la misma persona, claro.

—Ni lo sueñes, cariño. Ni lo sueñes. Necesitas que alguien te proteja, no sabemos qué intenciones tiene ese tío.

—A ver, no puedo probar que fuese la misma persona que me agredió la segunda vez. ¿Y si se trataba de alguien gastando una broma pesada? — propuse, para demostrarle que yo también podía elaborar una teoría disparatada.

—Ya, pero eso no justificaría una amenaza en una publicidad que tú misma dejaste caer para escapar. Blanco y en botella, Ainara. No sé qué más necesitas.

—Aunque así fuese, seguro que estaba cabreado porque Lucas le retuvo y me ha querido dar un buen susto. Pero ya está, se queda en eso. Debo reconocer que lo ha conseguido y no quiero darle más importancia de la que tiene. Estoy bastante segura de algo: no volverá a ocurrir otra vez.

Sabía de sobra que Andrea llevaba razón, pero con luz del día le quería dar

otro enfoque a las cosas. Por eso opté por utilizar la vieja y más que usada táctica de cambiar de tema.

—Vístete que nos vamos a desayunar. Invito yo —propuse.

—¡Pero si estamos en pensión completa! No te voy a dejar pagar ni un céntimo. Es más, tendría que invitar yo, pero me gasté buena parte de los ahorros en mojitos y chupitos de absenta —murmuró poniendo su mejor cara de cordero degollado.

—Un día es un día, venga levántate ya, te espero abajo en el comedor. A la vuelta tenemos que hacer la colada, que

no se te olvide.

—Sí, mamá. —Se llevó las manos al pecho, como si fuese una santa que estaba rezando y se encerró una vez más en el baño con intención de terminar de arreglarse.

Apagué el ordenador por ella, pues estaba segura de que saldría disparada escaleras abajo sin pararse a mirar nada más. Minutos más tarde, ambas caminábamos por el comedor. Aunque no comiésemos allí, no nos quedaba otro remedio que aparecer para dejar constancia de que seguíamos vivas ante las dos monjas que se encargaban de

dirigir la residencia. Más teniendo en cuenta que llevábamos apenas siete días instaladas allí.

Capítulo 6

El comedor de la residencia era una estancia llena de luz, con multitud de flores y alegres adornos en los manteles. Las mesas estaban colocadas en forma de «u» de modo que todas las chicas nos veíamos las caras mientras comíamos, fomentando la convivencia y la charla. Siempre había escuchado decir que en todos los rebaños una de las ovejas era negra y en la residencia se encontraba la mía particular: Cecilia Hermida. Choqué con ella nada más poner un pie

en la estancia.

—Ten cuidado por dónde pisas. —

Se sacudió la melena rubia platino mientras hablaba.

Me parecía increíble que tuviésemos la misma edad y cursásemos la misma carrera, porque el único interés real de Cecilia era la moda y los bolsos de Gucci. Eso, y copiar todo lo que yo hacía, por mucho que quisiera negarlo. No entendía el motivo de su fijación conmigo, pero cada vez que coincidíamos saltaban chispas.

—Y tú ten cuidado de a quién intentas pisar —contesté para dejarle

claro que conmigo no lo iba a conseguir.

Puso su mejor mueca de asco antes de repasarme de arriba abajo. Cuando reparó en el cardenal que me cubría buena parte de la mejilla, sonrió de forma petulante.

—Bonito moratón, Ainara. ¿Te pega tu novio? Si es así deberías disimularlo mejor, o denunciarlo. Ah no, que no tienes porque te engañó con otra —se burló, alisándose la tela de la minifalda que por supuesto, no tenía ninguna arruga. Todo lo que llevaba encima era caro y estaba perfectamente planchado.

Sin saberlo, Cecilia había tirado una flecha alcanzando dos dianas distintas: sacando a relucir el morado, que ya era bastante visible, y burlándose por lo que había hecho mi ex, que era de conocimiento público. Por lo visto, era la cornuda oficial de aquel sitio porque más de una vez había pillado risitas y comentarios entre mis compañeras acerca del mismo tema.

—Andrea, ¿sabes si la Navidad se ha adelantado? —ignoré por completo a Cecilia al dirigirme a mi amiga.

Esta me miró extrañada, como si la que se hubiese bebido los chupitos la

otra noche hubiese sido yo y no ella.
Dudó un poco antes de responder:

—Estamos a finales de Agosto,
Ainara.

Andrea continuaba evaluándome como si estuviese loca y lo único que me faltase fuera una camisa de fuerza y la dirección del manicomio. Quizá no estaba desencaminada.

—¿Estás segura? Entonces deben de haber adelantado los anuncios para los Reyes porque ahora los *Pin y Pon* hablan —contraataqué haciendo alusión al escaso metro cincuenta que medía Cecilia.

Andrea no me esperaba y empezó a carcajearse sujetándose el estómago con las manos. Intenté contenerme, pero cuando empezaba a reírse de ese modo resultaba contagiosa. Cuando nos repusimos pasamos al lado de Cecilia como si no hubiese nadie. Por el rabillo del ojo vi que estaba muy avergonzada, su cara roja la delataba. No me sentí mal, puesto que era otro de los enfrentamientos diarios que se sucedían desde que ambas habíamos pisado la universidad y ella, a pesar de que solía perderlos, no paraba de buscar pelea. Y en esos momentos en los que la ansiedad

me dejaba tranquila, a agudeza mental no me ganaba nadie.

—Buenos días, hermana Visitación —dije cortésmente al llegar a su altura. Era un mujer alta y espigada, con cejas pelirrojas y grandes ojos claros que se ocupaba de la cocina de la residencia. Estaba entretenida desenredando una madeja de lana.

—Hola, Madre Dolores. —Andrea me imitó y se detuvo a mi lado, mirando fijamente la cara surcada de arrugas de la monja que dirigía aquello y se encargaba de tenernos bajo control. Aunque a veces, aquello no era nada

fácil.

—Señoritas Ainara Moreno y Andrea Cisneros, me alegra verlas por aquí. ¿Se están integrando bien? —preguntó meciéndose suavemente en la butaca en la que estaba sentada haciendo labores de punto.

—Sí, muchísimas gracias por preguntar. La verdad es que esta residencia es un lugar muy acogedor y bastante cercano a nuestras facultades, así que estamos encantadas. Nos vamos a desayunar —respondí.

Mi idea era no ir muy lejos porque me apetecía una buena dosis de churros

con chocolate, y no había mejor sitio que una cafetería que estaba a diez minutos andando. Al pisar la calle, reaccioné de forma inusual. Caminaba intranquila, sintiendo que alguien me estaba vigilando. Por eso cada poco tiempo, me giraba buscando un culpable. Un culpable que no aparecía por ningún sitio pues lo que había era gente caminando tranquilamente, cada uno con un destino fijado. El corazón comenzó a latirme de forma violenta y las palmas de las manos me sudaban profusamente. Me sequé contra la tela de los vaqueros.

—Vaya con la tal Cecilia, los

humores que gasta de buena mañana.

—Los de todos los días, Andrea. Por desgracia la conozco desde hace un año y es siempre así... Lo peor de habernos venido a vivir aquí, es que la tengo que soportar en clase y en la residencia. Un pequeño sacrificio por el bien común, supongo —le expliqué mientras subía a la acera de un salto para esquivar a una moto violeta que se nos había echado encima demasiado rápido. Le hice un gesto obsceno con el dedo al conductor, pero no pude asegurar si me vio o no.

—Relájate. Entre el corte de

mangas y tu respuesta a Cecilia, que por cierto ha sido buenísima, vas a acabar con el humor por los suelos.

—Quizá me he pasado, pero sinceramente, fue lo que me salió. Me da la sensación de que estoy tan acostumbrada a sus continuas puyas, que contesto automáticamente.

—Me he dado cuenta. Oye, ¿alguna noticia de Matthew? —Andrea cambió de tema repentinamente.

—Sí, según he podido saber por un WhatsApp que recibí muy temprano, llegó al aeropuerto hace unas horas. Supongo que estará instalándose en su

residencia y que en cuanto duerma un rato, quedará con nosotras para que nos pongamos al día.

Caminábamos por la acera encontrándonos continuamente transeúntes de un lado para el otro. La cafetería a la que íbamos estaba en una de las esquinas de la Plaza del Duque, justo al lado de El Corte Inglés. Era pequeñita, pero resultona. Tomamos asiento en la terraza después del pequeño paseo.

—¿Qué vais a querer? —Un camarero que rondaba los cuarenta años se nos acercó para tomar nota. Era de

complexión ancha y llevaba gafas con montura de carey.

—Una ración de churros y dos chocolates —contestamos al unísono. Algunas veces parecíamos hermanas gemelas porque, sin planearlo, nos salía hablar a la vez. Incluso algunos gestos eran calcados, fruto de tantos años de amistad.

El camarero sonrió y se marchó anotando el pedido a toda velocidad en una hoja de factura. Volvió al cabo de unos segundos con un par de vasos de agua. Saqué las pastillas de la mochila y me las tomé.

—¿Todavía nerviosa? Ainara, cambia el chip. Intenta no darle más vueltas, aunque eso no significa que descuides tu espalda. —Limpió restos de agua de la mesa con una servilleta.

—Lo intento, pero me siento un poco insegura por la calle después de lo que ha pasado.

—Estamos en un lugar público a plena luz del... —La misma moto que antes casi había conseguido atropellarnos, pasó por delante nuestra haciendo que no escuchase las palabras de Andrea—. ¿No te parece? — prosiguió.

—Pues no, porque no tengo ni puñetera idea de lo que has dicho. Creo que me he quedado sin tímpanos. —Me presioné las orejas un par de veces porque me pitaban los oídos.

—Decía que estamos en un lugar público, de día y con mucha gente. Nadie va a hacerte daño y si lo hiciera, que no es el caso, hay montones de testigos. So, caballo.

—No soy una yegua —murmuré mientras nos servían dos tazas de chocolate caliente y un cartón de churros.

Comenzamos a comer despacio,

paladeando el sabor de la comida. Un domingo no era tal sin un desayuno como ese, lleno de energía y de calorías, —ya puestos.

—Están riquísimos —murmuré con los carrillos llenos a más no poder. Tragué saliva despacio procurando masticarlo todo bien porque de lo rápido que había empezado a engullir, casi no me pasaba aire a los pulmones. Me había entrado hasta calor.

—Ese de ahí sí que está riquísimo.

Andrea miraba descaradamente en dirección a un Starbucks cercano, en el que había un tipo vestido de arriba

abajo de negro y con gafas de aviador. Con una mano bebía un Frapuccino y con la otra dibujaba entretenido sobre una carpeta. Debió de sentir nuestra presencia porque nos miró por encima de la gafas. Sin ni siquiera pestañear reconocí al instante de quién se trataba.

Aparté la cara, violenta, maldiciendo por lo bajo aquel encuentro fortuito.

—*Mamma mia*, nos está mirando...

—Seguro que deja de hacerlo si le quitas los ojos de encima. ¿Hace falta que te recuerde que estás con Jota? — elevé la voz una octava mientras decía

eso. Sonaba como una novia celosa. Me horroricé.

—No, tía. Pero que tenga novio no significa que sea ciega. Y lo que está a la vista es que ese chaval está para no perdérselo. ¡Uy!, ahí viene. Pero si es...

—Se calló, ligeramente conmocionada.

Él, mientras tanto, se dirigió con paso firme hacia nuestra posición, apartándose un mechón de pelo rebelde de la cara. Se paró en nuestra mesa y habló dirigiéndose hacia mí.

—Ainara, ¡qué sorpresa! ¿Me estás siguiendo? —quiso saber, socarrón, mientras se sentaba a horcajadas sobre

una silla que colocó del revés. Puso el Frapuccino de vainilla encima de la mesa, junto a la carpeta con los dibujos y apoyó las manos sobre el respaldo.

—Lucas —me limité a decir, obviando su pregunta. ¿Cómo diantres le iba a seguir si apenas le conocía?

—Lucas, ¿ese Lucas? —interrumpió Andrea lanzándome una mirada significativa. Le faltaba un paquete de palomitas para disfrutar del espectáculo. Era buena haciéndose la amnésica... cuando quería. Se suponía que ella no tendría que haberle reconocido aunque le hubiese hablado

de él. En caso de hacerlo, si hubiera optado por callarse me habría dejado mejor.

—Vaya, no solo me sigues sino que además le hablas a tu amiga de mí. Genial, es señal de que te he causado buena impresión. Y eso que nos hemos visto por primera vez hace unas doce horas —comentó sonriente, jugando con la goma elástica de la carpeta.

—No te sigo porque primero, no soy de esas, y segundo, no sé dónde vives, estudias o trabajas. Suponiendo que hagas alguna de las tres cosas —aclaré bebiendo un sorbo de chocolate.

—Las tres, y cuando quieras te demuestro lo vivo que estoy. —Enarcó las cejas, divertido. Opté por no seguirle la corriente porque aquello podría convertirse en una batalla verbal.

—Eres idiota —le insulté cariñosamente, para después hacer las presentaciones pertinentes—: En fin, ya que estás aquí, esta es Andrea, mi mejor amiga.

—Encantado —dijo sin apenas fijarse en ella. Parecía más interesado por seguir todos mis movimientos.

—Igualmente —respondió Andrea muerta de curiosidad. No le quitaba ojo

y la verdad la entendía, aunque disimulara delante de ella. O al menos eso intentaba porque parecía sacado de un catálogo de ropa. Estaba recién duchado y olía a Hugo Boss. No pude evitar pensar en Ryan Reynolds en el anuncio del perfume. A la luz del día, Lucas era más guapo si cabía.

—¿Qué haces por aquí? A ver si voy a ser yo la que comience a pensar que me estás siguiendo.

—No precisamente. Solo estoy tomando algo por aquí. El destino nos ha hecho coincidir de nuevo —afirmó rascándose la barbilla.

—Pues vaya casualidad que hayamos acabado en la cafetería de al lado de la tuya. —Andrea se rio por lo bajo.

—En este mundo no existen las coincidencias... —dijo Lucas mientras apuraba su batido. En el vaso podía verse que ya quedaba más hielo que líquido.

—... solo lo inevitable —añadí yo. Lucas había introducido de forma natural una frase de uno de mis animes favoritos: *Sakura, Cazadora de Cartas de CLAMP*. Me sorprendió porque el *shoujo* no solía ser el género más visto

por los chicos.

—¿Te gusta el manga?

—Me encanta, creo que por leer tanto de pequeña acabé aficionándome a la pintura. Al final he acabado estudiando eso y estoy en segundo de carrera —comenté.

—Entonces deberías pasarte un día por la tienda en la que curro después de clase. Es especializada en el mundo del cómic y el manga —explicó tendiéndome una tarjeta en la que aparecía el nombre, el teléfono fijo y la dirección.

—Puede que lo haga. ¿Tú también

dibujas? —Señalé la carpeta en la que le había visto esbozar algo antes.

—Sí, aunque lo mío son más los edificios. Estoy en cuarto de Arquitectura. ¿Y tú, también estás en Bellas Artes? —preguntó Lucas dirigiéndose a Andrea.

—No, yo empasto dientes.

—¿Eres dentista? —parecía sorprendido por la respuesta de mi amiga. Un poco bruta explicándolo sí que había sido, ya que sus estudios no se centraban únicamente en hacer empastes.

—En formación, pero podría decirse que sí.

Aprovechando que hablaban entre ellos, continué comiendo sin reparos: de ese modo tenía un pretexto para permanecer callada lo máximo posible.

—Entonces, aparte de los trabajos para la facultad ¿también dibujas por tu cuenta? —Lucas volvió a centrarse en mí. La respuesta era más que obvia, pero no me dio tiempo a abrir la boca.

—¡Tendrías que ver las maravillas que hace con esas manos! —comentó Andrea en un intento de seguir participando en la charla y no terminar desconectada. Pretendía ensalzar mis virtudes artísticas, pero dicho así

parecía referirse a otro tema y con segundas.

—Estoy seguro que muchas. —

Lucas se bajó las gafas y se mordió el labio inferior de tal forma que me atraganté con la bebida. Lo estaba haciendo a posta para hacerme rabiar.

Cogí un pañuelo del servilletero para secarme la cara y parte del cuello que habían resultado pringados por el chocolate. En ese momento, comenzó a sonar a todo volumen el móvil de Andrea, que dio un brinco y se alejó de nosotros para atender la llamada.

—Ahora que estamos solos, ¿me

echaste de menos de vuelta a casa? — apoyó la cabeza en un brazo, después de mover la silla en mi dirección.

—Lo cierto es que sí, a ti o cualquiera. Así habría tenido algún testigo. —Arrugué la nariz disgustada.

—¿Qué pasó? —Su semblante se volvió serio. Se puso las gafas en la cabeza y clavó sus ojos verdes en mí.

—Alguien me golpeó en la cabeza haciendo que perdiese el conocimiento. Al despertar, me encontré con una bonita jaqueca y una nota amenazándome. Por si no fuera poco, el moratón que tengo en la mejilla por lo que ya sabes.

—Joder, el tío ese te ha dejado hecha un cuadro —sujetó mi cara entre sus manos mirando el golpe con más detenimiento de la cuenta.

—Según mis sospechas el que me dejó sin sentido fue el mismo mendigo que te partió el labio. —Me detuve un segundo más de la cuenta mirando su boca.

—Aún puedo besar, tranquila. — Se aproximó como si fuese a demostrármelo.

—No tengo interés por comprobarlo, créeme. —Me aparté antes de que se le pasase por la cabeza

hacer algún movimiento más.

Andrea volvió a la mesa justo a tiempo para escuchar las dos últimas frases. Nos miró de hito en hito mientras se agarraba a la silla.

—¿Me he perdido algo?

—Nada —contestó Lucas en tono amigable—. Nada que no podamos retomar después.

—O ahora si queréis, porque esta que está aquí se va. —Andrea se colgó el bolso en el hombro y se puso las gafas de sol mientras hablaba—. Era Jota, pidiéndome ayuda con las reformas de su piso de estudiantes. Por culpa de

la salida de ayer es incapaz de juntar un pie con otro y a su salón le hace falta una buena capa de pintura. Se está desconchando la pared.

—No vale escurrir el bulto — repliqué —. Entiendo que le ayudes, pero te recuerdo que íbamos a hacer la colada. Además, no puedes dejarme aquí sola.

—Te dejo muy bien acompañada y la ropa sucia puede esperar. Para algo tenemos un fondo de armario bastante amplio.

—Ya, pero no hace falta que te recuerde lo que le has hecho a las

sábanas nada más despertarte. —Puse una mueca de desagrado.

—Lo sé, pero insisto. Puede esperar. —Dicho esto se paró frente a Lucas y, con toda la confianza del mundo, le puso una mano en el hombro para llamar su atención—. Tú y yo no nos conocemos, pero por la forma en que miras a Ainara me fío de ti lo suficiente para saber que la acompañarás a la residencia en cuanto ella quiera. No puede volver sin compañía con ese loco suelto por ahí, y menos teniendo en cuenta que se niega a denunciar.

—La protegeré con mi vida, marcha con cuidado. —Lucas habló con solemnidad y de nuevo pareció que estaba interpretando un papel en una obra de teatro.

—Se os va la pinza a los dos y por lo que veo el problema es bastante serio. Tranquila, Andrea, regresaré sana, salva y sola —remarqué la última palabra para dejar clara mi postura. Me puse recta en el asiento para ratificarla. Me llamó la atención un hombre sentado en uno de los bancos de la plaza, que iba vestido de forma extraña al igual que la silueta que vi en el cine, pero no seguí

prestando atención porque la conversación continuaba.

—Si no dejas que Lucas te acompañe, llamo a Jota y me quedo aquí. Bastante mal me siento por no haber estado contigo ayer, así que me importan un comino tus posturitas de indignación. —Andrea me miró con severidad.

—¿De qué posturas hablamos exactamente? Porque puede que a tu amiga no le importen, pero a mí me encantaría saberlas —intercedió Lucas tratando de rebajar la tensión entre las dos.

—Capullo. —Puse los ojos en blanco. Y añadí para Andrea—: Dejarme con él es más peligroso que con el mendigo, que lo sepas. ¿No ves que oculta otras intenciones?

—Nada que no puedas manejar, cariño. En fin me voy, que llego tardísimo. Jota me va a crujir si no aparezco en media hora.

—Hasta luego, petarda —refunfuñé alargando la última palabra.

—Nos vemos pronto, Andrea. — Lucas se despidió de ella con la promesa implícita de que volverían a verse. Como si yo fuese a darle pie para

coincidir de nuevo.

Nos quedamos solos y se produjo un silencio algo incómodo. Contemplé cómo comenzaban a montarse los puestos del mercadillo hippie en la plaza. Allí era común encontrar todo tipo de collares, pulseras y abalorios, además de bolsos y pañuelos. Solía echar un vistazo de vez en cuando para ver qué novedades iban trayendo. A veces podía encontrar cosas la mar de interesantes.

Vi pasar al camarero y le hice señas para que trajese la cuenta. Cuando se aproximó yo tenía el importe exacto

preparado por lo que pagué rápido.

—Voy al baño. —Me levanté llevándome la mochila conmigo. Seguía teniendo la sensación de estar vigilada y el hombre barbudo de pintas raras no ayudaba a mi paz interior.

—¿Te acompaño? —inquirió Lucas tras tirar el vaso de su batido a una papelería cercana y sujetó la carpeta contra su pecho.

—No gracias, sé ir sola al váter desde los dos años. —Sonreí con suficiencia y me fui.

Al regresar, nos encaminamos hacia la residencia.

—No hace falta que vengas, podemos despedirnos frente al museo, como ayer. —Resté importancia mental al hecho de que prefería su presencia a pesar de que me estaba chinchando continuamente. Era mejor eso, que cruzarme nuevamente con el tipo que me estaba molestando.

—Ni lo sueñes, yo siempre cumplo lo que digo y le he asegurado a tu amiga que te iba a dejar a salvo. No subo a tu cuarto porque estoy seguro de que no me dejarían las monjas.

—¿Cómo sabes que es una residencia dirigida por religiosas? —

quise saber jugueteando nerviosa con la tortuga que pendía de mi móvil. A veces me sentía como una de verdad: demasiado lenta comparada con el ritmo que seguían las personas que me rodeaban.

—Porque no hay ninguna otra en la calle que me señalaste. Lo comprobé por Google Maps. —Levantó un par de dedos en señal de victoria.

—¿Con qué intención? —Me sonó raro tanto interés repentino, porque como él mismo había dicho nos conocíamos desde hacía medio día.

Nos detuvimos en mi portal.

—Pues si te digo la verdad, estaba buscando una excusa para volver a verte. Saber en qué sitio vives con exactitud me ayudaría a hacerme el encontradizo contigo, pero ya no es necesario ¿no?.

Lucas se aproximó a mí y sin darme escapatoria posible, me dio un beso; pero no fue en la mejilla sino justo en el filo de la boca. Si movía la cabeza tan solo dos milímetros nuestros labios se rozarían. Me quedé bloqueada en el sitio y cuando mi capacidad de reacción regresó, di un paso atrás. Las palmas de las manos me sudaban sin control.

—Nos vemos pronto. —Silbó y comenzó a caminar por la calle con aire distraído, pero sonriendo a medio lado.

Quise evitarlo, pero no pude: me quedé mirando embobada lo bien que le sentaban los pantalones. Le hacían lo que en mi pueblo se conocía como un «culo melocotón».

Capítulo 7

La lavandería estaba en el sótano de la residencia. Había cinco lavadoras y tres secadoras, y nosotras mismas teníamos que encargarnos de limpiar nuestras prendas, incluyendo la ropa de cama. En vista de que Andrea no aparecía y ya era mediodía, me encargué de la colada de ambas, como ocurría la mayoría de las veces. A ella no le gustaban las tareas domésticas y se escaqueaba cada vez que podía. Cualquier pretexto era bueno. A mí no

es que me agradaran, pero era del pensamiento «si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo». Era demasiado autosuficiente para todo.

La lavadora que había seleccionado estaba aclarando las sábanas cuando apareció Cecilia. Llevaba la melena recogida en un elegante moño bajo, excesivamente grande para mi gusto y con cardado en la zona superior. Se le había ido la mano con el maquillaje, porque sus labios rosa fucsia podían emplearse como chaleco reflectante en caso de accidente de coche. Se posicionó a mi derecha y

empezó a meter ropa sin ton ni son en la lavadora contigua. Ni siquiera se molestó en saludar aunque fuese por cortesía, pero yo no iba a ser la primera en pronunciar palabra. Echó una cantidad ingente de suavizante y muy poco detergente. Además añadió almidón. Cuando la máquina comenzó a funcionar emitió un crujido muy extraño, se quedó parada un momento y luego continuó su marcha. Pero lo hacía a trompicones, emitiendo más ruido de la cuenta. Al cabo de cinco minutos, Cecilia se desconcertó cuando de su lavadora comenzó a brotar agua. Las

baldosas de terracota adquirieron un color más oscuro al mojarse y pronto se formó un gran charco. Sucedió justo cuando yo estaba poniendo la ropa recién sacada de la secadora en un par de cestos de mimbre. Me aparté para no mojarme los pies.

Estaba pensando en eso, cuando me percaté de que la habitación había comenzado a inundarse. Había dos dedos de agua y los aparatos eléctricos comenzaron a fallar por el contacto. De repente, la lavandería se quedó en penumbra. Las máquinas detuvieron su trabajo de golpe, pero la electricidad

seguía en el ambiente: de vez en cuando las chispas se repartían por todas partes.

—¡Aléjate de ahí! ¡Busca una zona seca y sal de aquí! —le chillé a Cecilia mientras intentaba encontrar en la pared la caja de los fusibles, que no aparecía por ninguna parte. Tenía que asegurarme de que la estancia estaba sin luz y que no era un apagón temporal, si quería evitar que la corriente eléctrica nos dejase más fritas que a un pollo.

—No puedo irme sin mi chaleco, Ainara. Es un Dolce & Gabbana que papá me regaló por mi cumpleaños. ¡Es carísimo! —Cecilia no se movió del

sitio a pesar de que se podía electrocutar, sino que además intentó abrir la puerta de la lavadora con ímpetu. Estaba bloqueada y por más que presionaba la cerradura no se accionaba. Para remate, el botón de emergencia no funcionaba sin corriente.

El agua comenzó a llegarnos por los tobillos cuando un tubo de desagüe se desconectó de la pared. Sentía el líquido frío y sucio deslizarse entre mis tobillos y tenía la sensación de que algo malo ocurría, pero no sabía identificar qué era.

Aparté a Cecilia de un empujón y

la forcé a subir las escaleras. Hice lo mismo después de intentar inútilmente parar el chorro de agua poniendo un viejo trapo a modo de tapón. La tela se empapaba con rapidez, pero me di cuenta de que no era suficiente para que el nivel de agua subiera tanto. Parecía que estaba entrando por otro sitio. Una cosa era un lavado que salía mal y acababa con la lavadora atascada y otra la inundación en la que estábamos atrapadas.

—¡Ve a buscar ayuda! —grité aterrorizada. Mi voz tenía que reflejar auténtico pánico porque esta vez sí se

marchó sin rechistar, dejándome enfrentarme sola al peligro. Por un chaleco no merecía la pena arriesgar la vida. Al menos, Cecilia había entendido eso.

Los fluorescentes del techo empezaron a parpadear como avisando de una bajada de tensión eléctrica. Por un segundo permanecieron encendidos, pero acabaron por apagarse nuevamente. Al mirar una esquina del cuarto, reparé en que un brazo enguantado sujetaba una manguera que entraba por la ventana próxima al techo y daba a parar junto a un enchufe. Todo el agua caía dentro del

mismo. Intenté fijarme en la persona que la sostenía, pero solo alcancé a ver un abrigo oscuro y un par de botas negras militares que desentonaban por completo con la indumentaria de la residencia. Algo me distrajo y por eso no seguí intentando averiguar de quién se trataba: acababa de quemarme el brazo por culpa de la secadora de la que había extraído mi colada. Por mano del demonio había prendido fuego por la zona superior y la lavandería se estaba llenando de una humareda grisácea. Recé para que los bomberos llegasen pronto, pero caí en la cuenta de que la

residencia no tenía detectores de humo. Al fin y al cabo, estaba en un viejo edificio de los sesenta remodelado ligeramente por dentro, pero sin contar con la seguridad de las construcciones de hoy día. Al pensar en edificios y construcciones mi mente divagó y recordé los dibujos de Lucas, pero por el bien de mi supervivencia deseché el pensamiento.

Por más que quise controlarlo, lo que más temía que se repitiera sucedió. El pánico comenzó a invadir mi cuerpo dejándome paralizada mentalmente. Respiraba con dificultad y el corazón

parecía que se me iba a salir del pecho de lo rápido que latía. Densas lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas y sentí cómo los brazos se me quedaban dormidos. Quise gritar, pero era incapaz de emitir sonido alguno. Recordé lo que me habían recomendado hacer ante estas situaciones, así que comencé a coger aire y a soltarlo muy despacio. Cuando conseguí calmarme un poco, me fijé en la escena que me rodeaba. El humo se estaba haciendo más denso por lo que, al darme cuenta de que no podía hacer nada más, opté por salir y averiguar si Cecilia había ido

a por ayuda a África. De otra forma no se explicaba su tardanza. Caminé un corto trecho del pasillo tosiendo sin parar y me la encontré tendida, sangrando abundantemente por la nariz, que parecía tener prácticamente destrozada.

—Cecilia, ¡despierta! Cecilia ¿me oyes? —intenté tomarle el pulso, pero con los nervios era incapaz de encontrarle latido. Opté por cogerla de los brazos y arrastrarla por el pasillo hasta la zona común. A pesar de estar bastante delgada, los huesos le pesaban y acabé sudando una barbaridad por el

esfuerzo. Anoté mentalmente hacer más ejercicio para mejorar el tono muscular y que cosas así no volviesen a repetirse.

En el reloj del comedor marcaba las dos de la tarde y la hora del almuerzo aún no había llegado, por lo que cada alumna estaba por su cuenta y las monjas concentradas en sus labores. Tosiendo más fuertemente, me dejé caer frente a una de las columnas de yeso y mármol. Cogí aire y me dispuse a gritar como una descosida. Me iban a escuchar hasta en Madrid.

—¡Ayuda! Venid ya... ¡por favor!.

Pero por allí nadie aparecía.

Únicamente estaban Micifuz y Robustiana, una pareja de mininos que habían adoptado en la residencia. Debían su nombre al título de una sevillana muy conocida de una agrupación musical, en la que un gato negro y una gata blanca se enamoraban, casaban y luego tenían descendencia. Por todas era sabido que yo le tenía especial cariño al macho, porque detestaba la teoría de que los gatos negros traían mala suerte. Detestaba todos los prejuicios en general, para qué negarlo.

El humo y el agua habían ascendido

un piso tan rápido, que no podía comprender cómo era posible. Ignorando a los animalitos, que jugueteaban por allí con una tranquilidad aplastante, me arrastré hasta el teléfono y marqué el número de emergencias. Pero no había línea. Había algo que no cuadraba y supe que estaba en una pesadilla, cuando el sonido de un objeto rompiendo el cristal del balcón de mi cuarto resonó en mi cabeza.

Abrí los ojos en mi habitación completamente a salvo de inundaciones e intoxicación por humo. Obviamente no había ni rastro de Cecilia, seguramente

estaba de compras, como todos los domingos. Después de haber hecho la colada real y no la del mal sueño, me había tumbado en la cama a leer una novela que había adquirido recientemente: *Bajo la misma estrella* de John Green. En algún momento de la lectura, el cansancio de haber estado media noche sobresaltada había podido conmigo y me había quedado completamente sopa.

Miré hacia el suelo intentando localizar qué había ocasionado la rotura del cristal y vi los pedazos desperdigados por la alfombra de topos

que Andrea y yo habíamos comprado en Ikea. Sobre la misma, además, había algo cubierto con papel de regalo. Me acerqué con cuidado, sin fiarme mucho del contenido. De primeras no parecía nada peligroso, pero nunca se sabía. Quité los restos de envoltorio y me encontré con una piedra de tamaño medio, tintada de negro con lo que supuse que sería pintura en spray.

No entendí por qué alguien se molestaba en mandarme aquello envuelto en papel de regalo, hasta que le di la vuelta y me quedé congelada. Escrito con perfecta caligrafía y con

algo parecido al Tippex hallé las palabras:

«Vas a morir, puta»

Dejé caer la piedra al suelo por la impresión. Nerviosa empecé a jugar con un mechón de pelo, removiéndolo entre mis dedos. Intentaba rizar el rizo y luego alisarlo aunque esto último no servía de mucho, pues tenía una melena de leona desde la infancia y por mucho que me planchase el pelo a los cinco minutos volvía a tener unos tirabuzones de muñeca de porcelana. Una muñeca a la que un desconocido quería ver rota en mil pedazos.

Asustada, pero intentando reaccionar, le escribí un WhatsApp a Andrea. No me iba a quedar más remedio que denunciar el caso a la policía y presentar todas las pruebas, pero no podía ir sola a la comisaría, estaba aterrorizada. Y hacer a los agentes venir hasta la residencia iba a suponer que las amenazas de muerte que estaba recibiendo estuviesen en boca de todos. Mientras menos personas estuviesen enteradas, mejor. Principalmente Cecilia, estaba segura de que se alegraría mucho de todo lo malo que me pasase.

Me acerqué al balcón, escondiéndome detrás del visillo de la cortina que estaba atada a la pared por una lazada y contemplé el exterior de la calle. Parecía desierto a excepción de una moto violeta aparcada sobre la acera contraria un par de casas más abajo. Fui cuidadosa para no dejarme ver, pero la persona que la conducía, pareció advertir mi presencia porque arrancó y se marchó en menos que canta un gallo. Me dio tiempo a anotar la matrícula en una libreta, aunque me daba la sensación de que tenía toda la pinta de ser falsa.

Capítulo 8

El trayecto hasta la comisaría lo hicimos en la furgoneta de Jota. Era un Volkswagen Kombi blanco del año de la pera, tuneado con motivos hippies, que conducía más bien poco porque de su piso a la facultad en la que estudiaba Historia, apenas había doscientos metros. Iba completamente vestida de negro en los asientos traseros, con una bolsa de tela en la que llevaba las pocas pruebas que tenía. Las lunas de la furgoneta estaban tintadas por lo que

podía observarlo todo con la tranquilidad de no ser vista, al menos por los laterales. Y de que no me vieran, porque no me hacía chiste pasearme en un coche con la cara de John Lennon pintadas en un lateral, y el lema *Paz y Amor* en el otro. La zona del limpiaparabrisas me dejaba al descubierto, por lo que decidí sentarme a la derecha, justo detrás de mi amiga, con la intención de que su asiento me cubriese lo máximo posible. Había cerrado la habitación con llave, sin tocar apenas nada ni recoger los cristales por si los agentes querían hacer

un registro o cualquier cosa. Esto último había sido idea de Andrea.

La Comisaría de Policía del Distrito Centro estaba cerca, girando un par de veces a la derecha y luego a la izquierda por estrechas callejuelas. El problema era que en ese momento el local estaba en obras y teníamos que desplazarnos hasta otra, más al este de la ciudad. Después de callejear un poco, llegamos a una zona en la que un par de coches habían chocado entre sí al final de la avenida, provocando un atasco monumental. Los bomberos, la guardia civil y la grúa estaban allí para intentar

restablecer el orden de la circulación. Nos apartamos a un lado para dejarle paso a una ambulancia que circulaba a toda velocidad, para atender a las víctimas del siniestro. Deseé que solo fuese el golpe y que no hubiese heridos de gravedad.

La retención en el tráfico era de al menos un kilómetro por lo que, cuando llegamos hasta el cruce que nos llevaba a la altura del puente que teníamos que dejar a la izquierda para meternos en una barriada, habían transcurrido cuarenta y cinco minutos. El resto del camino, por suerte, fue rápido.

—Vaya asco, pensé que no saldríamos del atasco —se quejó Andrea rompiendo el silencio. Le había salido un pareado sin darse cuenta, pero decidí no señalarlo en voz alta, no era momento para bromas de ningún tipo.

—Se nota que no conduces a menudo por Sevilla, caramelito, porque esto es el pan de cada día —intervino Jota, tamborileando los dedos contra el volante.

—Por eso prefiero los autobuses, a pesar de que en algunos los olores corporales son más fuertes que las colonias —bufó mi amiga.

—Pues yo no. Si os soy sincera echo de menos conducir —expliqué apenada—. Si no fuera por la medicación, que me da mucho sueño, estaría por ahí con un buen coche escuchando música a todo volumen.

—Cariño, no te preocupes, pronto no habrá pastillitas de colores en tu vida. Lo de Fernando ya pasó y tienes que aprender a controlar las crisis de ansiedad de forma natural.

—Ni que fuera tan fácil —aseveré pensando en cómo a Andrea le parecía todo muy sencillo.

Siempre ocurría lo mismo: a las

personas les cuesta empatizar y ponerse en el lugar de los demás. Tratándose de alguna enfermedad, ya fuese física o emocional, el asunto empeoraba ya que nadie podía sentir los síntomas por otro. Por eso era tan fácil dar consejos... y errar.

—Ya te lo dijo Elena, verás cómo mejoras. Por cierto, ¿cuándo vuelves a tener cita con ella?

—Dentro de un par de miércoles, tengo que llamarla para confirmar la hora —me limité a decir, algo enfadada.

—Hemos llegado. —Jota aparcó en el primer hueco que vio libre mientras

nos desabrochábamos los cinturones de seguridad—. ¿Queréis que os acompañe o espero aquí?

—Mejor quédate. Así a la vuelta el aire acondicionado habrá enfriado lo suficiente para que no nos convirtamos en cubitos de hielo derretidos por el suelo del coche —sugirió Andrea.

La dejé contestar a ella, pues a mí, por los nervios, me era indiferente su presencia. También influía el hecho de que no teníamos ese grado de amistad para requerir que estuviese en los momentos más importantes de mi vida. Suponía que con el tiempo, y reuniones

más allá del cine los fines de semana, le acabaría cogiendo más cariño. Pero una cosa no quitaba la otra, pues le agradecía enormemente el gesto de habernos llevado hasta allí.

—Hasta ahora —dije bajito, encaminándome a la puerta principal de la comisaría con Andrea pisándome los talones. Jota nos correspondió con un gesto de cabeza.

En el interior la temperatura era mucho más agradable. Nos acercamos a un policía uniformado, que estaba sentado tras un mostrador de información.

—Buenas tardes —dijo con voz ronca cuando llegamos a su altura.

—Hola —respondí, para después añadir—: Quiero presentar una denuncia. ¿Podría indicarme a quién tengo que dirigirme para que me tomen declaración?

—Primera puerta a la izquierda —señaló un pasillo estrecho excesivamente iluminado—. Recuerda presentar el Documento Nacional de Identidad.

Asentí y nos encaminamos al detector de metales por el que teníamos que pasar antes de poder acceder a los

despachos. Había dos agentes, un hombre y una mujer, controlando nuestras pertenencias y siluetas en busca de pistolas, navajas y demás posibles utensilios que pudiésemos utilizar contra alguno de los cuerpos y fuerzas de seguridad del estado.

La policía nos acompañó hasta una sala de espera en la que había una treintañera con un par de críos, gemelos, dormidos en un carrito de bebé. Llevaba gafas de sol y el pelo suelto, pero eso no escondía los morados que le atravesaban la cara de lado a lado. En comparación con ella sentí que el mío

no era nada y me acordé de la broma de la estúpida de Cecilia sobre que mi novio ficticio me pegaba. Si ella hubiese visto a esa joven, unos años mayor que nosotras, asustada, con la única compañía de sus hijos pequeños que no podían defenderla, se lo hubiera pensado dos veces antes de hacer comentarios crueles con ese tema. Mi amiga y yo intercambiamos una mirada y tomamos asiento cerca de ella, con cuidado de no hacer ruido para que los niños siguiesen durmiendo felices, ajenos a todo.

Entonces fue cuando me di cuenta,

había actuado igual que la mujer que estaba con nosotras en esa sala: al evitar denunciar a la primera ocasión me habían dado un escarmiento una segunda vez. Esperaba que no hubiese otro ataque, ni para mí ni para ella.

La misma agente que estaba en el control de la entrada volvió a parecer al cabo de unos minutos.

—¿Ainara Moreno? —preguntó sosteniendo en alto mi DNI.

—Soy yo. —Aunque era bastante obvio por la foto de carnet, entendía que era algo que allí resultaba rutinario.

—Pasa por aquí. El inspector

Robles te espera. —Me señaló el camino comenzando a andar sin esperarme.

Apreté el paso para alcanzarla y rápidamente me puse a su altura. Llamó a una puerta que tenía aspecto de haber sido barnizada recientemente y en cuanto escuchamos ruido al otro lado, entramos. Se trataba de un despacho pequeño, con las paredes pintadas en color crema y el mobiliario moderno, parecía sacado de un anuncio de una tienda de decoración.

Detrás de un gran escritorio de madera de roble, un hombre con aspecto

cansado me esperaba. Tenía los ojos verdes con gafas negras de pasta y el cabello oscuro con algunas canas, ligeramente peinado hacia atrás.

—Soy el inspector Armando Robles. —Extendió su mano hacia mí al presentarse. Se la estreché inquieta, deseando acabar con aquello cuanto antes. Era un trago muy desagradable.

Después de un breve intercambio de palabras en el que expliqué dónde vivía actualmente y dónde habían ocurrido los acontecimientos, el inspector comenzó a interrogarme. Al contestar a la primera pregunta, abrí mi

discurso con las siguientes palabras:

—Creo que alguien está tratando de asesinarme.

Capítulo 9

El restaurante estaba a rebotar cuando otra de mis crisis me asaltó. Andrea, a mi lado, hacía lo posible por distraerme con mucha charla pero solo conseguía enervarme más. Prefería no decírselo, porque bastante me ayudaba en mi día a día a pesar de mis momentos de crisis existenciales como para ponerme quejica porque parlotease más de la cuenta.

—Espero que Matthew no tarde mucho más o acabaré marchándome de

aquí —aduje jugando con una servilleta de papel.

—No hará falta, cariño, mira quién asoma por la puerta. Hablando del rey de Roma... —contestó Andrea visiblemente emocionada.

La alta figura de Matthew apareció en escena y en dos zancadas ya estaba junto a la mesa en la que nos habíamos sentado. Ambas corrimos a su encuentro y le dimos un abrazo de oso.

—Nara, Andrea... ¡qué guapas os veo! —Sus ojos azules como el mar, nos repasaron de arriba abajo. Llevaba el pelo rubio ligeramente desordenado y el

hoyuelo de la barbilla se le marcaba, dándole un aspecto infantil que no le restaba atractivo.

De mi entorno, Matthew era el único que no me llamaba por mi nombre completo porque le costaba pronunciarlo. Al final, Ainara había pasado a ser Nara para él y a pesar de que al principio me chocaba, acostumbrada a escuchar mi nombre completo, me acostumbré con el paso de los meses.

—¡Estás hecho un bombón! —
exclamé después de fijarme en lo

arreglado que venía. Una bufanda beige le cubría el cuello a pesar de que con la temperatura que hacía no pegaba en absoluto la prenda. Se estaría re acostumbrando al clima de España de nuevo y por eso estaba tan abrigado.

—Vosotras que me miráis demasiado bien. —Sonrió mientras tomaba asiento. Andrea y yo le imitamos en las sillas contiguas.

—¿Qué tal el viaje? ¿Cómo está tu familia? —preguntó Andrea cuando yo le hacía señas a un camero para que se acercara a tomarnos nota.

Con un par de tapas y unos

refrescos sería bastante. Necesitaba volver a la residencia lo antes posible, el inspector que llevaba mi caso me había recomendado hacía unos días pisar la calle lo menos posible. Aunque eso Matthew no lo sabía. Pensaba prolongar el momento lo máximo posible para no preocuparlo ni involucrarlo. Cuanta menos gente estuviese al corriente de los últimos acontecimientos, mejor.

—El viaje genial y los míos mejor aún. Echaba de menos pisar York y respirar el ambiente de mi tierra. Me ha ayudado bastante a desconectar, pero

también para hacer planes de futuro. Pero dejemos de hablar de mí, ¿qué tal estáis vosotras?

Pusimos al corriente a Matthew durante el tapeo, hablándole mayormente de cosas triviales como que la segunda semana de Julio, Andrea y yo nos habíamos ido de vacaciones a casa de Lucía, una amiga de Las Palmas de Gran Canaria. Nos despedimos y después de eso, no salí de la habitación de la residencia en una semana completa.

Las únicas personas que podían estar conmigo de un lado para otro eran Jota y Andrea porque conocían que

había realizado la denuncia. Pero no quería interrumpirles constantemente por lo que solo les avisaba para salir cuando era estrictamente necesario. La versión oficial para todos, incluyendo mi familia, era que estaba encamada con gripe. Para mis padres, ese había sido el motivo por el que no había pisado mi casa ese sábado como de costumbre. Mi madre había insistido en hacerme una visita, preocupada por mi salud, pero había logrado convencerla para que se quedase. Pensaba en el trabajo que me había costado conseguirlo mientras contemplaba el cristal roto de la

habitación. Lo había tapado con un tablón de madera y dejaba las cortinas siempre corridas para evitar que me viesen desde fuera. No podía arriesgarme a que la persona que me perseguía se pusiera tras la pista de mis seres queridos, por eso mantenerles lejos de mí era lo mejor.

Un modo de evitar la desidia de ese encierro era intentando reorganizar mi vida. Opté por empezar a ordenar el armario y sacar algo de ropa de otoño de la balda superior. Las tardes cada vez eran más frías y no me venía mal tener unas cuantas rebecas o chalecos de

manga larga a mano. También le di rienda suelta al patchwork y sobre todo a mi pasión por la pintura. Enfundada en una bata blanca con bastantes restos de óleo, trabajé durante tres días en terminar un cuadro: la representación de un sueño que tenía en mi cabeza desde que era muy pequeña. No sabía si lo había visto en alguna foto o en televisión, pero la imagen de un campo de trigo, salpicado de amapolas, me perseguía sin cesar. En medio había un espantapájaros al que nunca lograba verle el rostro.

Como no bajaba al comedor con el

resto de chicas, era Andrea la encargada de subirme las bandejas a la habitación para no levantar sospechas. Las dos monjas que dirigían la residencia estaban al corriente de mi situación y aunque a ellas no les gustaba la parte de mentir, entendían que era por un bien común y nos seguían la corriente con el tema de la gripe.

Solo había tenido noticias de Robles una vez, para notificarme los avances que había hecho en la investigación, que eran más bien pocos por no decir nulos. Ni en el *flyer* ni en la piedra habían encontrado huellas

dactilares más allá de las mías y las de Andrea. Pero no contaban porque ambas habíamos manipulado los objetos antes de presentarlos como prueba. Según estaban transcurriendo las cosas, mi atacante parecía saber muy bien lo que hacía.

Por una cabeza, mi tango preferido de Gardel, empezó a sonar en mi móvil y miré la pantalla con cautela antes de responder. Si se trataba de mi madre de nuevo iba a tener que fingir una tos horrorosa y poner tono de Darth Vader para mantener la farsa. Mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que la llamada

provenía de un número que no tenía apuntado en la agenda. Descolgué sin saber quién podía ser:

—¿Sí? ¿Quién es? —demandé removiéndome inquieta en el sillón del escritorio.

—Buenos días, le llamo de la secretaría de La Universidad de Bellas Artes de Sevilla. ¿Hablo con la señorita, Ainara Moreno? —Una mujer me saludó al otro lado de la línea. Respiré aliviada.

—Soy yo, ¿sucede algo? —No era normal que llamasen de la facultad a pocos días del inicio del curso.

—Debido a un error informático, hemos tenido problemas con la formalización de las matrículas de los alumnos de segundo. Necesitamos que se persone en la secretaría para rellenar unos formularios durante la mañana de hoy.

—¿No hay modo de hacer este trámite otro día? Es que estoy con gripe —tosí falsamente—, y con fiebre no puedo salir.

—Lo siento pero no, si no acude hoy quedará fuera del curso. Tiene hasta las dos y cuarto del mediodía para presentarse.

—Gracias por el aviso. —Colgué maldiciendo por lo bajo ante las escasas opciones que tenía.

Andrea había salido a comprar ropa interior sexy para darle una sorpresa a Jota, siempre pensando en lo mismo, cómo no. Jota se encontraba trabajando y con la crisis que estábamos pasando, la matrícula de mi carrera no era una excusa lo suficientemente fuerte para abandonar el puesto por una hora. No me iba a quedar más remedio que acudir sola, a pesar de que casi lo tenía prohibido. Porque la alternativa restante era Cecilia. Y me negaba por completo

a pedir su ayuda.

Me quité el pijama y me vestí con ropa de calle. Una falda larga, vaporosa verde oscura y una camiseta de tirantes básica, de color amarillo canario. Para el cuello usé un pañuelo floreado. Me puse unos pendientes a juego y recogí mi melena rizada en una coleta lateral.

Al pisar el comedor, varias compañeras comenzaron a cuchichear por lo bajo. Lo entendía, no tenía el aspecto de alguien enferma para nada. Tendría que buscar una mejor excusa para usarla de tapadera.

—Ainara, tienes visita. —Irina, una

chica de origen ruso que estudiaba Filología Inglesa se me acercó para avisarme.

—¿De quién hablas? —pregunté extrañada pues no esperaba a nadie por allí. Me señaló hacía los sofás estampados del salón, donde una figura masculina me saludaba agitando la mano nerviosamente.

Sonreí de oreja a oreja en cuanto descubrí que se trataba de mi mejor amigo. Micifuz y Robustiana dormían a pata suelta en sus cestas de mimbre, justo a sus pies.

—¡Matthew! —Corrí a su

encuentro como si estuviese en una película romántica. Me estrechó entre sus enormes brazos en cuanto llegué hasta él.

—Nara. Déjame que te vea. — Cogió mi mano y me hizo dar una vuelta para contemplarme—. Estás fantástica, dime qué gripe es esa que yo también quiero pillarla.

—Adulador —le acusé, haciéndole un gesto para que me siguiera y evitando responder a lo del resfriado. Atravesamos el portal y nos mezclamos entre la multitud.

—He vuelto de mi hogar y no he

tenido oportunidad de verte más allá de un rato, no te quejes porque te piropee un poco. Menos mal que se me ha ocurrido recogerte para ir a la facultad, porque supongo que a ti también te han llamado por lo de la matriculación — preguntó con preocupación.

—Sí, por desgracia nos toca hacer papeleo. Y menos mal que has venido a por mí, no me apetecía nada ir sola — comenté poniendo una mueca. Cuando estaba barajando opciones acerca de cómo no ir sola a la universidad, no había pensado en él. Por un momento, no me acordaba de nuestro encuentro en el

restaurante, cuarenta y ocho horas antes.

Seguimos paseando y aunque no quería pensar mal, mi subconsciente lo hacía por mí porque todo lo que me rodeaba me resultaba peligroso: una anciana paseando un chihuahua, un repartidor de comida montado en el camión y el vendedor del kiosco de la esquina, al que conocía desde hacía muchísimo y era un encanto. Tenía una taquicardia horrible y sentía un nudo en el estómago, pero saber que iba acompañada de Matthew me hacía sentirme algo protegida. No es que él tuviera que atajar una bala por mí, pero

estaba segura de que de darse el caso lo haría.

—¿Estás bien? —quiso saber pasándome un brazo por los hombros con gesto preocupado y golpeando sin querer la mochila que llevaba al hombro. Asentí levemente, pero no dije ni una sola palabra.

Sin apenas darme cuenta estábamos a la entrada de la facultad. Había una cantidad ingente de alumnos por lo que optamos por ponernos en la fila de la secretaría y esperar turno. Un par de metros más adelante divisé a Cecilia. Su espesa cabellera rubia platino destacaba

entre un montón de cabezas morenas y castañas. A su lado un chico que charlaba animadamente con ella se agachó para atarse las zapatillas de deporte. Cecilia me pilló infraganti mirándoles y se quedó sorprendida de verme. Se recompuso rápido y se encargó de marcar el territorio agarrando de forma muy posesiva al muchacho con el que estaba.

—Ainara ¿tú por aquí? —Cecilia destiló todo el veneno que era capaz de fabricar en la boca al pronunciar aquellas palabras. Media cola se dio la vuelta en mi dirección. Al parecer las

noticias volaban y el hecho de que Cecilia y yo no nos llevábamos bien había corrido como la pólvora por la Universidad entera.

—Ya ves, como toda la clase — contesté ante la evidencia.

—Mentiría si dijera que tienes aspecto de griposa. —Me evaluó buscando hallar el virus tatuado en mi frente o algo por el estilo.

—Me he recuperado pronto. —*Por desgracia para ti*, pensé. La vista se me nublaba por momento debido al estrés de estar expuesta al aire libre. Me apoyé en Matthew para no besar el suelo y él

puso un brazo sobre mis hombros para infundirme ánimos.

—Ya era hora querida, nadie quiere enfermos cerca. ¿Verdad, Lucas?

En el momento en el que pronunció su nombre, el aludido se giró en mi dirección. Su perfume de Hugo Boss llegó hasta mí una milésima de segundo antes de que Lucas me mirase descolocado y frunciere el ceño al ver que el brazo de Matthew todavía seguía sobre mí.

—Cecilia, no seas borde —le dijo con demasiada familiaridad. Como si se conocieran de antes, y por la forma en

que ella le contestó entre dientes tenía toda la pinta de ser así.

¿Pero de qué podían conocerse aquellos dos? Eran tan dispares, que no entendían cómo tenían esa proximidad. Porque estaba claro que Lucas estaba esperando a Cecilia. La idea me resultaba disparatada y repulsiva, a partes iguales. ¿Pero, por qué? Él no era nada mío, aunque por la forma en la que intercambió una mirada con Matthew, como si le faltara desenfundar la pistola para batirse en un duelo como los del vaqueros del oeste, me hizo replantearme sus sentimientos hacía mí.

¿Podía ser cierto que de verdad le gustase como había insinuado o solo estaba bromeando?

—¿No me presentas a tu... amigo?

—Lucas abandonó la cola justo en el momento en el que avanzamos unos pasos. Cecilia aprovechó para recoger sus formularios y empezar a rellenarlos en lado del mostrador.

—No hace falta, lo hago yo mismo. Matthew O'Connor. ¿Y tú eres? —intercedió mi acompañante antes de que me diese lugar a hablar y pudiese presentarlos yo misma.

—Lucas Olivera —contestó en un

tono ligeramente molesto.

Ví que no se estrechaban las manos y me resultó cuanto menos, curioso. Iba a ser verdad que aquello era una rivalidad. Me pareció patético, yo no era una posesión de ninguno de los dos.

—Mi turno —interrumpí abriéndome paso entre los dos y aproximándome a la ventanilla. Cogí unos cuantos documentos y mi mejor amigo, a mi lado, hizo lo propio algo después. Volvimos a entregarlos al cabo de unos minutos y nos encaminamos a la salida.

No me molesté en dirigirme a

Cecilia y a Lucas aunque vi cómo este se despedía al ver que ella saludaba efusivamente a unas conocidas. Apreté el paso al ver que se acercaba a nosotros.

—¡Espera, Ainara! —Me detuvo sosteniéndome por un brazo, pero no me retuvo con demasiada fuerza. Podría haberme soltado en cualquier momento, pero no lo hice. En el fondo sentía curiosidad por saber más de él, aunque no lo iba a reconocer en voz alta.

—Adelántate, ahora te alcanzo —le pedí a Matthew, que nos estudiaba con el ceño fruncido.

—Está bien, voy al cajero de ahí enfrente —me señaló un edificio cercano—, si me necesitas dame un toque.

Tras echarle una última mirada a Lucas, que se había parado a mi lado, se marchó de allí con andares pesados, como si le costase alejarse.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, algo incómoda. Necesitaba salir de allí lo antes posible, mi adrenalina volvía a estar disparada.

—Saber de ti. ¿Dónde has estado esto días? —indagó—. No he parado de ir a buscarte a la cafetería a la hora de

desayunar e incluso he pasado varias veces por la residencia, pero nadie ha sabido decirme nada de ti. Justo le estaba preguntando a Ceci por ti.

—¿Ceci? —Mordí mi labio inferior para tratar de aguantar la risa. Sonaba tan cursi...—. Parece que sois cercanos —dejé caer con el propósito de sacarle información.

—¿Estás celosa? —Los ojos le brillaron ante esa idea. No entendía por qué pensaba eso, no le había dado pie en ningún sentido. Al menos, no conscientemente.

—No tengo por qué, tú y yo no

somos más que conocidos —le aclaré.

—Para que te quedes tranquila te diré una cosa, estoy soltero —susurró contra mi oreja. Su cálido aliento me hizo estremecer—. Ceci era mi vecina, sus padres viven en el mismo bloque que los míos.

Si era cierto lo que decía, debía de pertenecer a una familia de dinero porque los Hermida no vivían precisamente en una calle de zona pobre.

—Pues para que lo sepas: me importáis un bledo. —Comprobé mientras contestaba que le llegaba a la

altura del cuello—. Tanto tú, como Cecilia.

Acto seguido, le soplé en la oreja haciendo que se estremeciera entero. Puestos a jugar, yo podía hacerlo mejor que él si me lo proponía. Con ansiedad incluida y todo.

—Seamos claros, Ainara, no es así, al menos en lo que a mí respecta —carraspeó tratando de recomponerse.

—Eso no viene al caso —espeté con intención de no darle la razón—, ¿qué quieres de mí? ¿por qué me persigues?

—A estas alturas deberías saberlo

de sobra. Pero no has contestado a la parte que me interesa ¿has estado enferma sí o no? —repitió obviando mis preguntas.

—No te conozco y no tengo por que darte explicaciones. Mira, Lucas, te agradezco de nuevo la ayuda en el centro comercial, pero no quiero deberte nada. Si puedo hacer algo por ti, con la condición de que me dejes en paz después, dímelo —solté a bocajarro, siendo quizá demasiado brusca en las formas.

Encajó mi respuesta mejor de lo que yo esperaba. Si me detenía a

pensarlo acababa de decir una locura. A saber qué se le podía pasar por la cabeza pedirme. Pero ya no había vuelta atrás, por lo que alcé la barbilla con orgullo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ligeramente confuso.

—Sí. Y no tengo todo el tiempo del mundo aunque me gustaría ¿me dices algo? Matthew me está esperando y no me gusta llegar tarde. —Miré el reloj de pulsera para evitar encontrarme con sus ojos.

—Un día —propuso de forma tajante.

—¿Quieres que espere un día? Si acabo de decirte que no tengo tiempo. Las clases están a la vuelta de la esquina...

—Te lo acabo de decir, quiero un día tuyo.

—¿Cómo dices? —Seguía sin comprender a qué se refería exactamente y no sabía hasta qué punto iba a ser bueno averiguarlo.

—Voy a ser más directo. Quiero que pases un día conmigo. Desde por la mañana hasta la hora de la cena. Así tendremos oportunidad de conocernos mejor. Si no te intereso ni un poquito

después de eso, te dejaré en paz —
explicó con paciencia.

—¿Y si no es así? —La frase salió de mi boca antes de pensarla. Me arrepentí instantáneamente por meter la pata tan seguidamente, pero la forma en la que había pronunciado «mejor» había hecho que me cosquilleara el estómago.

—¿Si no te dejas en paz? Tranquila, tienes mi palabra —explicó con la solemnidad que le acompañaba cuando fingía ponerse serio .

—No me refiero a eso. Y si resultas interesarme aunque sea una milésima parte de lo que puedas

imaginar. —Acorté la distancia entre nosotros, imitando su actuación de otras veces. Aproveché mi error para burlarme de él. Por el rabillo del ojo vi a Cecilia aproximarse por la espalda de Lucas.

—Si eso pasase ya no tendría que inventarme excusas baratas para frecuentar los sitios por los que te mueves. La cosa sería entre nosotros dos. —Alzó una mano con intención de tocarme la mejilla, pero me retiré antes de permitir que las cosas se enredasen más.

—Ya sabes dónde encontrarme

entonces, te veo el viernes. —Sujeté la mochila con fuerza y comencé a caminar por la acera, buscando un paso de peatones por el que cruzar.

—¿Me das tú número? —vociferó Lucas al ver que me distanciaba en dirección al cajero en el que estaba Matthew, aguardando contra la pared.

—Tu vecina Ceci lo hará por mí. —Giré el cuello en dirección a ambos y pude ver cómo mi compañera de clase ponía cara de malas pulgas—. Y si no, se verá el interés que tienes en mí según la velocidad a la que consigas contactar conmigo.

Sonreí ampliamente y eché a andar.

Capítulo 10

Vueltas, vueltas y vueltas. Si seguía rodando en mi cama, pensando, iba a acabar haciendo la croqueta. Únicamente me faltaba la harina y el aceite para rebozarme. Y es que solo a mí se me ocurría ir a la facultad a solucionar un problema y volver con otro. Lucas. No le había contado nada a Matthew en el camino de vuelta, pero le había hecho un breve resumen a Andrea en nuestra habitación.

—Tienes que entretenerte con algo.

—Me tendió un par de revistas del corazón que había comprado por la mañana. En las portadas, en letras destacadas había montones de titulares sensacionalistas.

—Prefiero un libro, la verdad. He empezado una historia muy interesante sobre una chica que se enamora y siente auténticas mariposas en el estómago cada vez que ve a su amado. La trama es buenísima, pero ni por eso consigo quitarme de la cabeza la tontería que he hecho. En el momento en el que acepté salir con Lucas tuve que tener un gran lapsus. No tiene otra explicación —

cavilé en voz alta.

—Bah, tonterías. Si has aceptado a salir con él, es porque en el fondo te interesa. —Empezó a hacerse la manicura francesa mientras se dirigía a mí.

—Ligeramente, para qué negarlo. Pero la principal razón por la que accedí a salir con él fue por algo que me dijiste: tengo que tratar de normalizar la situación al máximo.

—Perfecto entonces. Sexo salvaje para desestresarte y olvidar a tu acosador. Lo veo genial —canturreó perfilándose una uña con la lima.

—Tú estás loca. Con el lío que tengo en lo alto y lo que se te ocurre es que eche un polvo como si eso lo arreglase todo. Tengo sentimientos y por mucho que lo intente olvidar soy consciente. ¿Sabes lo que más me jode de esto? —pregunté sabiendo que estaría encantada de oír la respuesta.

—¿No poder ver a Lucas con más frecuencia? Restregárselo a Cecilia es lo más divertido que te he escuchado contarme en mucho tiempo. —Le había relatado el encuentro a dos bandas con Lucas y Cecilia y cómo esta última había terminado ligeramente mosqueada

por mi presencia.

—No lo hago por darle celos a ella, aunque si eso pasa tampoco me echaré a llorar. —Sonreí abiertamente para dejarle claro que no me importaría verla derramar un par de lagrimitas.

—¿Entonces a qué te refieres? —preguntó mientras se soplabá los dedos para ver si el esmalte se secaba antes.

Mi teléfono comenzó a sonar y di por terminada la conversación. Ya tendríamos tiempo de charlar del tema. Al otro lado de la línea, mi hermana me esperaba.

—Dime —susurré pensándome qué

decirle. No me gustaba mentirle, pero no podía hacerle un resumen de los últimos días sin omitir grandes detalles.

—Ainara, cielo ¿estás mejor? En casa estamos muy preocupados por ti. —habló mi hermana al otro lado de la línea. De fondo escuché a mi padre decir algo y ella se encargó de hacérmelo saber—: Papá dice que te abrigues, y que por lo que más quieras... ¡bebe zumo de naranja!

—Sí, Mónica, estoy mejor del resfriado aunque mis ánimos están un poco bajos. Últimamente las cosas no están saliendo como me gustaría, ya te

contaré con calma cuando te vea —dejé caer. Lo que tenía que explicarle era una información demasiado brusca como para soltarla de golpe.

—Bueno, esperamos verte pronto por aquí. Mientras tanto, te cuento el motivo de mi llamada, enana.

—Tú dirás —resoplé al escuchar cómo me llamaba así, sabiendo lo mucho que lo detestaba.

—¿Sabes de alguna tienda en la que vendan ropita de bebé que sea buena, bonita y barata? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

—Sí, por aquí cerca hay una tienda

pequeñita que está bastante bien. ¿Por qué? ¿Tienes algún bautizo o algo?

—Lo cierto es que sí y tú también en unos meses —se rio por lo bajo.

—¿Yo? —Hice un repaso mental intentando averiguar a quién se refería, pero nadie cercano a mi entorno entraba en esa lista.

—Sí, Ainara. Dentro de seis meses vas a ser tía. Y la madrina, si aceptas claro.

—Pero... pero ¿cómo es posible que no me hayas dicho nada antes? Oh Dios mío, te juro que me acabas de alegrar la vida. Por supuesto que acepto,

hay cosas que no se preguntan. ¡Enhorabuena, Mónica! Y felicita a David de mi parte. Intentaré pasar por casa el fin de semana, quiero ver las ecografías en persona. Un beso, te quiero —me despedí, bastante emocionada.

Andrea pestañeó varias veces sorprendida, al escuchar mi parte de la conversación. Entendió todo rápidamente al ver la cara de tonta que yo debía de tener en ese momento.

—¿Tu hermana está embarazada?
—gritó dando un salto de la cama.

—Sí, de tres meses —asentí

depositando el teléfono sobre mi edredón.

—Cariño ¡eso es una alegría! ¡Felicidades! —Se abalanzó sobre mí olvidándose del pintauñas. Me dio un abrazo de oso amoroso, como ella solía decir.

—Voy a tener un sobrinito. O una sobrinita. —Volví a sonreír, pero con los ojos llenos de lágrimas que no llegaron a caer. Me resistía a llorar cuando las noticias eran así de buenas.

—Ey, ey, ¿qué pasa? ¿No estás contenta? —Me miró extrañada por mi comportamiento. Si no estaba

empezando a rozar la bipolaridad me faltaba poco.

—Claro que sí, pero aunque intente hacer vida normal no debería acercarme a ella. Le he dicho que intentaré pasarme a verla, pero en el fondo sé que es mentira, no puedo ponerles en peligro. Bastante mal lo paso.

—Bueno, mujer, porque vayamos a verles este finde no va a pasar nada. La recomendación del inspector es que no salgas sola y de hacerlo, lo harías conmigo así que no hay problema ninguno —sentenció, poniéndose en pie con los brazos en jarras. Cualquiera se

atrevía a contradecirla cuando se ponía de ese modo.

—Tienes razón, es que estoy revuelta. Necesito hacer algo productivo con mi vida y estudiar no puedo todavía. Hasta la semana que viene no empiezan las clases. —Estaba atada de pies y manos.

—Eres de lo que no hay. La mitad de la población estudiantil no quiere ni en pintura, y nunca mejor dicho teniendo en cuenta tu carrera, regresar a la rutina. En cambio tú, ahí... con ganas de empollar. —Se llevó las manos a la cabeza.

—Es el único inconveniente de estar desocupada y encerrada. Las revistas del corazón no me van a arreglar la vida. Y ya he acabado todas las lecturas pendientes.

—Se me ocurre algo —contestó—: tengo que salir, he quedado con Jota. Si quieres, vente con nosotros. No te va a pasar nada porque vas a tener nuestra compañía.

—Te lo agradezco, Andrea. Pero ya comprobé en el cine que el rol de *sujetavelas* con vosotros me saca de quicio un poco. No tenéis que reprimiros, soy yo la que no quiere estar

mirando mientras intercambiáis fluidos bucales —le expliqué algo que era obvio para mí, pero que ella había pasado por alto. Se notaba claramente que no veía las cosas desde mi perspectiva, porque si no se hubiera sentido igual de incómoda que yo.

—Venga tía, tampoco es para tanto. Haremos un esfuerzo y nos comportaremos con recato, te lo prometo. —Cruzó los dedos a la espalda y supe que estaba mintiendo, pero no pude evitar reírme.

—Lárgate anda, a ver si desfogas un poco. —Le tiré un cojín a la cara,

pero lo atrapó al vuelo. Tenía que mejorar mi puntería, pero el baloncesto nunca había sido lo mío.

—No tendrás que repetirlo dos veces. —Cerró los botes de pintura y los guardó en un estante junto al quitaesmaltes. Para sus potingues sí le gustaba el orden. Una pena que no hiciese lo mismo con las tareas que compartíamos.

Me había encargado personalmente de limpiar nuestro cuarto de baño a fondo. Pero cada una teníamos nuestros defectos y no iba a ser yo quien le echase nada en cara.

—No tienes que cambiar por mí. Sería una amiga malísima si te pidiera eso —citó la frase que ella me había dicho anteriormente—. Además, tengo que prepararme para mi salida de mañana.

—¿Piensas hacer algo especial en tu cita con Lucas? —quiso saber mientras se calzaba unos tacones azules, que le conjuntaban con la blusa que llevaba puesta.

—Por supuesto, distraerme y ver qué es lo que se trae conmigo. Aun así desde ya te aclaro que no va a pasar nada entre los dos, por muy atractivo

que sea.

—Lo siento, pero eso no te lo crees ni tú. Después de intercambiar opinión con Jota, ambos estamos de acuerdo en algo: vamos a dejar de presentarte a sus colegas, ya no los necesitas.

—¿Quieres que sea una soltera eterna? Por mí no hay problema, soy una mujer independiente —contesté satisfecha.

Y era verdad. El paso de los días teniendo novio era genial, pero podía estar sin salir con alguien y hacer vida normal igual. En cambio Andrea, necesitaba «material de repuesto

rápido» una vez que cortaba con sus rolletes. Por suerte para Jota, con él iban las cosas viento en popa. Cruzaba los dedos todos los días para que siguieran juntos y mi amiga sentase un poco la cabeza.

—Hemos llegado a la conclusión de que al final no te vas a quedar para vestir santos. Se ve venir desde muy lejos.

—¿Y quién me va a quitar las penas según vuestra opinión? —Como si fuera tan fácil como pestañear.

—Blanco y en botella, de la marca «Olivera» —ironizó señalando el

apellido de Lucas como si no me lo supiera de memoria.

Bufé y le señalé la puerta. Salió de allí, con las gafas de sol puestas a modo de diadema y una sonrisa de oreja a oreja que no era normal.

Rebusqué dentro de mi bolso hasta dar con el monedero, dentro del mismo guardaba la tarjeta de Lucas. Miré con atención buscando su número de móvil, pero no aparecía por ninguna parte, tan solo el fijo de la tienda y una dirección de email.

Si de verdad estaba interesado, ya tendría oportunidad de probarlo. Me

tumbé en la cama y me puse a contemplar el techo, pensativa, con la cabeza en mil cosas a la vez. Básicamente reflexionaba acerca de lo mucho que había cambiado mi vida en los últimos días cuando mi teléfono emitió un pitido. Era un WhatsApp, que abrí suponiendo que era de Matthew. Mi sorpresa fue mayúscula al ver que se trataba de... ¿Lucas? Le reconocí por su imagen de perfil en la que salía con una de sus características camisetas con mensajes y cómo no, por sus impresionantes iris verdes. Mi foto era la del tatuaje que tenía en el pie. Una

golondrina. Era lo que significaba *Ainara*, aunque él no tenía por qué saberlo. A pesar de haberle reconocido, me hice un poco la tonta en las primeras palabras que intercambiamos...

Hola, nena 😊

Hola ¿quién eres? ✓✓

Vamos, no me digas que no sabes. Con el trabajo que me ha costado que Cecilia me diese tu número. Casi que besarla...

¿Perdona? Pues si «casi» has tenido eso, queda mejor con ella y no con no pierdes tu valioso tiempo. ✓✓

Ja, ja, ja. Ya veo que me has reco que ver lo que te gusta hacerme s tranquila que yo solo tengo ojos pa

Ya, claro. Y ahora es cuando se su tengo que creerte. ¿Qué quieres, Lu a bajar a cenar en breve y después dormir.. ✓✓

Simplemente demostrarte que sí te
en ti. La prueba es que estoy hablan
ahora. Además, ya que yo tengo tu
justo sería que tú tengas el mío.

Me parece bien, así los dos jug
igualdad de condiciones 😊 ✓✓

Yo no estoy jugando, me tomo es
serio. Ya lo comprobarás. Come r
mañana te espera un gran día. T
tener fuerzas 😜

Si tú lo dices... En fin, ¡buenas noches

Sueña con los angelitos y me dices veo con alas.

Eres idiota... ¡Hasta luego, Lucas! ✓✓

Bajé al comedor saltando los escalones de dos en dos. Pero no estaba contenta, simplemente expectante por lo que me aguardaba en las próximas horas. Esperaba pasarlo lo suficientemente bien como para desconectar de todo.

Capítulo 11

Después de una noche perturbadora repleta de persecuciones y amenazas, me desperté terriblemente tarde. No lo supe por el despertador, que debí apagar en algún momento que no supe definir, sino por la llamada a la puerta del cuarto.

Abrí bostezando, en pijama y con el pelo revuelto y me encontré de lleno con Cecilia, perfectamente arreglada, peinada y maquillada.

—Bonito atuendo para salir con mi vecino. Pobre Lucas, lleva esperándote

media hora abajo y se va a llevar una sorpresa muy agradable si apareces de esa guisa. ¿Qué es? ¿La última moda en París? —se jactó con los brazos en jarras.

—¡Que te den! —grité enfurecida. Su presencia consiguió terminar de despertarme. Le cerré la puerta en las narices y sufrí un momento de bloqueo. Luego salí corriendo despavorida en dirección al baño llevando en una mano el vestido que había decido ponerme la tarde anterior y tecleando furiosamente con la otra, avisando a Lucas para que me esperase diciéndole que no tardaba

«nada». Una mentira muy común entre las chicas, pero ellos no tenían que pasar el suplicio de ponerse guapos. Parecía que venían así de serie.

Cinco minutos más tarde bajé las escaleras totalmente presentable. Arreglada pero informal: un vestido largo y vaporoso, estampado con rayas verticales con unos zapatos de cuña y una cazadora vaquera. Un par de horquillas me recogían el flequillo hacia atrás. Gloss, algo de rímel y colorete para darme algo de luz en la cara. Y *voilà*.

—Ainara estás perfecta. —La

hermana Visitación se quedó quieta del asombro cuando me vio aparecer.

Estaba sentada en una silla de enea haciendo sus labores de punto de cruz. Podía hacer auténticos cuadros reproduciendo cualquier cosa que se propusiera. Mi favorito era una reproducción del Puente de Triana, visto de noche. Casi parecía una auténtica fotografía. Me había gustado tanto que me había empeñado en comprárselo el primer día que llegué a la residencia. Aunque no hizo falta. Me lo regaló y estaba colgado en mi cuarto, el verdadero, que estaba en mi casa en el

pueblo.

—Y que lo diga, hermana —silbó una elegante voz masculina.

Sentado frente a ella, en el sofá que pocos días antes había ocupado mi mejor amigo, estaba Lucas en todo su esplendor.

Su olor a Hugo Boss llenaba toda la estancia. Inspiré lentamente mientras le evaluaba. También se había decantado por un *look* informal: una camiseta gris, con el logotipo de Batman en el centro, pantalones oscuros y zapatos negros.

—¿Nos vamos? —dije

dirigiéndome a él.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Se puso en pie y me tendió un brazo en un gesto que pretendía ser caballeroso, pero que estaba cargado de significado. Rehusé cogérselo y me encaminé hacia el portal no sin antes despedirme de la monja. En una esquina, concentrada en teclear algo en su ordenador portátil, se encontraba Cecilia. Andrea entraba por la puerta cuando nosotros pisábamos la acera.

—Vais tarde ¿no?

Le hice señas para que se callara. No quería que nadie remarcase más el

hecho de que me había quedado frita, ya era bastante evidente.

—Hola, Andrea ¿qué tal estás?
Nosotros bien gracias, ya nos marchamos —saludó Lucas muy animado, dejando claro la prisa que tenía porque nos largásemos de allí.

—Genial, espero que lo paséis muy bien. —Andrea se fue remarcando en exceso el *muy*. No sabía qué le pasaba a mi entorno últimamente, pero decían dobles sentidos con connotación sexual con demasiada facilidad.

—Maravilloso todo, pero cuanto antes salgamos de aquí mejor. No me

gusta estar en medio de la calle sin hacer nada —espeté.

—Tranquila, ya me encargo yo de mantenerte ocupada. —Sonrió a medio lado, caminando tranquilamente con las manos en los bolsillos.

—Bueno... ¿a dónde se supone que vamos? —Mi ansiedad me hacía querer saber de antemano los sitios a los que iba, para buscar posibles salidas si me encontraba mal. Era una búsqueda constante de escapatoria.

—He decido hacer una ruta por la ciudad contigo —se limitó a decir.

—Por favor, me la conozco de

cabo a rabo. Estoy harta de recorrerla y aunque recientemente no tenga ocasión para irme de marcha, he visitado todos los rincones.

—Seguro que sí, que conoces los lugares típicos que aparecen en las guías. Pero yo te hablo de otra Sevilla. Una más íntima, llena de lugares con encanto que no son tan comerciales aunque no por ello son desconocidos — dijo con voz atrayente. Visto así tenía delante una oferta irrechazable.

—Está bien, allá vamos. ¿Primera parada? —accedí finalmente con más interés del que hubiese querido

expresar. Intenté cortarme un poco, pues no quería delatar mi entusiasmo.

—Nos vamos al Barrio de Santa Cruz. —Me empujó suavemente por la espalda y empezamos a dar un paseo. Fui consciente de que no retiraba la mano, pero le dejé estar, al fin y al cabo tampoco había rechazado ese gesto en Matthew y éramos simplemente amigos.

Nos mezclamos entre la multitud de la zona de La Campana, donde se concentraba el mayor número de tiendas por calle que recordaba haber visto en la capital. Tiendas de ropa y zapatos principalmente, aunque también había

ópticas, relojerías, joyerías y mis tres lugares favoritos del lugar: La Casa del Libro en un edificio de tres gloriosas plantas, la Librería Beta situada en un antiguo teatro de la calle paralela a la que caminábamos y finalmente, la FNAC y su magnífica planta de libros, situada pasando el Ayuntamiento y la Plaza Nueva. En esta última ponían todos los años, más o menos por el mes de mayo, La Feria del Libro. Nunca me perdía el evento porque mi adoración por las novelas era digna de ser estudiada por científicos.

Dimos un rodeo a la Catedral y la

Giralda y acabamos en la calle Judería, que daba paso al Barrio de Santa Cruz. Más que una calle, era un callejón estrecho, pero todos los de aquel sitio eran igual, no en vano había sido el barrio judío por excelencia.

—Nuestra primera parada aquí dentro, es la Calle de la Muerte —dijo con calma, a la vez que sorteábamos a dos turistas japoneses que no paraban de hacer fotos a todas las macetas andaluzas que había en la fachada de una casa. La mayoría de los hogares de los alrededores estaban decoradas de la misma forma.

—¿Piensas matarme allí mismo? Si llego a saber que eso es lo que pretendes no accedo a salir contigo. No me gustan los asesinos en serie — bromeé mientras giraba la cabeza, vigilando que nadie me estuviera siguiendo. No pude evitar hacer la broma. Fue un instante de humor negro que pasó tal como vino, pues recordé que había alguien que estaba procurando hacer eso precisamente conmigo: quitarme de en medio.

—Voy a contarte una historia de amor del siglo XI aproximadamente. Lo que hizo una chica por salvar al hombre

que quería —respondió con su aire de misterio habitual. Se pasó la lengua por los labios, relamiéndose.

—Mmm, pinta bien, vamos, te escucho —respondí respirando de forma entrecortada.

Únicamente esperaba que el relato fuese real y no un rollo para intentar ligar conmigo. Por desgracia, Lucas estaba en lo cierto. La calle en cuestión estaba situada frente a una plazoleta llena de vegetación y más turistas japoneses se agolpaban delante de un azulejo que había al comienzo de la misma.

—Esta es la calle Susona, antes conocida como La Calle de la Muerte. Se dice que sobre el año 1100, un grupo de judíos quiso revelarse contra los cristianos y tomar la ciudad de Sevilla. Para ello planeaban un ataque conjunto con los musulmanes. Susona era la hija de uno de los cabecillas judíos, un conocido banquero. Era conocida por ser una auténtica belleza. Una noche, al escuchar los planes de su padre y sus aliados, decidió poner sobre aviso a su amante cristiano sin saber que eso llevaría a mucha de su gente a la horca. —Paró su relato y me observó para

saber si le estaba prestando atención. Lo cierto era que sí, pues nunca había escuchado una leyenda como aquella.

—¡Qué horrible! Por ayudar a la persona que amaba, acabó haciendo daño a personas a las que también tenía cariño y con las que convivía.

—Lo peor no es eso, sino que su caballero andante, después de aquello, le dio la espalda. Se quedó sin novio y sin familia. Dicen que tiempo después de morir, abrieron su testamento y en el mismo rezaba un deseo explícito y siniestro: quería que pusieran su cabeza en una estaca, delante de la puerta de su

casa, como una muestra de su sacrificio y posterior desdicha.

Una lágrima rodó por mi mejilla y cuando fui consciente me la sequé con el dorso de la mano. Sentí el dolor de Susona como propio, especialmente acordándome de mi ex. Sabía lo que era hacer sacrificios por amor y luego acabar apagada y mustia tras una gran decepción. Sin embargo yo no había pasado a mejor vida por culpa de Fernando y me alegraba que fuese así.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas al darse cuenta de que su cuento no me estaba animando precisamente.

—Sí, es solo que este relato me confirma algo que ya sabía desde hace bastantes meses. —Contemplamos el azulejo con una calavera y el nombre de la protagonista de esa historia de (des)amor. Porque otra cosa no era.

—¿Se puede saber el qué? —quiso saber, ligeramente preocupado.

—Es sencillo, que enamorarse es malo. No trae ningún beneficio bueno porque tarde o temprano, la otra persona te decepciona. Sin importar lo que luches por la relación —solté en un momento de resentimiento contra el mundo. O quizá contra Fernando porque,

al fin y al cabo, no había tenido otra relación.

—Te ha tenido que pasar algo muy grave con algún chico para que reacciones así. No te preocupes, yo tuve un desengaño con una rubia. Por eso, ahora las prefiero morenas. —Me guiñó un ojo tratando de quitarle hierro al asunto.

—¿Lo dices en serio? Lo de la rubia me refiero. —La curiosidad me pudo y no me corté a la hora de hacer la pregunta. ¿Sería Cecilia?

—Sí, ¿por qué? —respondió distraído.

—Porque ahora que lo dices, hemos salido a pasar el día sin conocer apenas unos datos el uno del otro. Y se me hace raro la verdad. Somos dos extraños destinados a cruzarse.

—Cada uno escribe su destino con las cosas que hace diariamente. Si nos estamos encontrando tanto, es porque los dos queremos. De todos modos, eso tiene fácil solución: pregunta. Dime qué quieres saber, pero no ahora que tenemos que seguir adelante con el tour. A la hora de la comida ¿te parece?

—De acuerdo. ¿A dónde nos dirigimos a continuación? —pregunté

intrigada, pues con la primera visita había puesto el listón muy alto. No sabía si iba a ser capaz de mantenerlo por mucho tiempo.

—¿Has cogido la escoba? —Hizo el gesto de sujetar una de forma imaginaria, para después subirse en ella.

Me mordí el labio intentando contener la risa.

—¿Por qué? ¿Vamos a ver a Harry Potter? Según tengo entendido, y lo sé de buena tinta porque soy fan de la saga, la ficción del niño que sobrevivió no se sitúa por aquí cerca. Tendrías que cambiar de país...

—En absoluto, pero digamos que tenía unas primas sevillanas: nuestro próximo destino es El Callejón de las Brujas —replicó haciendo alarde de su inmensa sabiduría en temas de historia. Seguramente, se había preparado con bastante interés esos rincones mágicos que pretendía enseñarme y con los que quería dejarme tan impresionada, como para dejarle un hueco en mi vida.

—Ni puñetera idea de dónde se encuentra, pero te sigo. Eso sí, a pie, que volar no está entre mis aficiones favoritas. —Manteníamos un auténtico tira y afloja de agudeza mental.

Intentábamos desarmar al otro constantemente, pero acabábamos en tablas, como si de una partida de ajedrez se tratase. Y me encantaba. Con Fernando siempre acababa yo ganando esas batallas porque no tenía audacia suficiente para dejarme callada.

—Sígueme si te atreves, preciosa —contestó guiñándome un ojo y comenzando a andar.

—Jamás pongas en duda mi valentía. —Puestos a fardar, también podía ser bastante buena en eso, nerviosa y todo.

Reemprendí la marcha

rápidamente, para no perder tiempo. La hora del almuerzo se acercaba peligrosamente y todavía teníamos que pasar por varios sitios más. O al menos, eso esperaba. Seis minutos después estábamos frente a otro callejón nuevo para mí aunque bastante diferente del primero. No tenía nombre ni salida y pertenecía a la calle Argote de Molina. Al final del mismo, había un restaurante llamado *Don Raimundo*.

—Yo no le veo a este sitio nada de mágico, Lucas —declaré visiblemente decepcionada.

—El hecho de que no veas algo, no

significa que no esté ahí —contestó, consiguiendo que asintiese para darle la razón—. Este callejón debe su nombre a un salón subterráneo en el que se dice que había varias calderas y una gran cantidad de leña. Se supone que aquí abajo las brujas preparaban sus pociones y se encargaban de que nadie tocase el edificio en el que está el restaurante.

—¿Por algo en especial? —Jamás había escuchado nada parecido. Al menos la historia de Susona parecía tener base real. Aquella, en cambio, tenía demasiados tintes fantásticos para

una historia ubicada en España. Por desgracia para nosotros el folclore parecía estar perdido.

—Según cuenta la leyenda, las brujas eran capaces de detectar cuando alguien adquiriría el edificio con intención de cuidarlo y conservarlo, y cuándo lo hacían con ánimo de destruirlo. Estos últimos tipos de dueños no duraban mucho por aquí, no se sabe qué ocurría con ellos.

—¿Tantos propietarios ha tenido?
—Quise ponerlo a prueba, a pesar de que sabía de sobra que conocía la respuesta.

Se lo estaba currando, aunque iba a ser en vano... al menos, esperaba poder mantener ese propósito que me había fijado.

—Muchos. Un convento, la primera Caja Postal de la ciudad, un colegio mayor de internados, una confitería... Vamos, que las brujas tenían donde entretenerse. Aunque la versión oficial dice que de hechiceras nada, yo me quedo con esta otra cara de la realidad. Me gusta creer en lo que para otros parece improbable.

—Es una pena que no siga siendo una pastelería, mis tripas rugen de

hambre —le solté para no tener que reconocer que tanta leyenda me estaba gustando demasiado. Había pasado cientos de veces por allí cerca ignorando por completo esa información tan *brujeril*.

—Casi mejor comemos, descansamos charlando un rato y tomamos el postre en una yogurtería muy buena que conozco. —Lo tenía todo bajo control. Y luego Andrea me llamaba a mí perfeccionista. En comparación con Lucas, yo me quedaba corta.

—Es tu oportunidad de sorprenderme, así que no tengo nada que

objetar. —Me encogí de hombros sin darle mucha importancia.

Por suerte para mis doloridos pies, que llevaban una semana sin apenas caminar porque había salido poco de la habitación, encontramos un bar bueno, bonito y barato por los alrededores. Estaba semivacío por lo que el personal fue rápido en atendernos y servirnos. Lucas pidió una tapa de arroz de paella y un zumo de pera, y yo media ración de calamares a la plancha con salsa verde y una botella de agua mineral. Comenzamos a comer en silencio hasta que decidí poner en marcha un plan que

acababa de trazar. Poner a prueba la paciencia de Lucas. Si de verdad le interesaba, iba a tener que sufrir un poquito...

Me ensució a propósito el labio superior con perejil y aceite, y aunque estaba ligeramente avergonzada de ese bigote culinario, tenía que seguir adelante con la prueba. Quería ver si era capaz de decirme que me había manchado, o si por el contrario se callaba. Lucas no se dio cuenta de nada hasta instantes después, pues estaba viendo un resumen de los deportes en la televisión del bar.

—Espero que seas del Betis —dije para llamar su atención. Afirmó con leve asentimiento, sin despegar la vista de la caja tonta. Se acercaba el tenedor a los labios de forma mecánica. Seguramente en su casa debía hacer lo mismo, pues no derramó la comida.

—¿Y tú? —Se volvió en mi dirección y quedó impactado con lo que vio. Si hubiese estado en su lugar y mi supuesta cita actuase tal y como yo acababa de hacerlo, también fliparía en colores.

—Por supuesto, creí que había quedado claro por la pregunta. —

Esboqué una sonrisa haciendo más visible la mancha de salsa. Tuve que contenerme para no carcajearme en su cara, era un poema.

—Sí, claro cristalino —respondió totalmente descolocado. La camarera que recogía un par de vasos de la mesa contigua tenía la misma expresión. Sonreí para mis adentros al ver que todo iba sobre la marcha.

—Entonces, espero que tengas carnet porque este año me he sacado el abono y quiero ir al estadio —le solté la indirecta, a ver si animaba a invitarme.

—Por tu integridad, espero que no

lo hagas con esas pintas —susurró por lo bajo, creyendo que no lo escuchaba. Tosió para disimular.

—¿Decías algo? —Me mordí el interior de la mejilla para no acabar riendo a carcajadas. A una parte de mí le daba pena, pero la otra lo estaba disfrutando tanto como quien le quita un caramelo a un crío.

—Nada, nada —Observó fijamente la televisión de nuevo, como si no se atreviese a mirarme.

—Bueno pues si quieres, podemos empezar la ronda de preguntas. —Vi que los dos habíamos acabado la de comer

al mismo tiempo—. Dispara.

—Esto... ¿estás segura que no quieres ir antes al baño?

—Por supuesto que no. Venga, dispara —repetí.

—De acuerdo. —Plisó la servilleta con la que se había limpiado sobre la mesa y después clavó sus ojos verdes en mí—. Pero antes tengo que decirte algo: será mejor que te laves la cara. Tienes más bigote que Súper Mario Bros.

Aquello me gustó, había pasado la prueba: era capaz de decir las cosas a la cara. Aunque fuera a una cara muy manchada de salsa.

Capítulo 12

De camino a la yogurtería compartimos un auténtico interrogatorio. Uno preguntaba y ambos contestábamos a la pregunta, por lo que teníamos que ser precavidos con las cosas que queríamos cotillear. Averigüé que su color era el negro, su número el trece, su película preferida era *Origen* y que detestaba las coles de bruselas. Por mi parte las respuestas eran simples: mi color favorito era el morado, el siete mi número especial, era una enamorada de

El Bosque y odiaba con toda mi alma las magdalenas. Luego las preguntas empezaron a subir de nivel: pasamos de cosas básicas y sin importancia a tocar asuntos más privados. Familia, amigos y amoríos. Y ese último era un asunto que prefería no sacar, aunque eso había provocado el efecto contrario en Lucas.

—Vamos, Ainara. Suéltalo. ¿Cuál ha sido tu relación más larga?

—No sé de qué me hablas. Yo soy virgen. —Puse ambas manos a la altura del pecho, fingiendo que rezaba una oración. Tuve que contener la risa por enésima vez. Ni yo me creía lo que

estaba diciendo.

—Ya, y yo San José. Esto no es el portal de Belén, así que deja de decir tonterías. —Se detuvo en seco provocando que tropezase con él.

Reboté como una pelota de goma. Lucas evitó que me golpease la cabeza, agarrándome por la cintura. Quedamos a un palmo de distancia, mirándonos fijamente, sin saber bien qué decir. Un escalofrío placentero me recorrió por la zona en la que su mano estaba posada.

—Preferiría que cambiásemos de tema. —Me aparté suavemente, con el calor invadiendo mis mejillas y un nudo

en el centro del estómago.

—Es tu juego, tú propusiste las normas. Si no eres capaz de cumplirlas, entonces ¿para qué estamos haciendo esto? —se quejó, haciendo un puchero. Pero no me presionó, se hizo a un lado dejándome espacio.

Continuamos con la caminata y aceptando los hechos, contesté a pesar de que detestase hablar del tema. Yo lo había provocado...

—*Touché*. Mira disculpa, pero es un tema que me incomoda mucho. Así que seré breve: Fernando, mi novio durante seis años, con el que compartí

piso en primero de carrera, me engañó con otra. En mi misma cama. Desde entonces, no soy capaz de confiar del todo en un chico si exceptuamos a Matthew. ¿Contento con la información? —Me apoyé contra una cancela al relatarle los hechos. No estaba segura de si hablar de la infidelidad de mi ex en voz alta me iba a ayudar de mucho. Aunque según mi psiquiatra sí.

—No, no lo estoy. Jamás le desearía a nadie que pasase por lo mismo que mis padres. Se divorciaron por este motivo cuando yo tenía doce años y mi padre nos abandonó, se fue

con una mujer más joven que conoció una noche en un pub.

—Lo siento, no lo sabía. Ha debido de ser una situación difícil. —En comparación con lo mío, lo suyo era mucho más fuerte. Debía de haber sido horrible.

—No te disculpes, no tenías por qué saberlo. Además ya no tiene arreglo. Considero al marido de mi madre como a mi verdadero padre, al fin y al cabo... estuvo ahí en los momentos que me hacía falta. Incluso adopté su apellido en cuanto tuve oportunidad de arreglar los papeles y da la casualidad que

compartimos nombre. Ahora, yo conozco tu secreto y tú el mío. Estamos en paz. —Puso una mano a cada lado de mi cabeza, apoyando su frente contra la mía.

Sus ojos verdes me atravesaron con una intensidad arrolladora. Se notaba que sentía lo que decía y de algún modo supe que lo que contaba era cierto: Lucas también sabía lo que era pasar por aquello, aunque desde la perspectiva de un hijo. Conocía desde otro prisma lo que había vivido, y lo desgarrador que resultaba enterarte de que la persona con la que lo habías

compartido todo, estropeaba la relación en tan solo un momento de calentón. Porque yo con Fernando, lo había compartido todo: los primeros besos, la primera vez, los secretos más personales, las disputas familiares, los progresos académicos. Pero ya eso se había acabado, de la peor forma posible. A menos de cinco centímetros, Lucas parecía a punto de besarme. Hice lo primero que se me ocurrió para apartarle: me puse una mano delante de la boca y estornudé de forma ficticia. Se alejó de mí con el ceño fruncido. Si me había creído o no, era otra historia.

—Perdona, se ve que la gripe no se ha ido del todo —inquirí rompiendo el momento. Lo de fastidiarle un poquito para que me dejase tranquila después de quedar ese día iba completamente en serio.

—Ya, me lo imagino... ¿Bueno, qué te apetece?

Me señaló el rótulo del establecimiento, que estaba a unos pasos de distancia. Tenía un toldo rosa y una cristalera inmensa que dejaba vislumbrar el interior, donde varias copas de helado y de yogur servían de muestra. Estaba situada en la zona de la

Alfalfa.

—¿Qué me recomiendas? —No había pisado aquel sitio con anterioridad, por lo que no sabía por qué decantarme. En más de una ocasión me había llevado disgustos con los postres en los bares y no quería que aquella vez ocurriese algo por el estilo.

—Un yogur helado de menta, chocolate y almendras, con Lacasitos de colores. —En el tono en el que lo dijo, como si ya estuviese degustándolo, sonaba más que delicioso.

—¿Lo compartimos? —pregunté cuando nos aproximábamos al mostrador

para hacer el pedido.

—Eso y lo que quieras. —Me hizo un guiño, travieso.

Puse los ojos en blanco y tomé dos cucharillas y varios pañuelos de papel de un dispensador que había en una de las luminosas paredes del local.

Divisé una mesa libre y me senté en un taburete de plástico para guardarle el sitio a Lucas, que se aproximaba con el apetitoso bol de yogur helado. Empezamos a saborearlo con calma, paladeando la mezcla de sabores que hacía un buen contraste. Mi acompañante apenas parpadeaba viendo

cómo me llevaba la cuchara a la boca, consiguiendo ponerme muy nerviosa.

—¿Vuelvo a tener bigote? —reí, pasándome la lengua por el labio superior para eliminar cualquier rastro posible.

—Ojalá —replicó, imitando mi gesto como si fuese él quien me estaba retirando el helado. La temperatura había subido por lo menos tres grados porque estaba deseando quitarme la chaqueta. Habría jurado que hasta el helado estaba derritiéndose a mayor velocidad.

Me di cuenta de que, en apenas

unos minutos, se había zampado media tarrina. Si no me daba prisa me iba a dejar sin nada. Cogí la cuchara y atrapé un Lacasito antes de que me lo quitara.

—Veo que tu estomago es un pozo sin fondo —exclamé sorprendida por la velocidad a la que estaba engullendo.

—Ni te imaginas. Una vez me comí doce hamburguesas completas de un McDonald's. Es lo que tienen las apuestas, no me gusta perderlas. —Los dobles sentidos regresaban a escena.

—Lo siento, pero hoy vas a perder una —me burlé socarronamente mientras me deshacía de la chaqueta. No

soportaba tener la prenda puesta por más tiempo. La deposité en un taburete contiguo que estaba vacío.

—Aún queda tarde por delante, puedo sorprenderte. Y para que quede claro, tú para mí no eres una apuesta.

Demasiado bueno para ser verdad, pensé tras escuchar lo que había dicho. Pero no me iba a dejar engatusar por cuatro o cinco palabras pronunciadas para endulzarme el oído. Además, yo quería deshacerme de él... ¿no?.

—Los esfuerzos son inútiles, la decisión está tomada de antemano.

—¿Entonces por qué accediste a salir conmigo? Si lo tenías tan claro, me refiero —susurró petulante, acercándose peligrosamente.

—He estado haciendo todo lo posible por esquivarte en cada oportunidad que he tenido, simplemente para que al final del día fuese a ti a quien no te apeteciese volver a verme. Aun así tengo que reconocer que de ser otras las circunstancias tú y yo podríamos llevarnos genial... como amigos —reconocí abiertamente algo que resultaba evidente.

Por el rabillo del escaparate

vislumbré una sombra y al girarme pude comprobar que era el mismo hombre de atuendo extraño, el que había visto la mañana que desayunaba por el centro y la noche del cine en la que empezaron mis problemas. No podía ser casualidad ¿y si era quien me seguía?.

—¡Es él! Dios mío, cómo no me he dado cuenta antes. Tengo que llamar al inspector Robles —grité atacada mientras cogía el móvil, temblando de miedo.

Lucas siguió la línea de mi mirada y ambos contemplamos cómo el tipo comenzaba a recular sin dejar de

observarnos.

—¡Se escapa! —vociferé mientras marcaba el número del inspector lo más rápida que era capaz. Lo tenía guardado en la agenda, pero había procurado aprendérmelo de memoria por si alguna vez me pillaba con mi Smartphone lejos.

—Voy tras él, ahora me cuentas quién leches es y por qué tienes que llamar a la policía. —Lucas se escabulló antes de que pudiera decir nada más, corriendo como un cosaco tras los pasos del extraño.

Temí por él, pues no sabía a quién se enfrentaba. Y por mí, que me había

quedado sola ante el peligro con el único sonido del contestador de Armando Robles pitando en mi oreja. Me acerqué a la barra a pagar y salí al exterior de forma precipitada, intentando localizar algún rastro de Lucas. Pero no estaba por ningún sitio. Comencé a correr sorteando gente, hasta que choqué con una mujer mayor y casi la tiré al suelo.

—¡Ten cuidado, niña! Por poco me dejas caer. —La anciana me miró con mala cara, sujetándose a su bastón de madera con fuerza.

—Perdone, señora. Es una

emergencia, siento mi torpeza.

Continué corriendo, insistiendo en la llamada al inspector. Pero no había modo, no contestaba. Ignoraba si estaba fuera de servicio o inmiscuido en algún caso, pero era un momento muy inoportuno para que desapareciera. Justo cuando más le necesitaba.

Por una cabeza comenzó a sonar y descolgué medio asfixiada, con un fuerte dolor en la barriga producto de ir a tanta velocidad con el estómago lleno. Me faltaba poco para vomitar.

—¿Si? —jadeé.

—Soy Lucas, ¿dónde estás? He

regresado a la heladería y me han dicho que te has marchado después de pagar.

Le di las señas de donde me encontraba con la esperanza de que me recogiese pronto. No me fiaba de permanecer más tiempo en el exterior, necesitaba refugiarme en algún sitio. Estar ahí, parada, era lo más parecido a ir desnuda por la calle que había experimentado nunca. Precisamente, la idea del nudismo no era algo que me agradase. Ni el real ni el figurado.

—Voy para allá, no te muevas. —
Lucas interrumpió mis divagaciones mentales fruto de los altos niveles de

ansiedad que estaba experimentando. Su voz sonaba verdaderamente preocupada.

—Créeme, no lo haré —sollocé.

Me senté en los escalones de la entrada de un bloque de pisos y puse la cabeza entre las piernas. Inspiré y espiré tal y como me habían explicado en los cursos de yoga que seguía por tutoriales de YouTube, pero no surtía mucho efecto. Me notaba desprotegida, expuesta, y eso hacía que mis niveles de adrenalina saliesen disparados. La vista se me nubló y comencé a sudar. Me puse una mano en el pecho al notar cómo el corazón me golpeaba fieramente las

costillas.

Me concentré en seguir respirando, a pesar de que por momentos mi único instinto era huir. Otros, solo quería morirme y dejar de padecer. Podía sonar exagerado, pero era el tipo de pensamiento catastrofista que cruzaba mi mente en momentos en los que perdía el norte. Era algo difícil de explicar ante una persona que no había pasado por ello. Pero se podría resumir como miedo al miedo. Un sentimiento irracional que se apoderaba de mi autocontrol, haciéndome flaquear.

—Estas aquí. —El sonido de la

voz de Lucas llegó hasta mis oídos otorgándome algo de calma. No pude evitar comenzar a llorar cuando me pasó un brazo por los hombros—. *Shhh*, tranquilízate. Ya ha pasado. No he podido alcanzarlo porque es más rápido de lo que esperaba.

—No... no te preocupes —hipé en un mar de lágrimas. El día estaba siendo muy movido, en todos los sentidos.

—¿Me vas a contar qué está pasando? —Lucas me tendió un pañuelo de papel.

Resoplé y me sequé la cara. Luego le miré, tratando de reunir las palabras

necesarias con las que poner en orden mis pensamientos.

—Después de que me acompañases hasta mi portal la otra mañana en la que estaba desayunado churros, alguien rompió el cristal de mi balcón de una pedrada y sufrí otra amenaza deseándome la muerte. Denuncié y desde entonces la policía está investigando. Me advirtieron que no saliese sola para evitar males mayores.

—¿Por qué no me has dicho nada antes? —subió el tono de tal forma que parecía crispado. Me estremecí.

—Siento haber puesto tu vida en

riesgo de ese modo, tienes razón —me adelanté a lo que podría estar pasando por su cabeza. Probablemente había sido bastante incómodo salir con una chica a la que los problemas rodeaban sin cesar.

—No sé por qué piensas eso —inquirió—. De haber sabido lo que sucedía me habría encargado de estar alerta durante la salida de hoy. Pero jamás la habría pospuesto.

—Hablando de eso, es mejor que demos la cita por acabada. Necesito volver a la residencia, darme una ducha y acostarme. Ha sido genial pasar el día contigo, Lucas, pero me mantengo en lo

que te dije antes.

—Sigues pensando que es mejor que no nos veamos —dijo más decepcionado que sorprendido.

Tenía todo el aspecto de un cachorrito abandonado, así que opté por asentir y no pronunciar nada más. Realmente me había divertido a su lado, pero necesitaba apartarme ahora que era posible. Necesitaba proteger mi corazón para no sufrir otro cortocircuito.

Capítulo 13

El camino de vuelta a casa fue más incómodo de lo que esperaba. Lucas me dejó en el portal con gesto serio. Parecía sobresaltado, pues a cada ruido que se escuchaba, giraba la cabeza buscando a alguien que claramente no estaba. Mi acosador no iba a ser tan estúpido para atacar dos veces en la misma tarde. O al menos, eso esperaba.

—Buenas noches, Lucas. —Me aproximé para darle dos besos, uno por mejilla, pero me devolvió la cobra que

le hice el día que nos conocimos.

—No tenía previsto despedirme de este modo tan frío —confesó.

—Entonces ¿cómo? ¿con una salva de fuegos artificiales? —bromeé para intentar rebajar la tensión latente entre los dos.

Me puse a contemplar el cielo, buscando *El Cinturón de Orión* como referencia para orientarme. Era una costumbre que había adquirido desde pequeña, después de que mi abuelo me enseñase un mapa estelar.

—Básicamente, como acaban las buenas citas —replicó para después

añadir —: Con un buen morreo.

Acortó la distancia entre nosotros y en un movimiento brusco, como de urgencia, puso una mano en la zona baja de mi espalda y con la otra me sujetó la barbilla. Mi caderas tocaban sus vaqueros de forma descarada cuando acercó su labios a los míos. Si esa iba a ser la despedida... no iba a poner objeciones. Pasé mis brazos por su cuello y me puse de puntillas para tener mejor acceso a su boca. Su lengua rozó la mía y saltaron chispas entre nosotros, la temperatura subía sin control alguno. Metí mis manos por debajo de su

camiseta sin poder refrenarme y él hizo lo propio. Necesitaba contacto piel con piel. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero fui yo la que decidió poner fin a ese beso desenfrenado. Si una de las monjas hubiera aparecido en ese instante, me habría expulsado por mala conducta..., pero poco me importaba.

—Eso ha sido... —No era capaz de hilvanar una palabra con otra. Tenía fuego por todo el cuerpo y respiraba copiosamente.

—Increíble —Lucas completó la frase por mí.

—Más bien totalmente

inapropiado, nos hemos dejado llevar por la emoción del momento —resoplé, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. La luz del portal apenas iluminaba y no podía ver su rostro con claridad.

—Niégame que tú no querías esto del mismo modo que yo —me retó, implacable, pasando un dedo por mi labio inferior.

—No se trata de eso. Es que yo no puedo hacerme esto. No puedo sufrir una decepción otra vez, ni dejar que nadie se exponga por mi culpa. Aún hay cosas que no sabes.

—Me da igual —me interrumpió—. Aquí hay algo, depende de ti que ambos podamos descubrir qué es exactamente. Si pones la tirita antes de la herida te estás impidiendo probar. Y algo tengo claro: me he arrepentido más veces de las cosas que no he hecho por miedo o dudas, que de las cosas que sí, independientemente del resultado —soltó una parrafada descomunal, pero tenía más razón que un santo, aunque él no lo fuera. Uno no podía besar de esa forma. Con razón decía que no era San José.

—Mira, yo ahora necesito

aclararme. Necesito un respiro, reordenar mi cabeza, y no soy capaz de entender del todo qué ha pasado. Dame tiempo —pedí.

—Entonces no es un «no» definitivo.

—No, no lo es —reconocí, sin más remedio. Porque ¿qué le iba a decir? ¿Que le cerraba la puerta por completo, cuando le acababa de entregar una copia de la llave? No iba a hacer eso.

—Pues entonces serás tú la próxima que me busque. Para que veas que voy en serio, no te pienso presionar. Si quieres algo, tienes mi teléfono.

Llámame, mándame un WhatsApp o un SMS si te apetece.

—Vale —contesté sin mucho convencimiento.

—Vale —repitió con una sonrisa a medio lado, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano—. Espero que nos veamos pronto. Buenas noches.

Se alejó, con su camiseta de Batman, como un murciélago en medio de la noche. Subí la escaleras con lentitud, totalmente confundida. Al llegar a la habitación, encontré a Andrea sobre la cama escuchando música con unos auriculares de terciopelo. En cuanto fue

consciente de mi presencia, apagó el iPod y comenzó a reírse.

—A ti acaban de comerte la boca —exclamó.

—¿Perdona? No sé de qué estás hablando —me hice la sueca y solté mis cosas encima del escritorio.

—Tienes el pintalabios extendido por la cara. Por tu bien espero que haya sido Lucas y no Micifuz el que te ha puesto los morros rojos. —Me lanzó uno de los peluches de mi colección.

—Un poquito grande el tigre ¿no? —Alcancé el peluche antes de que cayera al suelo. Lo deposité con cuidado

encima del escritorio, justo al lado de la pantalla del ordenador.

—Ajustado a la tigresa, cariño — se burló guardando el iPod en la mesilla de noche.

—Me voy a la ducha, que estoy reventada. —Saqué del armario una gruesa toalla de rizo y un albornoz, además de una muda de ropa interior.

—¿Mucho ejercicio hoy? —La sonrisa de Andrea cada vez era más amplia. Si continuaba de ese modo, le iba a llegar hasta las orejas, como si de un dibujo animado se tratase.

—Sí, Andrea, pero no del que te

imaginas. —Puse los ojos en blanco y descalzándome, me encerré en el cuarto de baño.

En el espejo del lavabo comprobé que mi amiga tenía razón. Aunque mi gloss era de un rosa discreto, lo tenía extendido y los labios totalmente enrojecidos. Genial, absolutamente disimulado. Acababa de besarme con Lucas y no había tenido unos minutos, para mí, para asimilarlo siquiera, cuando tenía a Andrea lista para bombardearme a preguntas. Porque sabía que eso era lo que me esperaba después de mi ducha reparadora. En

parte la comprendía, porque fue lo que yo hice cuando empezó a salir con Jota. Pero claro, ella no contaba con un desconocido acosándola detrás. Decidí tardar un poquito más de lo normal para conseguir que los músculos de mis piernas, doloridos por la carrera que me había marcado al salir de la heladería, se relajasen con la temperatura del agua. Completamente seca y con la melena peinada hacia atrás, regresé a la habitación y me senté en la cama. Saqué el pijama de debajo de la almohada y me lo puse, para después tenderme sobre la colcha.

—Tienes razón, Andrea —resoplé contemplando el techo con desgana.

—¿En cuál de las cosas que te digo a diario? —se mofó mientras fingía no prestarme atención.

Dirigí la vista hacia ella y la pillé ojeando una de las revistas de cotilleo que me había regalado. Noté que no estaba leyendo realmente, al ver que el texto de la portada estaba del revés.

—Lucas y yo... —dudé a la hora de seguir la frase.

—Os lo habéis montado salvajemente contra la pared de alguna calle oscura —afirmó totalmente

convencida, mostrando un interés repentino.

—No seas tonta, hazme el favor — increpé—. Nos hemos besado y digo *hemos* porque no he puesto resistencia precisamente.

—Lo sabía. ¡Oh Dios mío, si es que estaba cantado! —Cogió el teléfono y empezó a teclear algo a la velocidad que solo ella sabía. Cualquiera día se iba a quedar con los dedos pegados a la pantalla del móvil.

—¿Qué se supone que haces?

—Confirmarle a Jota que he acertado. Me debe diez euros —

exclamó en tono jocosos, aplaudiendo efusivamente.

—Maravilloso, ahora resulta que vosotros apostáis sobre mi vida amorosa a mis espaldas. Lo que me faltaba por oír... —me quejé.

—Calla, Ainara. Bastante dinero he perdido ya por tu culpa. Cada vez que te presentaba a un amigo de Jota lo acababas rechazando. Se me ha ido un buen pastón, pero mi suerte acaba de cambiar.

—Pero tú no me has presentado a Lucas —le aclaré, a sabiendas de que conocía ese dato de vital importancia.

—Lo sé, pero si no te hubiera convencido para acompañarnos al cine aquel sábado, no le habrías conocido. Además, te avisé de que iba a pasar algo entre vosotros y estoy feliz de saber que ha sido así.

—Ha sido un beso, nada más.

—No lo subestimes, hoy ha sido eso. Mañana quién sabe. —Se encogió de hombros, a la par que se levantaba y comenzaba a andar de un lado para otro.

—Pues eso no es lo único interesante de la salida con Lucas —anuncié—. Al finalizar la tarde, ha ocurrido un incidente y me ha dado una

fortísima crisis de ansiedad.

Saqué las pastillas del cajón de la mesilla de noche y me las tomé con un trago de agua bajo el atento escrutinio de Andrea, que casi había dejado de parpadear.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Tanto la noche del cine como aquella mañana que desayunamos churros, vi a un hombre que vestía ropa extraña mirándome fijamente. No asocié una cosa con otra hasta que, merendando con Lucas, me di cuenta de que el mismo tipo me vigilaba. Caí en la cuenta de que podía ser la persona que quiere hacerme

daño, así que mientras mi acompañante trataba de darle caza, yo llamaba desesperada a la policía, sin encontrar respuesta.

—¿Llamaste al inspector Robles?

—Sí, porque me pidió que ante cualquier cosa que se me ocurriese que pudiera estar relacionada, contactase con él. El problema es que no para de saltarme el contestador. No tengo modo de contarle lo ocurrido hoy y mi teoría posterior. No creo en casualidades de ese tipo.

—¿Iba armado?

—No en apariencia, aunque con los

nervios no pude fijarme mucho. Cosas del directo, no da tiempo de apreciarlo todo al detalle —supuse.

—Bueno, cálmate y respira hondo. Ojalá se resuelva este caso lo antes posible —espetó, buscando en su joyero un hueco para dejar el anillo que siempre llevaba al cuello. Había pertenecido a su madre y apenas se lo quitaba.

—Compartimos el mismo deseo, Andrea —aduje.

—Venga, va. No pienses más en cosas malas y cuéntame con todo detalle qué ha pasado con Lucas .

Le hice un resumen de nuestro encuentro, incluyendo los continuos piques e insinuaciones por ambas partes. También le hable de la historia de El Callejón de las Brujas y lo que ocurrió con Susona, haciendo especial hincapié en lo mucho que me había sentido identificada con lo que le había ocurrido a la joven judía. Al llegar al momento del beso, Andrea acabó saltando de la emoción.

—¿En serio? Bueno no sé de qué me extraño, ya te dije aquella mañana que estaba riquísimo. Y ya sabes lo que dicen, que según besa... hace otras

cositas. Del uno al diez, ¿cómo le puntúas? —Esperó expectante una respuesta.

—Un quince. —No había tenido que darle muchas vueltas a la nota.

—Joder, tía, luego dirás que no te ha dado fuerte —se carcajeó—. Anda vamos a cenar que me muero de hambre.

—Ya somos dos, ahora mismo me metería entre pecho y espalda un solomillo al whisky con patatas. —Mis tripas sonaron escandalosamente, dando fe de ello.

—El chaval te ha dejado rendida.

Andrea volvía a reírse a mi costa,

así que decidí ignorar su broma y bajé con ella al piso inferior, en busca de alimento con el que llenar el estómago. La hermana Visitación había preparado una cena más ligera de lo que proveímos, por lo que al final acabamos repitiendo ración de su magnífica sopa de tomate y albahaca.

Alejada de nosotras, Cecilia se comía una manzana con cara de asco, en compañía de Tamara, la chica que dormía en frente de ella, cuyo plato estaba vacío. Una cosa era cuidarse para no engordar en exceso y otra lo que hacían ellas por entrar en una talla

treinta y cuatro. Chasqueé la lengua disgustada ante esa idea, más después de haber visto cómo mi hermana se consumía durante años tratando de salir de una anorexia. Le había costado lo suyo, pero ya tenía el problema totalmente superado. Ese fue uno de los motivos por los que más me había alegrado con la noticia de ser tía, porque era señal de que a Mónica no le importaba engordar.

Capítulo 14

Las noches repletas de pesadillas le estaban pasando factura a mi cuerpo. La señal más clara de ello era que cada vez se me marcaban con más intensidad las ojeras. Eso, y que me pesaba todo el cuerpo como si me hubiesen dado una paliza. Algo que no era positivo para asistir a clase.

Carpeta en mano, estaba sentada en una de las filas centrales del aula magna, con Matthew a mi lado, que bostezaba tapándose la boca con una mano.

—Nara, me caigo de sueño —dijo cuando faltaban un par de minutos para que comenzase la última clase, ajustándose una bufanda roja al cuello.

No pude contestarle porque el profesor hizo acto de presencia, cargado con su maletín de cuero marrón y sus gafas de pasta. Dejamos la charla para más tarde, pues teníamos que soportar una hora y media de apuntes y explicaciones. Después de eso, fuimos libres para irnos. Paramos para comer en la cafetería de la facultad y después de picotear por encima y comprobar que el menú no había mejorado, decidimos

marcharnos.

—¿Te apetece dar una vuelta? — preguntó Matthew recogiendo sus cosas para guardarlas en la mochila.

Hice lo propio con las mías y salimos al exterior del edificio con prisas.

—¿Qué tal tomar algo en Starbucks? He quedado con Andrea y Jota allí para charlar un rato —propuse, buscando un lugar donde estar cómoda y en el que no sentirme expuesta. Aún no le había contado a mi mejor amigo lo que había ocurrido en el último mes y medio y prefería dejarle al margen.

—Perfecto, vamos —asintió.

Fuimos los primeros en llegar, por lo que elegimos mesa mientras la parejita aparecía. Seguramente a Jota se le había hecho tarde de nuevo y todavía no había recogido a Andrea en su universidad.

—¿Frapuccino de fresa, como siempre? —preguntó Matthew bastante animado, sacando dinero de su cartera.

—No, hoy voy a hacer cambios. Se me antoja de vainilla —puntualicé al acordarme que era lo que había bebido Lucas la mañana que le vi por allí.

—Está bien, yo pediré un café con

Mocca. Invito yo y no admito réplicas.

—Por favor, deja tu faceta de gentleman. Estamos en el siglo XXI y las mujeres podemos hacer lo mismo que los hombres. Excepto mear de pie, eso es algo reservado a vosotros, que lo hacéis mejor aunque con poca puntería en ocasiones —me burlé.

—Eres imposible, Nara. —Negó con la cabeza y se alejó en dirección a la barra, para hacer el pedido.

No había mucha gente en el local, por lo que al cabo de diez minutos estaba de vuelta con un vaso en cada mano.

—Deja que te ayude —me levanté y fui en su dirección, arrebatándole el batido helado y depositándolo en la mesa.

—Nara, ya es hora de que hablemos. —Se sentó y le dio un sorbo a su bebida. Conociéndole, le habría pedido al dependiente ración doble de azúcar.

—¿A qué te refieres? —pregunté azorada. No sabía por dónde me iba a salir.

—Creo que tienes algo que contarme —se limitó a decir, clavando sus ojos azules en mí.

Los colores se me subieron a la cara automáticamente, cuando pensé en Lucas y mi cita con él una semana atrás, aunque me daba la sensación de que no se refería a ese tema. Si hubiera sido un camaleón me podría haber camuflado con una amapola y nadie habría notado la diferencia.

—¿Es esto rubor? —Me pellizcó la mejilla para cerciorarse, aunque era evidente que sí. A veces, empleaba términos demasiado cultos para charlas informales, prueba de que no dominaba del todo las formas del español.

—No, no, no. Solo que tengo calor.

Y estás en lo cierto, pero espero que no te enfades conmigo por no haberte comentado nada antes...

—¿Qué va mal? —frunció el ceño preocupado.

—Hay alguien detrás de mí...

—¿Tienes un ligue? ¿Es el chico ese? —Matthew me interrumpió. Su humor había cambiado drásticamente, se notaba que no le caía bien Lucas.

—¡Matthew! —interrumpió Andrea lanzándose a sus brazos como si estuviesen protagonizando el reencuentro del siglo.

Jota tomó asiento a mi lado

después de ir por un par de zumos para él y para Andrea. Era la primera vez que coincidíamos los cuatro juntos desde su regreso, aunque no es que Jota y Matthew tuviesen mucha relación. Mis mejores amigos comenzaron una ronda de cotilleos sin descanso y Jota y yo iniciamos otra conversación.

—Ya me ha dicho Andrea lo que pasó cuando saliste la otra tarde ¿has podido hablar con la policía sobre el tío que viste? —preguntó mientras se ataba la media melena en una trenza baja. Eso le quitaba todo el rollo hippie, pues sus facciones quedaban más marcadas y

parecía más mayor y serio.

—Sí, he quedado con el inspector para ir a comisaría en un par de horas, a describir lo que recuerdo de ese hombre para que hagan un retrato robot — expliqué haciendo señas para indicarle que Matthew no sabía nada del tema.

—¿Y por qué no le haces el dibujo tú? Teniendo en cuenta que estás en segundo de Bellas Artes estoy seguro de que lo puedes hacer mucho mejor que alguien de comisaría, que no ha visto a tu acosador con el detalle que tú misma lo recuerdas —replicó Jota.

—La verdad es que no lo había

pensado, pero tienes razón. Puedo ser más precisa si hago un esbozo por mi cuenta que si le dicto a una segunda persona las características. Mil gracias —le palmeé el hombro en un momento de euforia que tal como entró, desapareció.

—No hay nada que agradecer, siempre que quieras una idea... ya sabes. Por cierto ¿qué tal con Lucas? Ya me contó Andrea que al final tenéis algo. —Su tono de voz se elevó, despertando el interés de mis amigos.

—¿Lucas? —interrumpió Matthew—. Así que estás saliendo con él.

¿Tampoco pensabas contarme eso? Voy a tener que quitarte el corcho de la boca porque por lo visto, quieres tenerme en ascuas. ¿Tan loca te tiene?

—Nadie me trae loca y no, no estoy saliendo con Lucas. Tan solo nos enrollamos el otro día, no sé dónde veis el enamoramiento. —Me encogí de hombros.

—Ainara por favor, reconoce que te gusta Lucas. No es nada malo. A mí me encanta Jota —intercedió Andrea.

—Claro qué vas a decir, si lo tienes aquí delante —me burlé y dirigiéndome a él, añadí—: No te lo

tomes a mal, no es nada personal.

—No me lo tomo a mal si tú reconoces lo que estamos viendo todos los presentes sentados a esta mesa — afirmó Jota.

—¿Incluyendo la paloma? — contesté aguantando la risa.

—¿Qué paloma? —quiso saber Matthew, torciendo el gesto. Un mechón rubio le cayó por la frente.

—La que está ahí abajo. —Señalé a los pies de Andrea, donde había una picoteando restos de comida del suelo. Algo muy común en cualquier época del año: ya nos había pasado anteriormente

ser «atacados» por una bandada deseosa de pan de hamburguesa de un McDonald's.

—Por Dios, ¡qué puto asco! Los pajarracos esos transmiten muchas enfermedades y lo cagan todo. Aléjala de mí, Jota —rogó Andrea, con la cara blanca como un folio.

—Ni de coña, que no estamos en el Parque María Luisa para ponerme a correr detrás de una paloma como si fuese un niño pequeño.

—Haya paz —dije al ver que la cosa se ponía tensa entre los dos. Matthew y yo cruzamos una mirada

significativa, conociendo el carácter de Andrea, era muy probable una discusión si seguían las cosas así—. Lo reconozco, y escuchadlo muy bien pues será la primera y la última vez que lo diga. Me mola Lucas. Mucho, muchísimo, y pongo a la paloma por testigo. ¿Contentos?

—Sí. —Jota fue el primero en responder.

—Sí, la verdad —Andrea le secundó.

—Bastante —intervino Matthew—, aunque hay algo en él que no me gusta. Demasiada proximidad con nuestra

querida Cecilia, quizás.

—Puede, pero solo porque es su antigua vecina —aclaré.

—Da igual —me cortó—. Aprovecho que estamos reunidos para daros los regalitos que os he traído, chicas —anunció Matthew—. No tuve oportunidad de dároslo el otro día.

—¿Regalitos? —contestamos Andrea y yo al unísono, volviendo a parecer hermanas gemelas.

—¿No pensaríais que iba a volver de viaje con las manos vacías, no? He comprado un detalle para cada una y espero de todo corazón que os guste.

—¿Y bien? ¿Qué es? —pregunté, removiéndome inquieta en mi asiento.

—Sí, queremos saberlo —me siguió, Andrea, frotándose las manos nerviosa.

De su mochila negra sacó un par de paquetes envueltos. El que tenía papel violeta era el mío. Lo desenvolví con ansias a la vez que Andrea hacía lo propio. Me llevé una sorpresa al encontrarme con un peluche de un «Minion», uno de los graciosos monstruitos de la película *Gru, Mi villano favorito*. Era precioso y tenía un colgante para engancharlo al móvil. No

lo dudé un momento y tras maniobrar un poco, lo puse en el mío, al lado de mi tortuga anti estrés. Andrea sostenía entre sus manos otro «Minion» aunque diferente al mío, pues el suyo tenía un solo ojo.

—Gracias mil. Nos ha encantado y creo que hablo por las dos cuando digo que eres un trocito de pan. —Sostuve el teléfono con el regalo contra mi regazo, viendo cómo mi amiga asentía para darme la razón.

—Bueno gente, yo me abro que me toca trabajar en un rato. —Jota se puso en pie y sacó un cigarro del bolsillo. Lo

encendió y después de estrecharle la mano a Matthew a modo de despedida, nos dio un beso a Andrea y a mí variando únicamente el lugar del mismo: en mi caso había sido en la mejilla.

—Nosotras también tenemos que marcharnos ya, Ainara —dijo Andrea colgándose su mochila en la espalda mientras me tendía la mía, que había estado custodiada a buen recaudo entre las patas de la mesa y mi silla.

Nos marchamos de allí en dirección a la Plaza del Museo, punto en el que le dijimos adiós a Matthew. Nosotras regresamos a la residencia y él

se fue a pillar un bus para regresar a la residencia de estudiantes masculina en la que se quedaba.

Capítulo 15

Pasé la hora de la siesta esbozando en un bloc de dibujo el rostro y la ropa del tipo al que había visto varias veces, siguiendo el consejo de Jota. Lo más claro para mí era la indumentaria: unas botas militares negras, ropa oscura y un abrigo tipo gabardina con una insignia dorada en el lado izquierdo. Los rasgos eran lo más difícil: solo lo había visto con suficiente claridad de frente, una vez. Haciendo un esfuerzo, recordaba cejas pobladas, ojos claros, nariz algo

porrona y espesa barba rubia. Aunque todo en él parecía falso...

Pero no tenía ningún detalle significativo que pudiera ayudar a la policía a buscar a alguien así. No había rastro de pecas, cicatrices o marcas. No se parecía para nada al mendigo que había intentado robarme, pues a este le faltaban dientes y tenía el pelo lleno de greñas. Nada reseñable puesto que el que lo había visto de cerca había sido Lucas. ¿Y si le pedía ayuda? Podía sonar como una excusa para hablarle, pero estaba lejos de serlo: necesitaba identificar cuanto antes a ese hombre

para no sentir que no estaba poniendo nada de mi parte.

Cogí el móvil en cuanto Andrea salió del cuarto para bajar a la zona común a ver una telenovela a la que estaba enganchada. Con suerte, si no había nadie, podría disfrutar de su galán favorito en la pantalla de plasma. Y decía lo de con suerte porque más de una monja podría escandalizarse con algunas secuencias de la serie. Especialmente una relacionada con las escenas de cama, que en ocasiones eran demasiado explícitas para las religiosas y los menores de doce.

Busqué en la agenda el teléfono de Lucas aunque había tenido tiempo suficiente para memorizarlo durante los días anteriores, en los que había estado decidiendo qué hacer respecto a él. Contestó a la llamada en la segunda señal. Cualquiera hubiera pensado que estaba ansioso esperando que le hablase.

—¿Sí? —Escuchar su voz al otro lado de la línea se me hacía sumamente extraño. Me quedé callada unos segundos sopesando qué decirle sin atragantarme con las palabras.

—Lucas, soy Ainara —susurré.

—Lo sé, pero ¿por qué hablamos bajito? ¿hay alguien dormido? —imitó mi tono de voz como si estuviese aguantando la risa.

—No, no. Perdona. ¿Puedes hablar ahora? Si te pillo en mal momento *porfa*, dímelo y te llamo más tarde — dije algo disgustada sin saber si le estaba importunando.

—Siempre tendré tiempo para ti.

Si Andrea hubiese estado delante al decir Lucas esas palabras, seguramente me habría dicho que se me acababan de caer las bragas al suelo. Yo le habría contestado que sí, pero solo porque me

quedaban grandes.

—Quería hablar contigo. —Volví a la carga intentando no prestarle más atención de la cuenta a lo que acababa de soltarme.

—Tú dirás, bonita —contestó expectante, yendo directo al grano y pidiéndome indirectamente que yo también fuera.

—Estoy dibujando un retrato sobre el tío al que perseguiste el viernes pasado. Se lo voy a entregar al inspector que lleva mi caso por si le es de ayuda para averiguar quién es y por qué me persigue.

—¿Y en qué puedo ayudarte? Porque doy por hecho que me llamas para eso y no para quedar ¿cierto? — Sopesó las posibilidades y acertó.

—Sí, necesito que me digas si recuerdas algún detalle identificable que pudieses ver en ese hombre. Algo que le haga diferente.

—La verdad es que no se me ocurre nada —dijo tras pensar unos segundos.

—¿Estás seguro? —me cercioré obligándole a hacer memoria.

—Bueno, ahora que caigo tenía un tatuaje en la nuca. Era pequeño, pero

hubo un momento en el que casi le di alcance y pude verlo aunque no puedo precisar qué es.

—Gracias, Lucas. Has sido de mucha ayuda —espeté.

—Siempre que quieras, ya sabes dónde encontrarme —se limitó a decir.

—Hablando de eso, ¿te apetece quedar para charlar un rato? —Empecé a darle sombra al esbozo, a ver si así le quitaba importancia a la chorrada que acababa de decir.

—¿Lo dices en serio? —Por su tono me di cuenta de que no esperaba que le propusiese salir y en el fondo, yo

tampoco tenía planeado decírselo, pero algo en mí no se podía resistir a él.

—Sí, muy en serio, de perdidos al río. Oye ¿te viene bien el domingo? — pregunté.

Me entusiasmaba la idea de verle antes, pero preferí dejar un par de días de margen por si me arrepentía. Probablemente era algo egoísta por mi parte, pero no solía ser impulsiva y Lucas lograba que lo consiguiera. No quería perder mi personalidad por mucho que me estuviese empezando a gustar.

—A las seis en tu portal, pasaré

por ti. No salgas sola —me advirtió más serio de lo habitual en él.

—Está bien, nos vemos el domingo —pronuncié la última frase con esfuerzo, me sentía ligeramente mareada.

—Hasta entonces, Ainara.

Incluí el tatuaje dentro del dibujo y le oscurecí las cejas a la imagen que había realizado. Luego encendí el ordenador y la impresora multifunción y escaneé el dibujo. Me vendría bien tener una copia más allá de la que le iba a dar al inspector, con el que había tenido una charla telefónica en la que me había

mandado a llamar a la comisaría.

—He escuchado sin querer queriendo detrás de la puerta un poquito de la conversación —reconoció ligeramente avergonzada mi mejor amiga, al entrar en nuestro cuarto.

—Genial, como si no te gustara cotillear de forma normal ahora escuchas conversaciones ajenas. ¿Qué será lo próximo? ¿Leer mis emails? ¿Pincharme el teléfono? —me burlé.

—No, acompañarte a comisaría. ¿Tienes listo el retrato? —Miró por encima de mi hombro, buscando el bloc y los lápices.

—Sí. —Me giré, arranqué la hoja y se la mostré.

—Pues vamos, no hay tiempo que perder —adujo tras contemplar el boceto durante unos segundos.

Cogimos nuestras carteras y nos fuimos en dirección a la parada de taxis que había al lado del centro comercial. Era el final de la tarde y cada vez oscurecía más temprano.

Nos subimos al primer taxi que vimos libre. El conductor era un hombre mayor de pelo blanco y espesa barba cana, que escuchaba entusiasmado la retransmisión de un programa deportivo

que emitía los resúmenes de la jornada anterior de la liga.

—¿A dónde las llevo? —preguntó mirando por el espejo retrovisor, para incorporarse con tranquilidad a la circulación.

—A esta comisaría —respondí tendiéndole un post-it con la dirección.

...

Armando Robles me aguardaba cómodamente sentado en su despacho. Revisaba unos papeles con detenimiento, por lo que solo se dio

cuenta de mi presencia cuando otro agente me anunció por segunda vez.

—Inspector, está aquí la señorita Ainarra Moreno.

—Eh, sí, disculpa estoy muy ajetreado estos días con la investigación de su caso y un par más que siguen una línea similar, aunque no están relacionados con el suyo —me explicó después de tenderme estrecharme la mano—. Tome asiento, por favor.

—Gracias —murmuré acomodándome en una de las sillas de plástico que había frente a él. Andrea me esperaba en la misma sala de espera

en la que estuvimos el día que presenté la denuncia.

—¿Y bien? ¿Me ha traído lo que hablamos por teléfono? —quiso saber el inspector.

—He hecho un dibujo, lo más aproximado posible, del hombre que he visto que me persigue. Hay algo que coincide: en dos de las tres veces que le he visto, he sido atacada después —le expliqué.

—Eso me hace pensar en algo que no le comenté los primeros días que hablamos para no asustarla —terció cambiando el tono de su voz. De repente

se puso recto en el sillón y aquel gesto me dio una mala sensación.

—¿A qué se refiere?

Sentía cómo el sudor comenzaba a recorrerme la frente. Un ligero mareo se apoderó de mí y necesité agarrarme al borde de la mesa.

—Verá señorita Moreno, el mendigo que intentó robarle a punta de navaja ha aparecido muerto. Hemos encontrado su cadáver en una zona conflictiva conocida por la venta de drogas y estamos seguros de que se trata de la misma persona porque varios testigos lo han identificado por que era

un habitual de la parte de Plaza de Armas.

—¿Cómo... murió? —titubeé sin tener muy claro si quería saber la respuesta. Si decía que no me había querido asustar no creía que hubiese acabado en aquella nave, muerto de un coma etílico.

—Le han asesinado con arma blanca —respondió rotundo mientras jugaba con una pluma estilográfica entre los dedos.

Me llevé las manos a la cara, consternada ante esa información. Si le habían disparado la cosa se estaba

volviendo seria.

—Pero ¿qué relación tiene ese asesinato conmigo? Es cierto que ese hombre me atacó para robarme, pero no volví a verle de nuevo.

—El cadáver tenía una fotografía suya, pegada con celo en la frente —replicó, mientras sacaba una imagen de una carpeta—. ¿Preparada para verla?

—No, pero no me queda de otra. Enséñemela, por favor —pedí, haciendo de tripas corazón.

—Aquí tiene. —Me tendió la instantánea y quedé realmente sorprendida. Era una foto mía, del mes

de julio en las vacaciones de Las Palmas de Gran Canaria. Salía con mi biquini rojo de lazos dorados, caminando por la orilla. Prácticamente sola, una de las tardes que salí a pasear por la playa de Las Canteras.

—¿Cómo diablos tiene la persona que me acosa esta foto? —exclamé horrorizada, poniéndome en pie.

—¿Sabe cuándo fue hecha? —inquirió el inspector contemplando cómo paseaba atacada por su despacho.

—Es de hace dos meses, de mis vacaciones de verano; pero no recuerdo que nadie me la haya tomado. Las únicas

fotos que hay de ese día las hizo mi amiga Andrea desde su vieja cámara fotográfica. Ya sabe, de esas que funcionan con carrete. Andrea le tiene mucho cariño porque es un regalo que le hizo su madre antes de morir y no quería deshacerse de ella, cambiándola por una digital.

—¿Han revelado las imágenes? — preguntó, frunciendo el ceño, estudiando mis palabras con atención.

—Sí, mi amiga fue a revelarlas a una tienda cercana a la facultad de Odontología. ¿Por qué lo dice? — Estaba confusa, no recordaba que ella

me hubiese contado que alguien la siguiese ese día. Pero si no sabía que lo estaban haciendo no podía pasársele la idea por la cabeza.

—Porque alguien se ha hecho con la copia. Y para que eso haya ocurrido, o tenía el resguardo del revelado o usó otras malas artes para obtener la imagen. No se preocupe, investigaremos como hasta ahora.

—Eso espero, porque la verdad es que esto se está complicando cada vez más. Haga lo que sea preciso —rogué.

—No hace falta que me diga cómo hacer mi trabajo, señorita Moreno —

contestó Robles armándose de paciencia.

—Entiéndame, estoy desesperada. Si antes caminaba intranquila por la calle, ahora voy a tener que volver a encerrarme. Ese loco puede intentar matarme en cualquier momento y...

—Cálmese —me interrumpió—. Hasta que tengamos más evidencias, tiene que volver a hacer vida normal. Tengo a varios agentes vestidos de paisano siguiéndole la pista para facilitarle esto. No comparta esta información con nadie, y cuando digo nadie es nadie, es muy importante. ¿Me

ha entendido?

—Sí, gracias por todo inspector Robles.

—La citaré de nuevo si hay alguna novedad.

Capítulo 16

Pasé media mañana del sábado sin ni siquiera probar bocado. Por algún extraño motivo, no tenía apetito y lo único que quería era beber líquidos. Ignoraba si algo me había sentado mal o eran mis nervios los que hacía que estuviese con el estómago así de revuelto. Fuese como fuese, hice de tripas corazón y me fui con Andrea en el autobús al pueblo. Al llegar a casa de mis padres, aproveché para ponerles al corriente de la situación después de

comer lo que pude, no podía mantenerles por más tiempo en la oscuridad.

—Papá, mamá, tengo algo que decirles y es muy probable que no os guste, pero espero que me perdonéis por no haberos dicho nada antes —dije con un hilo de voz. Andrea, a mi lado en el sofá, me sujetó la mano con fuerza, empujándome a soltarlo todo.

—¿Qué ocurre mi vida? ¿Aún sigues enferma? —preguntó mi madre acercándose hasta mí y poniendo sus dedos en mi frente, para comprobar si tenía fiebre.

—Lo cierto es que nunca lo estuve, he tenido un problema e inventarme la gripe fue mi coartada para que nadie preguntara —expliqué cabizbaja. No sabía cómo seguir, así que Andrea se adelantó y explicó la situación por mí.

—Un tipo ha atacado a Ainara varias veces. Ha denunciado y yo misma la he acompañado a poner una denuncia. Ahora mismo la situación está bajo control, la policía está estudiando el caso y haciendo todo lo posible.

—¡Pero hija, cómo no nos has dicho nada! ¡Deberías volver a casa inmediatamente! —aseveró mi padre,

mirándome atónito desde el sillón que ocupaba siempre para leer el periódico.

—No, papá, si hago eso le estoy dando satisfacción a esa persona. Le estoy dando el poder para destruirme porque estaría abandonándolo todo por su causa. No pienso permitir que mi vida gire en torno a alguien de nuevo. Sucedió con Fernando, me perdí un poco por él. No va a pasar por un extraño — sentencié.

—Valentina, Jorge, no os preocupéis. Tanto mi novio como yo estamos pendientes de ella y además hay un chico por ahí que parece que se está

colando en el corazoncito de nuestra Ainara —dijo Andrea con una sonrisa de satisfacción. Le lancé una mirada de rencor amistoso.

—Sí —corroboré tratando de relajar el ambiente e intentando pasar por alto las miradas que intercambiaban mis padres—. Nos estamos conociendo, parece buen chaval. Pero bueno, que os quedéis tranquilos, os mantendré informada de todo.

Me levanté al ver que el reloj marcaba las cuatro y media. Andrea me siguió.

—Nos vamos a ir a ver a mi padre,

que después nos espera una tarde de compras, necesitamos maquillaje y esas cosas nuestras —afirmó Andrea con una risita burlona. Parecía que se había tragado un payaso.

—Hasta la semana que viene cariño —contestó mi madre—. Tu hermana no ha podido venir, pero ha dejado esto para ti.

Me entregó un sobre marrón y escrito con perfecta caligrafía, estaba mi nombre. Al abrirlo me encontré con la primera ecografía del bebé de mi hermana. No se vislumbraba el sexo, pero verle por primera vez provocó que

Andrea y yo acabásemos llorando como auténticas magdalenas.

Nos despedimos con un beso, visitamos a Lorenzo y merendamos con él y a la vuelta a la capital, hicimos lo que Andrea había dicho. Era nuestro modo de hacer terapia de chicas y desconectar el mundo.

La mañana del domingo dormí como una marmota, reponiendo fuerzas y compensando lo mal que había descansado anteriormente. Había programado el despertador para las cinco de la tarde, para poder ponerme algo más cómodo y arreglarme con

calma. Me adelanté: antes de que sonara ya iba camino del cuarto de baño para darme una ducha. Escuché el sonido de una moto a lo lejos mientras me vestía con el atuendo que había elegido después de haberme refrescado. Se trataba de una minifalda negra, con medias y botines del mismo color, y una blusa blanca con escote drapeado, que tenía bordados en gris perla (decorada por mí), a juego con una chaqueta torera. Me maquillé de forma suave, pues cada vez que quedaba con Lucas —y solo habían sido dos veces— iba demasiado arreglada para lo que estaba

acostumbrada, no quería además estar más pintada que una puerta.

Andrea apareció cuando me estaba intentando trenzar buena parte de la melena para un recogido. Algunos rizos se me escapaban y quedaba extraño el moño por lo que decidí pedirle ayuda.

—¿Puedes echarme una mano? No alcanzo a recogerme los mechones de la zona de la nuca. —Intenté sostenerme unos cuantos sin éxito alguno.

—Vaya bellezón. Si no te lo dice Lucas, te lo digo yo. Estás hecha un pincel, chica. —Dejó un estuche encima del escritorio. Lo cierto era que

convivir con ella estaba resultando bastante cómodo.

—Él no tiene que decirme nada, ya te tengo a ti haciendo el papel de abuela que echa piropos —bromeé mientras le iba pasando horquillas para que me sostuviera bien el recogido.

—Disculpa, pero si hay alguna abuela aquí, eres tú, que me sacas casi cuatro meses —dijo con el peine entre los dientes. Si se lo cambiaba por un clavel y le ponía la melodía de mi móvil, podría haberse puesto a bailar por allí con toda la alegría del mundo un tango.

—Más tiempo de sabiduría, míralo así —contraataqué.

—Y para las arrugas. Creo que ya es hora de que vayamos comprando las cremas anti-arrugas ¿no te parece? Se me pasó decírtelo ayer por la tarde.

La miré a través del espejo, buscando en su rostro algo que indicara que aquello era cierto. Hice lo propio con el mío, pero no encontré ni patas de gallo ni cualquier tipo de doblez que hiciera pensar en eso. Y aunque lo hubiese, una cosa era hidratar la piel y otra empezar a usar ungüentos de mujer algo más madura. Porque la verdad era

una: solo teníamos diecinueve años. Ni siquiera llegábamos a la mitad de la veintena. Nuestras preocupaciones no tendrían que centrarse en ese tipo de cosas si no en vivir la vida al máximo mientras pudiésemos. Andrea tendía a ser una exagerada de las buenas cuando se lo proponía.

—De eso no pienso comprar nada todavía. Pero necesito leche desmaquilladora y algodones, me he quedado sin ninguna. —Me mordí el labio al caer en la cuenta de que pronto tendría que revisar el neceser y el botiquín. A saber cuántas más cosas

faltaban y ni me había dado cuenta—. Mañana vienes conmigo a la farmacia. Tenemos que reponer unas cuantas cosas.

—Sí, mi capitana. Bueno esto ya está. —Me tendió un espejo de mano para que pudiese apreciar cómo quedaba la parte trasera de mi cabeza después de que me hubiese peinado.

—Gracias mil. Ha quedado genial. —Me volví para darle un abrazo—, Por cierto, entre pitos y flautas no te he preguntado ¿qué tal tus primeros días de clase?

—Mejorable, ya sabes. Yo no

tengo la suerte de tener a Matthew para charlar en los descansos. Me relaciono con unos y con otras porque soy muy sociable, pero no he terminado de encajar. Ojalá estuvierais Jota y tú conmigo, así no me sentiría como un bicho raro por allí.

—De bicho raro nada. Simplemente es cuestión de que encuentres alguien con quien llevarte bien, fuera de las clases. Además con las *notazas* que sacas, no creo que te miren mal. Seguramente alguien irá a pedirte ayuda y con esa excusa podréis empezar a quedar para dar una vuelta o

ir de disco.

—Precisamente porque tengo notables y sobresaliente todo el tiempo, me miran mal. Pero qué quieres, chica, yo no tengo la culpa de tener memoria fotográfica —Se lamentó, en parte, por tener buenas cualidades. Negué con la cabeza antes de darle una suave colleja en la nuca.

—Tú eres tonta —repliqué—. A este paso vas a ser la mejor dentista del mundo. Solo para que lo sepas, quiero las limpiezas bucales para mí y para toda mi familia completamente gratis.

Una de las ventajas que tenía

Andrea a la hora de estudiar era precisamente su tipo de memoria. Con apenas repasar los apuntes o el libro, podía memorizar el contenido cómodamente. Era la típica que estudiaba el día antes del examen y podía sacar un diez.

—No te entregas, y baja al portal. Lucas debe de estar al llegar. —Sonrió de oreja a oreja mientras se cruzaba de brazos.

—Por eso mismo, prefiero esperar. No quiero que piense que estoy como loca por verle y empiece a montarse cacaos mentales.

—Pero si estás loca por verle... —
se carcajeó.

—Ya pero no quiero que se dé
cuenta. Mejor espero aquí hasta que me
escriba un mensaje o de un toque.

—No tienes remedio. —Hizo una
mueca de desesperación y cogió sus
carpeta de apuntes—. Aprovecho para
contarte que Jota nos ha conseguido unos
pases para una fiesta de disfraces que se
va a organizar dentro de poco en casa de
unos amigos suyos. Y cuando digo
«nos», incluye no solo a nosotros dos
sino también a ti y a Matthew.

—No estoy yo para mucha

fiestecita, pero lo pensaré.

Acto seguido, me senté frente al portátil, en mi cómoda silla giratoria y revisé las redes sociales desde el ordenador, pues hacía un tiempcito que no les prestaba atención. Tenía alguna que otra mención en Twitter y muchísimas notificaciones en Facebook. Cosa que me resultó extraña porque solo tenía agregados a familiares, amigos y compañeros de Bellas Artes. Nada de extraños o gente solo «conocida». En ese sentido me gustaba mantener la privacidad. Miré el motivo de tanto desconcierto y acabé boquiabierta. Era

una imagen promocional de la fiesta de la que Andrea acababa de mencionarme. Dudaba si ir o no porque un disfraz era el escondite ideal para darle margen a mi acosador a actuar contra mí o alguno de los míos. Apagué el ordenador con cierto sabor agridulce, pero con la esperanza de que lo mejor estaba por llegar. Al menos eso era lo que anhelaba. Tenía que confiar en lo que me había dicho el inspector Robles.

Andrea tecleaba furiosamente en su móvil cuando giré la cabeza para mirarla. No es que estuviese enfadada, es que su velocidad tecleando rozaba lo

insano. Yo era rápida, pero gustaba tomarme algún que otro descanso para pensar lo que ponía.

—Me voy al portal. Así me ahorro la incertidumbre de estar dando vueltas inquieta por aquí —comenté mirando el reloj y viendo que Lucas no daba señales de vida.

—La paciencia es la madre de la Ciencia —citó el viejo refrán, como si eso solucionara mi inquietud.

—Por eso escogí una carrera de Artes. Hasta dentro de un rato, cariño.

Atravesé el pasillo con rapidez, deteniéndome un segundo más de la

cuenta en la puerta de Cecilia, en cuya habitación sonaba Justin Bieber a todo trapo. Me reí por lo bajo ante su gusto musical. Bajé los escalones de dos en dos, casi saltando con tan mala suerte de que al llegar a los dos últimos me tropecé. *Castigo divino*, pensé. Eso me pasaba por burlarme de las preferencias de otra. Eso, o que mi tobillo fallaba más que una escopeta de feria.

El timbré sonó sin que me diese tiempo a hacer nada. Salí al portal y me di de bruces contra el musculado pecho de Lucas. Supe que era él antes de que abriese la boca, por su perfume. Olía a

la colonia de Hugo Boss que tanto me gustaba.

—Sí que tenías ganas de verme — murmuró separándome de él unos centímetros, lo justo para que pudiese alzar la cabeza en su dirección.

Sentí que enrojecía cuando nuestras miradas se cruzaron. El verde de sus ojos bien podría haber sido rojo, porque me estaba abrasando sin remedio. Inspiré profundamente tratando de alejar mi mente de cualquier tipo de pensamiento que no fuese estamparlo contra la pared y repetir con más intensidad el beso de la ocasión

anterior. No solía ser impulsiva, pero había algo en Lucas que conseguía que perdiese los papeles con facilidad. Y quizá no fuese algo que me conviniese en ese momento. Y de la forma en la que venía vestido, con una camiseta morada en la que figuraba una gran etiqueta en la que rezaba «no tengo precio», anulaba por completo mis ganas de pensar. Estaba que quitaba el hipo.

—Hola —le saludé con voz ronca siendo más que consciente de lo necesario de sus manos, que continuaban apresando mi cintura. Sentía sus uñas clavándose suavemente en mi piel.

—¿Qué tal te encuentras? —Me apartó el flequillo de los ojos y fue deslizando la yema de los dedos desde la sien hasta la barbilla, en un trazo ininterrumpido.

—En la gloria —acerté a decir, metiendo la pata conscientemente. Había algo flotando entre los dos, y negarlo y va a resultar estúpido por mi parte. Ya lo había hecho sin resultados durante bastantes días. Creo que ambos éramos conscientes de eso.

—Vámonos de aquí, —Tiró suavemente de mí y comenzamos a caminar por el asfalto, cogidos de la

mano.

Aquella era una sensación nueva. Había salido durante años con mi ex, pero las demostraciones de afecto público no entraban en nuestro arsenal de cosas que hacer, a menos que estuviese algún amigo suyo delante. Si era el caso, no le importaba que nos viesen, solo para poder demostrar su lado masculino. A los dieciséis aquella idea me parecía romántica, pero mirándola desde una perspectiva más adulta, me daba cierto asco. Prácticamente había actuado cual perro en celo, marcando el territorio sobre mí,

como si yo fuese una farola.

—¿A dónde nos dirigimos? —
quise saber fiel a mi manía de querer mantenerme informada de los lugares que iba a visitar. La caída de la tarde hacía que mis niveles de ansiedad crecieran y si a eso le sumaba la compañía de Lucas, el corazón me latía a mil.

—No sé qué tenías pensado, pero ya que sé dónde tú vives, lo justo sería que conocieses mi piso. ¿Te parece?

—Vale, aunque no sé qué clase de idea preconcebida cruza por tu mente, quiero dejar claro que no soy esa clase

de chica que a la primera de cambio se acuesta con un tío. Ya te comenté los problemas que tuve con mi ex así que procuro ir con calma. Toda la que haga falta —aclaré, aunque el cuerpo y la mente me pedían todo lo contrario.

—Lo sé, no hace falta que me digas nada. Tan solo quiero que conozcas un poquito más de mí, no desnudarte a la primera de cambio. Eso está lejos de mi intención, por el momento... —Me guiñó un ojo, socarrón.

—¿Cómo que por el momento? — Me detuve en seco mientras tragaba saliva ruidosamente, visiblemente

alterada. Mi imaginación comenzó a desbordarse ante de la idea de lo que podría pasar entre los dos.

—Es simple, Ainara. Si las cosas entre nosotros acaban del modo que quiero, créeme que ninguno de los dos pondrá pegasa a vernos, ir a mi piso o salir a dar un simple paseo. —Seguimos caminando, dejando atrás un par de semáforos, en dirección al río. Empezamos a caminar por la orilla con dirección desconocida para mí.

—Según tú, ¿qué esperas que pase entre nosotros? —pregunté mientras sopesaba las distintas posibilidades.

Pero seguramente mi concepto y el suyo no acabarían por coincidir.

—Quiero que te enamores de mí.

—Me sostuvo por los hombros, obligándome a mirarle—. Quiero algo entre tú y yo.

—Define algo, porque pueden ser cosas muy distintas según la perspectiva de cada uno.

—Lo que tú quieras que seamos. ¿Un rollo? ¿Una relación? Me da igual con tal de tenerte cerca.

—¿Así de fácil? No lo entiendo. Apenas nos conocemos. Ni siquiera sé lo que siento por ti y tú hablas de amor

con una ligereza arrolladora.

—El día que nos conocimos, me atrapaste. Estabas en un sillón de masaje, totalmente ajena del mundo con los ojos cerrados. Tu amiga corría de un lado a otro, pero tú parecías estar ahí, en calma. Me transmitiste algo que no soy capaz de definir, pero que me animó a acercarme a ti y preguntarte si el sillón contiguo estaba vacío. —Hizo una pausa para después añadir—: Era obvio que lo estaba, pero tu respuesta, totalmente despistada y con cara de desconcierto, justo como ahora, consiguió sacarme una sonrisa.

—O sea que mientras yo intentaba relajarme y desconectar con un masaje, tú llevabas rato observando. ¿Cómo no te vi? No me vale la excusa de que tenía los ojos cerrados, pues los abrí un par de veces antes de que aparecieses en escena —le expliqué, para que no pensara que era tonta. Una cosa era mi ligero «empanamiento» de ese día y otra que fuese igual en condiciones normales.

—Puedo ser muy discreto cuando me lo propongo. Pero voy a seguir explicándote lo de después. Vi que entrabas a ver Ted y te seguí, comprando una entrada para la misma

sala solo para hacerme el encontradizo contigo. Cuando me di cuenta que te marchabas en dirección al baño, te seguí y me colé en el de caballeros. No entendía por qué, pero algo me impulsó a hacerlo. Llámalo presentimiento o llámalo «x».

—Y ahí fue cuando el mendigo me atacó e intercediste para ayudarme.

—¿Qué iba a hacer si no? Al darme cuenta de lo que estaba tratando de hacer contigo un impulso recorrió mi cuerpo y lo único que deseaba era alejarlo de ti y golpearle hasta que me desgastase los nudillos —explicó

endureciendo el gesto.

—Pero ¿por qué arriesgarte por una desconocida? Era muy probable que no nos volviésemos a cruzar.

—Plantéatelo así. Imagina que vas por una larga avenida y ves un carrito de bebé cayendo cuesta abajo, sin rastro de la madre. ¿Harías algo por pararlo? Seguro que sí, aunque fuese un niño desconocido, con retener el carro podrías estar salvando su vida —relató como quién cuenta un cuento y después prosiguió—: Entonces, me arriesgué a ayudarte por el mismo motivo por el que me fijé en ti.

—¿Porque soy un bebé? —bromeé para quitarle hierro al asunto.

—No, porque hay cosas que se hacen como actos reflejos. Deberías aprender a actuar más y pensar menos. Deja de buscarle el sentido lógico a lo que te rodea. La vida no es únicamente racionalizar las cosas, es también saber sentir las. Me gustas, te seguí y eso llevó a que pudiese echarte un cable con el tío ese e incluso a que hoy estemos aquí, así.

Me quedé como un pasmarote al escuchar su discurso pues llevaba parte de razón. Pero pedirme que dejase de

racionalizar las cosas era la parte complicada del asunto. Durante mucho tiempo lo había hecho, pero después de la traición de Fernando, con todo el daño que había supuesto —hasta el extremo de acabar tomando pastillas para calmar los nervios— ahora tenía una coraza alrededor. Necesitaba protegerme de algún modo. Nunca había sido una persona sumisa, sin iniciativa propia, pero el miedo al miedo a veces podía ser más perjudicial que el enfrentar las cosas. Seguramente para mucha gente podría resultar una gilipollez acabar con crisis de ansiedad

porque su novio le ha puesto los cuernos. Pero para mí, no. Había construido todo mi mundo entorno a él y ese había sido mi fallo, pues cuando ese mundo se vino abajo no tenía nada a lo que aferrarme. Había dejado de lado muchas cosas por él, no porque me lo pidiese sino por el tonto error de pensar que le tenía que dedicar mi tiempo al completo. Eso le dio igual y no fue un argumento lo suficientemente válido pues al final acabó por ponerme los cuernos, sin más. Por eso había sido tan directa con mis padres y les había dicho que no pensaba cambiar mi vida por

nadie más. Iba a hacer todo lo posible por seguir adelante y adaptarme en aquellos momentos en los que las cosas no estuviesen a favor.

—¿En qué piensas? Te has quedado muda de repente.

—Hay cosas que no sabes de mí, que hacen que sea demasiado analítica con todo y no puedo evitarlo.

—Me contaste lo de tu ex, ¿tiene eso alguna relación? —preguntó Lucas, procurando prestar la mayor atención posible.

—Me temo que sí. Es mejor que te lo diga ya para que decidas si seguir

esta locura que propones. Hay personas a la que este tema les hace huir por patas.

—No hay nada que me eche para atrás, Ainara. —Parecía cansado de repetir lo mismo, quizá porque Lucas veía las cosas más claras que yo.

—Eso está por verse —bisbiseé, cabizbaja reuniendo el valor para decir ante el que tenía un problema.

—Yo también he roto con mi ex, sé lo que se siente por eso te digo que no creo que lo que me vayas a decir sea muy grave.

—Padezco un cuadro de ansiedad

generalizada y necesito medicarme. La impresión de ver al que era mi novio con aquella guarra en la cama, la discusión posterior y la ira contenida me provocaron un fuerte ataque de nervios. Llegué a casa de Andrea casi sin conocimiento con mi equipaje a cuestas, y ella y su padre tuvieron que llevarme al hospital. De allí me recogieron totalmente destrozada, mi hermana y mi cuñado.

—¿Cómo es posible? Pero ¿estás mejor? —Me acercó más a él haciendo que mi mejilla quedara apoyada en su hombro.

—Sí y no, a partes iguales.

Después de hacerme muchas pruebas los médicos vieron que no era nada físico, a pesar de que en un principio presentaba los síntomas de alguien enfermo de corazón. Una psiquiatra bajó a hablar conmigo a la sala de urgencia y con ella desfogué lo que tenía dentro. Accedió a dejarme marchar no sin antes ajustarme una dosis de ansiolíticos mínima que tendría que ser revisada por el centro de salud de mi pueblo. Ahora que te digo que me medico es cuando puedes alejarte de mí y pensar que estoy loca o algo peor. —Alcé la cabeza para

evaluar su reacción. Parecía tranquilo, dato que confirmo cuando hablé.

—No voy a ir a ninguna parte. Creo que eres una persona muy fuerte que ha pasado por una mala circunstancia. Me da igual si tomas pastillas o jarabe para la tos. Lo importante aquí es que estés bien. ¿Te sientes mejor después de haber hablado?

—Sí, aunque estoy como un flan —reconocí sin remedio. Las piernas me temblaban y no estaba segura de si era por mi ansiedad o por su arrolladora e imponente presencia.

—Eso lo soluciono yo rápido. —

Sonrió de oreja a oreja mientras aproximaba su boca a la mía.

Capítulo 17

Fue un beso tonto. Un simple roce de labios que fue aumentando en intensidad. Su boca atrapó mi labio inferior y lo mordisqueó de tal modo que un escalofrío me atravesó la espalda. Sentía cómo sostenía mi nuca mientras su lengua me invadía con vehemencia. Mis manos arrugaban la tela trasera de sus pantalones mientras se lo devolvía. Me separé unos centímetros para tomar aire, pero aún estábamos lo suficientemente cerca

como para que nuestras narices se rozaran.

—¿Qué estamos haciendo? —
susurré lanzándome de nuevo hacia su boca, como si estuviesen ofreciéndome la tableta de chocolate más rica del mundo y yo llevase cuatro meses sin comer. En cierto modo era así, estaba a dieta de amor.

—Ni yo mismo lo sé, pero ya te lo he dicho. No busques una explicación. Déjate llevar. —Trazó una línea de pequeños besos desde mi mandíbula hasta la base de mi cuello, dónde mi pulso seguía latiendo desbocado.

Escuché risas a mi espalda y Lucas también, porque nos alejamos al mismo tiempo para mirar. Eran dos críos de unos doce o trece años, vestidos con camisetas anchas, tirados en el césped mirando en nuestra dirección y carcajeándose. A sus pies había un par de monopatines con la tabla pintada a mano. Les debía hacer gracia vernos, aunque en parte ayudaba la droga que se estaban tomando. Era una lástima que algunos comenzasen tan pronto, haciendo cosas que no estaban reservadas para su edad. Ni para ninguna, ya puestos. Yo tratando de no

tomar más medicación de la cuenta para mejorar mi salud y no ser dependiente y ellos fumando porros a mansalva, sin imaginarse siquiera las consecuencias que eso podía traerles a la larga. Había visto a compañeros de clase perder sus bien encauzados caminos al decir que estaban probando, pero que ellos «controlaban». Ni se imaginaban lo equivocados que estaban...

—Antes de que anochezca tenemos que llegar a los pies de La torre del Oro. Así que andando, señorita. —Lucas miró el reloj con impaciencia.

—¿Por qué antes del anochecer?

—Primero porque mañana hay clase y mientras antes lleguemos a mi piso mejor. Segundo porque tenemos que hacer una reserva y no quiero que nos cierren en las narices.

—No haré más preguntas. Prefiero llevarme la sorpresa, aunque no sé qué narices hay que reservar —me quejé, haciéndome la ofendida aunque distaba mucho de ser así. La curiosidad me estaba volviendo loca.

—Ya lo verás.

Siguiendo la orilla del río, acabamos llegando en poco tiempo a La Torre del Oro. Lo que mucha gente

desconocía cuando visitaba Sevilla, es que tenía una «hermana» situada en la calle Santander: La Torre de Plata.

—Es aquí. —Lucas se detuvo delante de una gran carpa rodeada de embarcaciones—. Espérame un momento.

Volvió al cabo de cinco minutos con dos billetes en la mano. Leí sorprendida la palabra crucero en el reverso de uno de ellos. Me fijé en la fecha y descubrí emocionada que era para ese mismo sábado a las ocho de la tarde.

—¡Gracias! No me lo esperaba, no

sé qué decir... ¿Nos vamos de crucero?

—Mi cara debía de ser un poema en ese momento.

—Me gustaría que fuese uno por el Mediterráneo, pero el presupuesto no da para mucho con lo que gano en la librería, así que me conformo con uno en catamarán por el Guadalquivir. Espero que tú también.

—Es genial. Nunca he subido en barco y mira que tenía oportunidad teniendo la posibilidad tan cerca. —Di un pequeño salto, emocionada ante la idea. La verdad es que había conseguido sorprenderme, otra vez.

—Lo único que espero es que no te marees. Si dices que nunca te has montado en ninguno, a lo mejor te da por vomitar —se rio mientras me pasaba la mano por la cintura y echábamos a andar.

—Pues no sé qué decirte. Me mareo con frecuencia en tierra, a saber lo que me pasa en agua. —Me puse una mano en el mentón, pensativa.

—Te colocaré doble chaleco salvavidas, por si acaso te da por nadar.

—Mientras al barco no le dé por hacer un Titanic, no creo que sea necesaria tanta precaución.

—Bobadas. Vamos, que ya casi estamos —me animó a seguir adelante.

—¿Dónde vives? No me lo has dicho. —Si me paraba a pensarlo aún desconocía muchas cosas de él. Tendría que trabajar eso.

—Pasando el Parque de María Luisa.

Empecé a reírme al acordarme de la paloma que Andrea había querido que Jota espantase y la respuesta de este citando precisamente el parque. Tiré de Lucas cuando pasábamos por una de las entradas y busqué uno de los puestos. Compré una bolsa de comida y repartí la

mitad con Lucas, que me miraba con el cejo fruncido.

—¿Poniendo al día la alimentación de la fauna?

—Bingo. Además, ¿tú no eras de Greenpeace? —Me acordé de la camiseta que llevaba el primer día que nos conocimos.

—Un poco, lo reconozco. A pesar de que pueda sonar chocante porque eso no encaja mucho con mi futura profesión. Me gusta muchísimo la ecología y prefiero la construcción sostenible.

Una bandada de palomas acudió

rauda y veloz hacia nosotros, en cuanto detectaron la comida. Ni siquiera me había dado tiempo a arrojar el contenido de la bolsa de plástico al suelo. Se posaron en nuestras cabezas, hombros y brazos. Si alguien nos hubiese echado una foto en ese momento, podríamos haber salido como estatuas con plumas.

—Será mejor que nos vayamos. O a este paso no podré llevarte de vuelta a tu residencia —comentó al ver que era prácticamente de noche.

—Está bien, pero no me niegues que no ha sido divertido.

—No lo niego —admitió mientras

cruzábamos la calle en dirección a un bloque de pisos.

Llamó al telefonillo correspondiente al 3ºA. Subí las escaleras agarrada al pasamanos justo detrás de él, que no paraba de agitar las llaves de un lado a otro. Me fijé que las mismas pendían de un llavero de Snoopy. Su piso era minimalista. Me lo esperaba más desordenado para tratarse del lugar de encuentro que compartía con otro chico, al que no vi por ningún lado. Muebles básicos en negro, estanterías repletas de tomos de manga y un gran televisor de plasma al que había

una consola conectada. Así era el salón que me encontré después de cruzar el recibidor. Estaba conectado a la cocina por una barra americana.

—¿Y tu compañero de piso? —
Miré curiosa alrededor, buscando alguna foto que pudiera servirme de guía para saber cómo era. No había ni una, dato que me resultó extraño.

—Reverte aún no ha llegado a casa. Tiene un curro a media jornada en una floristería —contestó cerrando la puerta tras de sí. El pestillo sonó con más fuerza de la que esperaba.

—¿También estudia Arquitectura?

—Seguí la conversación por esos derroteros para evitar que los nervios me delatasen, por el hecho de que estuviésemos solos habiendo un sofá cerca, y una encimera, y una cama...

Tosí fuertemente ante la idea que estaba cruzando por mi cabeza. Su presencia hacía que por el interior de mi cuerpo corriese fuego. La antorcha de los Juegos Olímpicos se quedaba corta a mi lado.

—No, lo suyo es el Magisterio, pero con algo tiene que pagar su parte del alquiler. —Se encogió de hombros mientras se quitaba las deportivas y

comenzaba a andar sin calcetines por el parqué del piso. Una costumbre muy típica de los animes que a ambos nos gustaba ver. Acto seguido me señaló los pies y añadió—: Puedes hacer lo mismo, ponte cómoda.

—Te tomo la palabra, pero con los zapatos y la ropa en su sitio —respondí mordazmente.

Me puse a cotillear entre las estanterías, buscando algún manga que fuese de mi agrado y que no hubiese leído aún. Encontré el primer tomo de Chobits y lo saqué de lugar.

—¿Lo has leído? —preguntó con el

mando de la tele en la mano, mientras conectaba una memoria USB a la consola.

—No he tenido ocasión de leerlo aún. ¿Me lo prestas? —quise saber poniendo cara de pena.

—Todo tuyo, pero cuídamelo bien. Está recién comprando.

—¿De dónde sacas pasta para esta colección? Porque doy por hecho que es enteramente tuya y sé por experiencia que no es precisamente barata. —Hice cálculos mentales y allí podría tener cerca de mil euros en tomos de manga.

—Yo también trabajo, ¿recuerdas

lo que te dije hace un rato? Pues bien: aprovecho las ofertas que van saliendo de vez en cuando en la librería, para ir completando mi colección. A parte, está el hecho de que en mi cumpleaños y para navidades siempre tengo un poco más de dinero y me puedo permitir algún capricho, pero nada que se salga de lo normal —me informó.

—Vaya, ya veo de dónde has sacado el don natural para «vender la moto». Eres muy persuasivo cuando te lo propones —observé, tomando asiento en un sofá de cuero negro.

—Encanto natural —me corrigió.

—Y creído, por lo que veo. —Puse los ojos en blanco ante sus palabras.

—Tampoco es para tanto, Ainara. ¿Tú cómo te costearas los estudios? —preguntó quitándose importancia, para centrarse en averiguar más de mí. Se suponía que debía de ser al revés. Yo era la que estaba en su apartamento y por tanto, a mí me correspondía cuestionar cuanto se me antojase. O casi.

—En parte gracias a la bendita beca y por otro lado, porque yo también me he ganado el pan. Solo que ahora mi trabajo ha acabado, para desgracia mía. —Me encogí de hombros.

—¿Qué hacías?

Una canción instrumental comenzó a sonar de fondo. Tenía pinta de pertenecer a alguna banda sonora de película, aunque no discernía cuál era.

—Trabajaba cuidando a la niña de un matrimonio de buena posición. Descansaba los fines de semana y en vacaciones de Semana Santa, verano e invierno. Más o menos siguiendo el calendario escolar.

—¿Por qué lo dejaste? —Subió el volumen de la música y entonces fui consciente de que la pantalla del televisor estaba en negro y un

salvapantallas multicolor se expandía y contraía al ritmo de los acordes de la música.

—No lo hice, es solo que la vida da muchas vueltas y la familia acabó mudándose a Roma por asuntos de trabajo de la madre. Aún tengo contacto con ellos por email, más que nada, me mandan fotos de cómo va creciendo la niña —le relaté al ver que prestaba interés a todas y cada una de mis palabras.

—¿Instinto maternal? —Me miró horrorizado. Seguramente el reloj biológico de los hombres se activaba

más tarde y por eso algunos le tenían pánico a la idea de ser padre en la veintena.

—Desde que jugaba a las Barbies, pero obviamente, estoy en una edad en la que no me planteo eso ahora. Quizás en un futuro, si encuentro a la persona adecuada.

—La tienes delante. —Se señaló a sí mismo de tal forma que la camiseta se le marcaba escandalosamente a la altura de los brazos. Pero no sonaba del todo convencido. Era algo obvio. Ni siquiera yo me lo plantearía.

—Si claro, ¿tú no sabes eso de que

antes de andar hay que gatear? Pues es simple: yo antes de pensar en nada de eso quiero una estabilidad laboral, acabar mi carrera y obviamente poder ejercerla. Quiero ver mis cuadros en las mejores galerías del planeta.

—Perfecto, ensaya conmigo. —Se tumbó en el sofá, de tal forma que su cabeza quedaba apoyada en mi regazo. S-I-N C-A-M-I-S-E-T-A. Ni me había dado cuenta que se la había quitado. Aquella vista sí que no tenía precio.

—¿Qué estás haciendo? —Me obligué a descruzar las piernas mientras le preguntaba por su extraño

comportamiento.

A esas alturas no debía sorprenderme por nada entorno a él, pero no conocía lo suficientemente a Lucas. Todavía. Muy a mi pesar, estaba interesada en saber todas y cada una de las ideas y pensamientos que atravesaban su mente.

—Posar para ti. Dibújame como a una de tus chicas francesas —dijo muerto de risa, citando la película que yo le había mencionado un rato antes: *Titanic*.

—Sí que se te ha ido la cabeza con el tema del barco. Además, te falta

pecho para parecerse a Kate Winslet. —
Le aparté un mechón de pelo, que le caía
sobre la frente de forma desordenada.

—Sinceramente, yo no me veo
precisamente femenino. No quiero ser
una damisela en apuros a punto de tener
una rápida historia de amor que será
destruida por un iceberg —se burló
sonriendo a medio lado.

—¡Eso sí que no te lo consiento!
No me gusta que nadie critique una de
mis películas favoritas. —Le di un
suave tortazo en la mejilla. De haber
estado de pie, el golpe habría sido en el
cuello, una buena colleja.

Hizo caso omiso a mis quejas y alzando el cuello en mi dirección se quedó a una distancia indecente de mi boca. Tragué saliva ruidosamente, consciente del nudo de calor que sentía en el centro de mi barriga. Sabía que si esto seguía así, acabaría con los dos más descontrolados de la cuenta. Y por mi bien y el suyo, necesitaba pensar con claridad y darle cierta pausa a lo que sea que de algún modo, habíamos comenzado.

—Necesito ponerle un nombre a lo que estamos haciendo —solté sin más, para intentar disuadirlo de sus

intenciones. Su nariz buscaba el hueco de mi oreja, el lugar exacto en el que me perfumaba. Inhaló complacido y sentí su cálido aliento. Me estremecí de cabeza a pies.

—Ojalá pudiera explicar con palabras lo que tú provocas en mí. No es simplemente una atracción física. Estoy enamorado de ti, fue un flechazo. Todo lo que diga de más, puede ir en mi contra porque no sé qué sientes tú.

—No puedo hablar de amor con la misma velocidad. Me preguntas qué siento por ti y lo tengo claro: me gustas muchísimo. Más de lo que, desde que

me salvaste, hubiese podido imaginar que podría gustarme alguien. Acudo ansiosa a verte, como una niña a la que le regalan zapatos nuevos. Pero aún es pronto para que yo pueda denominar a esto amor —le expliqué intentando concentrarme. Pero sus grandes ojos verdes me tenían hipnotizada.

—Déjame demostrarte que es de verdad —mordió el lóbulo de mi oreja haciendo que me retorciera de placer.

—En otra ocasión, se está haciendo tarde y ya he tenido suficiente dosis de ti por hoy. —Me puse en pie obligándole a que hiciera lo mismo. Taconeé contra la

alfombra en un intento de desentumecer las pantorrillas, que tenía algo rígidas después de haber permanecido un buen rato sentada, tan tensa.

—¿En serio has tenido bastante? —

Ladeó la cabeza, ligeramente insatisfecho por mi contestación.

—No, nunca tengo suficiente. Por eso es mejor pisar el freno ahora. Además te recuerdo que tenemos que madrugar mañana, tú mismo lo dijiste. —Señalé el reloj de la estancia en la que nos encontrábamos que se aproximaba a las nueve de la tarde.

A regañadientes apagó el televisor

y con eso la música se esfumó. Volvió a calzarse los zapatos y dejó el vaso en el que había bebido sobre el fregadero de aluminio.

—Te acompaño con la única condición de que el próximo día que pises este sitio, veas mi cuarto —dijo con picardía, mientras cogía un llavero distinto al que contenía las llaves de su casa.

—¿Por qué?, ¿se me ha perdido algo por allí? —le seguí la corriente, intentando contener la risa ante su propuesta indecente. Tenía que reconocerlo, era muy tentadora.

—No, pero es mucho lo que puedes ganar. —Me guiñó primero un ojo y después otro, haciendo el ganso.

—Habló el que no iba a hacer presiones... —Reí con poco disimulo.

—No las hago, tan solo quiero más intimidad. Todo me estorba, si no te tengo cerca. Hasta la ropa.

Posicionó un brazo a cada lado de mi cabeza, pero no le di tiempo a que hiciera ningún movimiento. Una vez más, me adelanté posando mi boca posesivamente contra la suya. Le empujé con tal vehemencia que acabó chocando contra el aparador. Sin ni siquiera

pestañear me izó en brazos y con medio giro de cintura me subió en el mueble. Empezó a subir las manos por el interior de mi camiseta, trazando espirales sobre mi ombligo, provocando que gimiera contra el filo de su labio inferior. Abrí los ojos para darme cuenta de que no era la única que necesitaba la presencia de un extintor para apagar la vorágine del fuego que nos consumía.

—Será mejor que me detengas aquí, o si no yo no podré hacerlo —gruñó con la voz entrecortada por el deseo, mientras arrojaba las llaves al suelo, sin miramientos.

—Te lo dije, es mejor pisar el freno ahora. —Me separé de él repitiendo lo que había expresado un rato antes de que se nos volviese a ir el asunto de las manos. Pero no me moví del sitio.

Y hablando de manos, las suyas podían ocasionar un auténtico tsunami con una caricia. No quería pensar de lo que iba a ser capaz si le dejaba continuar. Asintió sin mucho entusiasmo, se notaba que necesitaba «calmarse». O al menos una parte de él. Mire hacia abajo de forma automática y no me pilló desprevenida el bulto en sus pantalones.

—Al diablo, paso de seguir las normas estipuladas en la sociedad. Paso de pensar de más y prohibirme sentir. Como diría Andrea, lo que necesito es un buen p...

No me dejó seguir, me arrancó la blusa en un arrebato a la par que yo quitaba el botón de sus pantalones. Quedamos en ropa interior en cuestión de segundos. Sentí su mirada recorrer mi cuerpo de arriba abajo y el vello se me puso de punta. Lo único que me cubría era un sujetador de encaje negro y un tanga a juego y no estaba segura de si lo que veía le agradaba. Había engordado

unos kilitos desde que estaba con medicación. Pero a él no pareció importarle una mierda cuando me izó en brazos y me llevó en volandas hasta el sofá. Ví cómo se deshacía de sus bóxer y yo hice lo propio con lo que me quedaba encima. Se tumbó sobre mí y su lengua comenzó a explorar mi boca, sin control alguno. Después fue descendiendo hacia mi cuello haciéndome soltar un gemido bajo. Aproveché que se separó un segundo para atacar sin piedad el lóbulo de su oreja tal y cómo él había hecho un rato antes conmigo. Y eso terminó por

volverlo loco. Comenzó a acariciar mi ombligo con la punta de su lengua, bajando poco a poco hasta el centro de mis piernas a la par que sus hábiles dedos pellizcaban mis pezones. Yo no me quedé quieta y en cuanto tuve ocasión hice que cambiáramos de posición quedando yo encima. Y en ese momento me desaté yo también: bajé la mano y tomé su miembro y empecé a masajearlo de arriba abajo, primero despacio, después variando el ritmo y la intensidad. No hubo parte de su cuerpo que no recorriese ni parte del mío que él no memorizase con sus manos, pues

cuando se introdujo dentro de mí ambos comenzamos una danza infernal que acabó con los dos en el mismísimo cielo. Al final acabamos haciendo el amor sin parar en el aquel sofá de cuero negro. Suerte que su compañero no estaba en el piso, porque los gemidos se podrían haber oído en diez metros a la redonda.

Una hora y quince minutos más tarde salíamos de allí en dirección a un aparcamiento cercano. Me subí en su Opel Corsa rojo último modelo (lo sabía por el maldito anuncio de televisión, que no cesaban de repetir) y

partimos con destino a la residencia de estudiantes. Cuando me bajé de su automóvil, evité cualquier tipo de contacto físico sin saber cómo actuar ante la situación. ¿Debía despedirme con dos besos, uno por mejilla o lanzarme a su boca? Era difícil dilucidar en aquellas circunstancias. Sin imaginar lo que se me pasaba por la mente, Lucas bajó la ventanilla para decirme adiós.

—Buenas noches, Lucas. Me lo he pasado genial hoy —murmuré esbozando una sonrisa.

—Buenas noches, Ainara. Puedo decir lo mismo. Gracias por escuchar lo

que tenía que decirte. Mantengo lo mismo que te dije a la orilla del río: quiero algo entre tú y yo. Ya me dirás si opinas lo mismo después de lo que acaba de pasar.

—Lo pensaré, tenlo por seguro. ¿Me llamarás cuando llegues? Para saber que no te has estampado por ahí contra alguna farola —quise saber mientras hurgaba en mi bolso, buscando la medicación. En cuanto pisase mi cuarto me iba a ir derecha a la botella de agua. Estaba acalorada, pero por una noche mi taquicardia no se debía a la ansiedad.

—Dalo por hecho. Hasta dentro de un rato, bonita. —Arrancó y se despidió con uno de sus habituales guiños de ojo.

Subí las escaleras en estado de felicidad suprema.

Capítulo 18

Los dos primeros días de la semana transcurrieron sin pena ni gloria, como era típico en la vuelta a la rutina. El miércoles por la tarde, aprovechando un descanso entre clase y clase, llamé a la consulta de Elena para confirmar la hora de la cita. Tenía una hora para llegar hasta allí, por lo que dejé la facultad antes de tiempo y tomé un taxi hasta la consulta privada de la psiquiatra. Estaba en su minúscula sala de espera, aguardando mi turno con impaciencia,

pero Elena no me hizo esperar mucho.

—Pasa y toma asiento, Ainara.

Miré en derredor y su despacho estaba como siempre, lleno de preciosos cuadros tranquilizadores, repletos de paisajes aunque también dejaba hueco para los dibujos de los niños que atendía.

—Gracias —respondí cerrando la puerta tras de sí y acomodándome en la silla frente a su escritorio.

—¿Y bien? ¿Qué tal te encuentras?

—Mejor. Sigo padeciendo crisis de ansiedad, pero unos acontecimientos ocurridos recientemente hacen que

ciertos aspectos de mi vida se hayan complicado. Aunque en otros he ganado puntos...

Comencé a relatarle todo lo acontecido desde la última vez que la había visitado, sin omitir detalle alguno pues sabía que por secreto profesional no podía contarle nada a nadie. Con ella podía desahogarme tranquila. Al salir, me redujo la dosis de ansiolíticos y me dio un fuerte abrazo, pidiéndome por favor que tuviese cuidado con quien me perseguía. Según su experiencia, tenía el perfil de alguien obsesivo. Me alejé de allí dándole vueltas a ese dato ¿quién

podría obsesionarse conmigo de esa manera? Nada tenía sentido, esperaba noticias de Robles lo antes posible.

La mañana del viernes acudí a clases en compañía de Matthew y de la insoportable de Cecilia, que como de costumbre tardaría unos minutos más en llegar, ocupada en acortarse la falda o plancharse el pelo para estar ideal. Para tratar de evitarla, habíamos sido los primeros en llegar al aula.

Y como el resto de mañanas dibujaba, dibujaba sin parar. Perspectivas, formas, paisajes y todo aquello que los profesores nos ponían

como tarea. Lo que se suponía que iban a ser unos días tranquilos, por ser los de la vuelta a la facultad, acabaron consiguiendo que no tuviese mucho tiempo para dedicarme a otras tareas. Lo único que quería era ver a Lucas. Desde que el domingo me había dejado en la puerta de la residencia, únicamente habíamos hablado por WhatsApp y por teléfono. Nuestras agendas no habían podido coincidir lo suficiente como para que se diera la oportunidad de vernos en persona. Ya había tomado una decisión y prefería decírsela de frente y no escondiéndome detrás de un auricular,

de forma triste. Andrea había estado de acuerdo conmigo en que era mejor hablar las cosas cara a cara.

—¿Cuál te gusta más? ¿este o este?

—Matthew interrumpió mis divagaciones acerca de Lucas poniéndome dos folios delante de las narices.

Eran dos pinturas de un bosque y un lago hechas a acuarela. La primera estaba hecha en tonos marrones, verdes y amarillos, simulando la llegada del otoño. Y la otra en tonos grises y azulados, con los árboles desnudos propios del invierno.

—Sin dudarlo me quedo con la versión otoñal. Me transmite mucho más. —Le señalé el que me gustaba, mientras miraba a mi alrededor. Estábamos solos todavía.

—De acuerdo, descarto la otra. A mí tampoco acaba de convencerme, es demasiado frío. —Arrugó la nariz como si de verdad estuviera a baja temperatura, congelándose.

—Lógico si tienes en cuenta la estación en la que lo has ubicado. —Me reí ante la obviedad. A veces, estando concentrado, era capaz de decir auténticas tonterías. Era lo malo que

tenía enfocarse en una sola acción a la vez.

—Lo sé, *mea culpa*. Pero voy a pintar un cuadro al óleo basándome en esta primera versión y estaba indeciso.

—¿Algún motivo en especial? — Repasé mentalmente los deberes que nos habían puesto y en ninguno rezaba tener que pintar nada al óleo.

—Es un regalo para la chica que me gusta —admitió avergonzado, rascándose la nuca con el extremo de un pincel. Vi que no soltaba la bufanda (negra en esta ocasión) ni a sol ni a sombra.

—¡Matthew! ¡Qué calladito lo tenías! ¿La conozco? —dudé, pues últimamente con la única con la que hablaba mucho era con Andrea. Pero ella tenía novio. Aunque claro, los sentimientos de alguien no dependían de si la otra persona estaba soltera, en pareja o casa, aunque eso fuera un factor directo para decidir qué hacer con los mismos.

—Lo cierto es que sí, pero no me sacarás ni una sola palabra. No al menos hasta que me asegure si soy correspondido o no.

—Anda, enróllate. Soy tu mejor

amiga, a mí me lo tienes que contar. —
Le di un codazo, intentando sonsacarle
la información.

—¿Igual que tú me has contado que
has puesto una denuncia en la policía
porque tienes un *acosador*? —contestó
con gesto serio mirándome. Su metro
noventa se me hizo más imponente que
nunca.

Agaché la cabeza en cuanto lo dijo
porque la que estaba tremendamente
avergonzada, era yo. Había evitado
tocar el tema durante los primeros días a
la espera de alguna noticia más por
parte del inspector Robles o algunos de

sus subordinados. Pero no había llegado nada. Estaban estancados en la investigación y el retrato que le había enviado no parecía servir para orientarles mucho. Según me había explicado, en su base de datos no constaba ningún delincuente de esas características y al no haber huellas en la piedra ni en el *flyer* de publicidad, no sabían qué hilo conductor seguir. No a menos que se volviese a repetir un ataque, cosa que yo no quería por ningún medio. Además, en el cadáver del mendigo no había ningún rastro que les ayudara a acertar quién estaba detrás de

todo aquello.

—¿Cómo lo has sabido? — pregunté incómoda—. Oye siento no habértelo dicho, pero no quería preocuparte con eso. No al menos hasta que tuviese alguna noticia positiva en la investigación. Sé lo protector que eres con Andrea y conmigo y sabía que si te enterabas serías capaz de hacer guardia en mi residencia.

—Me lo ha dicho precisamente ella, pero por favor, no te enfades con Andrea. Está bastante preocupada por ti, aunque no lo aparente. —Su rostro reflejaba un sufrimiento que me dejó

sorprendida.

—Sé que está preocupada, por eso quería evitar que tú también lo estuvieras. —Alcé una mano y la apoyé en su hombro para intentar calmarle. Con la otra toqué su cara y le obligué a mirar en mi dirección. Sus ojos azules evitaron el contacto directo con los míos por unos segundos.

—Me ha pedido que esté pendiente de ti y que te recoja y acompañe de vuelta para las clases —dijo apoyando su mano sobre una de las mías.

—No hace falta, no quiero que te molestes. El trayecto es muy corto y

apenas tardo en llegar. Tú vienes de la otra punta de Sevilla, no voy a consentir que vengas a la facultad tan apurado.

En esas estábamos, discutiendo muy juntos sobre qué hacer cuando la sibilina figura de Cecilia apareció en escena y nos miró de hito en hito. Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta blanca y nos hizo una foto de improvisto. Lo supe porque el flash me deslumbró.

—¿Qué coño haces? —me quejé malhumorada mientras me acercaba a ella con el propósito de arrebatarse el móvil. Si tenía que usar la fuerza, no me

importaba, pero esa mosquita muerta no me iba a tocar las narices más.

—Reunir una prueba de lo zorrón que eres, aunque es evidente —me habló en el mismo tono en el que yo me había dirigido a ella.

—¿Y a quién quieres mandarles eso? ¿O es para tu álbum personal? Ya sé que te gusta tener todo lo que yo poseo, la envidia es muy mala. Si quieres te firmo un autógrafo.

—Yo no estoy celosa de ti, pero tú de mí deberías. Al fin y al cabo, yo he conseguido tener algo que tú no has sabido mantener —habló petulante

mientras le echaba una mirada rápida a Matthew.

—¿El qué? Si puede saberse, porque no creo que te refieras a tus implantes de silicona. Sabías que se acababan cayendo ¿no? —Le señalé los pechos, que como todo en ella, era artificial.

—A Fernando Cortés. Tu ex novio —contestó con una mueca de suficiencia. Se atusó el pelo de forma coqueta para después cruzarse de brazos, apoyando su peso contra la pared.

—¿Qué sabes tú de Fernando? —

pregunté intentando disimular mi desconcierto. No imaginaba que tuviese la información de cuál era su nombre.

—¿Quién crees que estaba con él aquella madrugada? —Sonrió de oreja a oreja mientras disfrutaba de su triunfo. Porque debía reconocerlo, eso lo era.

Una imagen cruzó por mi mente, la de una melena rubia del mismo tono que la de Cecilia, en la cama con Fernando. Y el olor a vainilla me invadió la nariz como si estuviese de nuevo en el piso que compartía con mi entonces novio. Nunca llegué a verle la cara a la bruja que estaba con él, pero ni en mis peores

pesadillas se me había pasado por la cabeza pensar que fuese ella. Ahora entendía las risas de las compañeras de la residencia. No se burlaban porque mi novio me hubiese puesto los cuernos, sino porque convivía con la persona con la que me había engañado. Y yo sin imaginar nada. Como solían decir: «el cabrón es el último que se entera».

No lo tuve que pensar. Le crucé la cara antes de que pudiera hacer o decir nada más, consiguiendo que tirase sin querer el teléfono que sostenía firmemente contra su costado. Mis dedos quedaron señalados en su mejilla, iba a

quedar bien marcada porque le había dado con ganas.

—¿Y tú te atreves a llamarme zorrón a mí? Eres lo más parecido a una puta que he llegado a tener cerca alguna vez.

Matthew me sujetó para que no volviese a darle un guantazo, pero no se imaginó mi siguiente movimiento. Le di una patada a su teléfono con la punta de mi zapato y acabó chocándose contra una pared. La pantalla estalló en mil pedazos.

—Mira lo que has hecho, ¡mi móvil! ¡Lo has roto! —vociferó

consternada. Se tiró al suelo intentando buscarle alguna solución, pero no la tenía. Se iba a tener que gastar un buen dinero en otro nuevo.

—Tú serás lo siguiente roto si no te alejas de mi camino. Procura no hablarme, no cruzarte conmigo más allá de lo necesario. Porque te juro que no respondo. ¿Te tiraste a Fernando y aún sigues haciéndolo? Pues un pin para ti. Disfrútalo al fin y al cabo, estás quedándote con los restos que yo dejé. Como buena rata que eres.

Salí del aula con la cabeza alta y con Matthew pisándome los talones

completamente anonadado por lo que acababa de presenciar. Parecía no atreverse a soltarme del todo por si acaso me lo pensaba dos veces y volvía a entrar en la sala contigua y cumplía con lo que había dicho.

—Nara, ¿nunca te has planteado practicar boxeo? Menudo gancho de izquierdas debes tener. Le has dejado la cara hecha un mapa.

—Preferiría que le hubiese quedado como un cuadro de Picasso — repliqué sacando fuerza de donde no sabía que las tenía. Pero las lágrimas empezaban a abrasarme los ojos

obligándome casi a derramarlas. No lo iba a hacer en público, con compañeros de clase llegando al aula para esperar al profesor.

—Cálmate, por lo que más quieras. Voy por nuestras cosas, no te muevas de aquí. —Matthew desapareció y volvió a hacer acto de presencia cargando mi mochila y la suya, tal y como había hecho en el Starbucks cuando nos reunimos con Andrea y Jota.

—Creo que voy a irme a casa. No me encuentro nada bien —espeté, sintiendo un torbellino de emociones incontroladas.

—Voy contigo. —Avanzó hasta situarse a mi derecha, dispuesto a salir de allí conmigo si era preciso.

—No, por favor. Necesito estar sola. Además si tú te vas ¿a quién le voy a pedir los apuntes después, y más sabiendo que siempre los tienes bien? —argumenté tratando de sonar convincente.

—Lo mínimo es que te deje en el portal de la residencia.

—Créeme, voy a echar una carrerita para quemar adrenalina. Llegaré allí antes de que te haya dado tiempo a pensar en nada más. Para que

te quedes tranquilo, te mandaré un mensaje en cuanto esté a salvo en mi cuarto. ¿Vale?

—Dalo por hecho, estaré pendiente. Si en media hora no tengo noticias tuyas salgo de aquí para ir en tu busca. Así que procura acordarte de avisarme.

—Hasta luego, Matthew.

—Nos vemos, Nara. Acuérdate de avisarme.

Me alejé con la mochila al hombro y una pesada carga en el estómago. No era por arrepentirme de haber golpeado a la imbécil de Cecilia, sino el motivo

que había detrás de aquello. Pasé por secretaría y dejé atrás la entrada de la Facultad de Bellas Artes sin detenerme. Tenía que llegar a la residencia sin ningún percance. Apreté el paso teniendo la sensación de que mientras no estuviese acompañada o bajo techo, no caminaba segura. Con esa idea en mente decidí aplazar el llanto para cuando estuviese a salvo, pues por mucho que tuviera policías de paisano vigilándome, no estaba tranquila. Un trayecto que normalmente haría en quince minutos, lo recorrí en el doble de tiempo haciendo muchos rodeos para despistar a quien

podría estar siguiéndome. Llegando a la altura de la Plaza del Museo, me detuve en el quiosco de la esquina para comprar un paquete de chicles. Por recomendación de Elena, masticar aquella goma elástica era una buena forma de controlar los niveles de estrés. Odiaba el sabor a menta, por eso solía evitarlo en todos los alimentos que podía, pero aquella mañana hice una excepción. De allí me fui directa a mi habitación, necesitaba poner los pensamientos en orden.

Capítulo 19

No sabía cómo narices me había dejado arrastrar por Andrea, pero al final siempre conseguía lo que se proponía. Y su propósito para hacerme olvidar el incidente con Cecilia no fue otro que llevarme a la fiesta de disfraces que me había mencionado días antes. Jota iba de médico sanguinario, ella de enfermera sexy y yo, que pasaba de disfraces machistas preparados para enseñar más carne que para divertirse, me disfracé de Campanilla. Recogimos

a Matthew en su residencia, que interpretaba el papel de gladiador, y nos fuimos al apartamento en el que se celebraba. Cuando Jota estaba aparcando fui consciente de que la música a todo volumen, se escuchaba a toda pastilla desde el exterior. No quería ni imaginarme lo que nos esperaba cuando estuviese dentro. Las palmas de las manos me empezaron a sudar y el corazón martilleó contra mi pecho, pero inspiré hondo y solté el aire aún con más ganas.

—¡Vamos! —gritó Andrea tirando de mí en cuanto nos apeamos de la

furgoneta—. Ni lo pienses que te conozco, hoy no hay hueco para la ansiedad.

Los chicos nos seguían charlando entre ellos de algo que no pude escuchar, pero que los tenía bastante ocupados.

—¿Cómo te has dado cuenta de que estoy nerviosa? —pregunté mientras me colocaba correctamente la diadema que llevaba en el pelo. A pesar de tenerla sujeta con horquillas, me daba la sensación que se iba a caer.

—Por favor tía, ¿cuántos años hace que nos conocemos? Parece mentira que

me hagas esa pregunta cuando hemos crecido juntas y además, somos mejores amigas.

—Lo sé, lo sé. Lo que pasa es que una cosa es lo que yo siento por dentro y otra la que los demás percibáis desde fuera. ¿Tan evidente es que tengo ansiedad? —De repente me asaltó esa duda. Nunca me lo había planteado.

—Probablemente para otra persona no, pero para mí es fácil detectarlo, me fijo mucho en tus señales. —Llamó al botón del ascensor y en cuanto las puertas se abrieron los cuatro nos metimos dentro. Jota pulsó el botón de

la sexta planta.

—Gracias por estar pendiente de mí, eres una buena amiga. Debería decírtelo más a menudo. Así que por si se me olvida, gracias infinitas, Andrea —susurré para que ellos no nos oyeran, pero Matthew parecía estar pendiente a nosotras, como siempre. Jota fiel a su estilo estaba... despistado.

—Tú harías lo mismo por mí — espetó Andrea dándome una palmadita en la espalda y obligándome a seguir andando hacia delante. Por un momento se me había olvidado que estábamos en el ascensor, pero me aterrorizaba pisar

ese sitio.

—Eso tenlo por seguro, no tienes ni que dudarlo —corroboré.

—Venga, no seas tonta y diviértete un rato. Olvídate de todo y a pasarlo bomba —cortó la conversación antes de que me pusiera sentimental.

Jota llamó al timbre del piso, que no fue difícil de identificar por el ruido que emitía, y nos metimos de lleno en la fiesta. Sonaba música electrónica, el salón estaba repleto de gente y el ambiente cargado de humo. Pronto pude identificar el motivo: había gente fumando desde cachimba hasta algún

que otro porro.

—No me gusta este ambiente — chillé intentando hacerme oír por encima del ruido de los altavoces. Estábamos junto a una mesa repleta de ganchitos, chucherías y bebidas de todo tipo.

—Eso es porque no has visto quién está allí —replicó Andrea señalándome a una esquina de la estancia. Había un chico vestido de Pokémon que llamaba bastante la atención. Principalmente por dos motivos: su disfraz desentonaba bastante con el resto y tenían unos poderosos ojos verdes que quitaban el sentido.

—¿Quieres? —preguntó Matthew entregándome un vaso desechable con refresco de naranja.

—Ahora mismo no, tengo algo de lo que ocuparme. Pero gracias Matthew. —Me alejé en dirección a Lucas.

Me sentí un poco mal por mi amigo, no quería parecer descortés con él, pero no podía evitar la tentación de burlarme un poquito de Lucas.

—¿Qué hace un Pikachu como tú fuera de la Pokeball? —pregunté intentando aguantar la risa, tras darle un golpecito en el hombro haciendo que se girara hacia mí.

Cuando Lucas se dio cuenta de mi presencia, enrojeció. Se notaba a legua que no esperaba para nada verme por allí.

—Echar horas extra —admitió ligeramente avergonzado a la vez que recorría de arriba abajo mi atuendo. Por la mueca de satisfacción que puso, no le había disgustado mucho.

—¿Lo dices en serio? —En esa ocasión fue a mí a la que se me cambió la cara y no me hacía falta un espejo para comprobarlo. Si lo que decía era cierto, en el trabajo se estaban pasando con los horarios.

—Por supuesto que no, es broma, bonita —sonrió a medio lado.

—¿Y entonces, cómo has acabado aquí? —No me lo imaginaba en una fiesta como aquella, sino más bien de otro tipo. Ni yo misma sabía qué narices hacía allí.

—Lo mismo podría preguntarte yo —dejó caer, cruzándose de brazos.

—Ya, pero quien dispara primero, dispara dos veces. —Le guiñé un ojo para redondear mi respuesta.

—Me invitó el capullo de mi compañero de piso con el que vine hasta aquí, pero se ha largado porque vive en

eterno despiste y jura y perjura que se ha dejado el grifo de la bañera abierta. Y esta vez le toca a él pagara la factura del agua. —Se encogió de hombros para darme a entender que él no se iba a responsabilizar por las locuras del otro.

La música cambió y de electrónica pasaron a sonar melodías latinas. Cosa que me encantaba, aunque llevaba mucho sin pisar una discoteca, los bailes como la bachata o la salsa eran los que más me gustaban.

—Yo he venido con mis amigos. —
Le señalé en dirección a donde Matthew, Andrea y Jota bailaban como

patos mareados con sus bebidas en la mano, pero sin quitarnos el ojo de encima. —Y la verdad, me estaba arrepintiéndome de hacerlo... hasta ahora.

Me di la vuelta sin alejarme del sitio contoneándome al ritmo de una canción de Romeo Santos. Sentí su presencia en la espalda mucho antes de que abriera la boca y mordiera el lóbulo de mi oreja.

—Si sigues moviéndote así, te prometo que te arrastro hasta el servicio más próximo y continúo lo que terminamos ayer; no me faltan, ganas pero sí una respuesta.

—Todo a su debido tiempo, no sé por qué tienes tanta prisa. ¿Oye podemos salir de aquí? No tengo intención de quedarme sin voz y tanto humo me está dejando la garganta seca.

—Además la inquietud que me acompañaba parecía volver a reinar en mi interior. Aquel lugar no me parecía seguro dadas las circunstancias. Por suerte para mí, no había ni rastro de mi acosador.

—Vale, vamos al balcón un rato anda.

Allí me encontraba charlando distendidamente con Lucas e

intercambiando miradas de complicidad, cuando apareció Matthew.

—Nara, es hora de irnos. A menos que quieras volver en compañía de ¿Lucas te llamabas? —preguntó dirigiéndose a él.

—Sí, ahora os alcanzo, adelántate y dame un minuto para despedirme.

—Vale, pero no tardes. Jota y Andrea van camino de la furgoneta, te espero en la puerta del ascensor.

Comenzó a alejarse como si le pesaran los pies, con una lentitud pasmosa. La falta de sueño nos iba a pasar factura a todos.

—Me marchó —dije poniéndome en pie.

Lucas me imitó y otra vez pude comprobar que le llegaba a la altura del cuello. Si me ponía de puntillas llegaba hasta su boca y eso hice. Le besé. Cuando su lengua y la mía entraron en contacto, aquello no fue un simple intercambio de saliva, sino una explosión de placer.

—¿Cuándo volveré a verte? — preguntó sin resuello cuando nos separamos. Ambos respirábamos copiosamente.

—Pronto, o al menos eso espero —

murmuré encaminándome hacia la puerta. Esperaba que fuera así porque sin su presencia el mundo se hacía un poquito más cuesta arriba.

...

La Madre Superiora estaba barriendo la acera con una pesada escoba cuando me vio llegar. Alejó la misma de mí en cuanto la saludé.

—Buenos días, Madre Dolores. —
Puse mi mejor sonrisa a pesar de no tener ganas de mucho. Los ojos y la boca seguían picándome como si hubiera

cortado cebolla y todo por culpa del humo del tabaco que había reconcentrado en el apartamento en el que había tenido lugar la fiesta.

—Te has librado por los pelos de verlo, niña —exclamó disgustada llevándose una mano a la boca, que tenía torcida en una mueca asustada.

—¿De qué? —pregunté preocupada. Parecía que la faltaba poco caerse al suelo. Agradecí mentalmente que no me pidiese explicaciones por aparecer allí a esas horas de la mañana. De haber querido, podía haberme amonestado.

—Anoche atropellaron a Micifuz. Un loco desalmado se subió por la acera y al animalito no le dio tiempo a escapar.

—¿Cómo? —clamé horrorizada. El día no podía haber empezado de peor forma—. Pero está... ¿está muerto?

—¡Oh no!, querida. Está vivo y coleando, pero con una pata en muy malas condiciones. Se la ha roto y la tiene inmovilizada aunque por suerte no tendrán que operarlo. El veterinario dice que necesitará mucho reposo, a ver si entre todas podemos cuidarlo.

—Estaré encantada, ya sabe que me

encantan los animales. Me alegra que esté bien, teniendo en cuenta lo que podría haber pasado. Pero tengo una duda, Madre. Si ayer llevaron a Micifuz a que lo examinen, ¿de qué me acabo de librar por los pelos?

—De volver a ver al hombre que conducía la moto. Ha vuelto a pasar por aquí ahora como si quisiera comprobar lo que ha hecho había surtido efecto. Por suerte, he podido darle un escobazo. ¡Que el Señor me perdone, pero hay cosas inconcebibles! —gritó muy enfadada.

—Lo ha hecho muy bien. ¿Pero por

qué pasaría ese hombre de nuevo por aquí? Resulta extraño y más habiendo transcurrido unas cuantas horas.

—Veras, querida, será mejor que sigamos hablando de esto en la cocina, junto a la Hermana Visitación. —Me hizo señas para que me acercara.

—¿Por algo en especial? —dudé, no sabía a qué me enfrentaba.

—Me temo que sí, pero está relacionado con el asuntillo de la policía. —Bajó el tono de voz hasta convertirlo casi en un susurro.

—Está bien, voy a la cocina. Después de usted. —Le cedí el paso y

entré en el interior del edificio con el corazón encogido. A saber lo que me esperaba.

La cocina estaba situada pasando la zona común en la que veíamos televisión, charlábamos y las monjas hacían sus labores de punto de cruz. Era una estancia repleta de aromas, pues la hermana Visitación tenía todo clasificado en botes de cristal. Orégano, azafrán, romero, tomillo y demás especias invadían el ambiente. La decoración era muy simple, pero efectiva: las paredes pintadas de un blanco impoluto, tenían una cenefa a

mitad de altura, entre el suelo y el techo. Los muebles eran de color crema y la mayoría de cubiertos eran de buena calidad. Los platos me encantaban, pues estaban pintados a mano.

Tomé asiento en el lugar que la Madre Superiora me indicó y esperé a que apareciese la hermana Visitación. Parecía que será ella la encargada de soltarme la bomba de relojería. Contemplé el techo inquieta, tratando de hacer tiempo. Tenía un mal presentimiento.

—Veo que ya has llegado. —La monja apareció en escena llevando entre

manos una cesta de mimbre en la que el gato dormía plácidamente.

—Sí, ya me han contado lo que le ha ocurrido a Micifuz, me alegra ver que está tranquilo ahora.

—Así es, pero el desalmado que le ha hecho esto, no venía para hacerle daño al gato, Ainara. Te estaba buscando a ti.

—¿Cómo lo sabe? —El agotamiento estaba haciendo mella en mí. Necesitaba dormir con urgencia.

Por el rabillo del ojo vi aparecer a Robustiana, que se frotaba contra las patas de la mesa, reclamando atención.

Su intuición gatuna le decía que algo raro estaba pasando, porque no era normal que su amado Micifuz no estuviese jugando con ella.

—Hace días que venimos observando una moto violeta dando vueltas por la zona. En un principio pensamos que era una simple casualidad, pero tanto la Madre Dolores como yo observamos que se repetía un mismo patrón: aparecía por aquí justo después de tus idas y venidas a clase o cualquier otro lugar. Es como si supiese tu horario y de algún modo te estuviese esperando —me explicó rascando el

cuello del animal herido, que se había movido inquieto dentro de su cama improvisada.

Capítulo 20

Aquel dato de la moto color violeta me desconcertó. Días atrás, había visto una moto aparcada sobre la acera, justo después de que sucediera la rotura del cristal por la piedra que me habían lanzado. Recordé que tenía anotada en la libreta la matrícula, que en un primer momento supuse falsa y olvidé por completo facilitar a la policía, pero que ahora cobraba otro sentido. ¿Y si esa persona era un cómplice? Haciendo el repaso podrían ser varias personas

conectadas: el mendigo, el tipo del abrigo y el motorista, que yo había pasado completamente por alto. Me golpeé la frente por mi olvidadiza cabeza.

—¿Le han dicho algo de esto a alguien, hermana? —pregunté mientras sujetaba el móvil con fuerza, con el número del inspector marcado en la pantalla. En cualquier momento pulsaría la tecla de llamada.

—Únicamente lo sabemos nosotras, ¿por qué?

—Voy a darle aviso a la policía. Como usted misma ha dicho alguien que

está tratando de perjudicarme y es mejor que los agentes cuenten con su versión de los hechos, por si en cierto modo, pueden ayudar a identificar a la persona que está haciendo esto —le expliqué, con voz pausada.

Sentía la garganta seca y el chicle de menta que me había metido en la boca no ayudaba a mejorar el fuego que tenía dentro. Decidí tirarlo a la papelera bajo la atenta mirada de la hermana, que no me quitaba la vista de encima.

—Me parece correcto. Lo único que siento decirte es que de seguir así, la residencia no será un lugar seguro

para ti —dijo esas palabras utilizando todo el tacto posible, dándome a entender que era mejor para mi marcharme de allí.

Si los acosadores me tenían localizada, tenía que huir de forma provisional a algún sitio que no fuese de su conocimiento. El problema era ¿a dónde? La casa de mis padres estaba descartada puesto que era un lugar muy obvio al que regresar. Lo mismo ocurría con la de Mónica y David. Andrea era mi compañera de cuarto y no tenía piso propio, lo más cercano era el de Jota pero no tenía suficiente confianza con él

para pedirle ese favor. También estaba la posibilidad de irme a la residencia de Matthew y compartir espacio con compañeros. La idea se me antojó imposible porque solo vivían chicos allí y a ello había que sumarle el hecho de que no vivía nada cerca. La cuarta opción era el apartamento de Lucas, pero lo nuestro aún estaba en pañales, y además en la fiesta habíamos estado juntos, lo habíamos pasado genial y ya está. No le había dado margen a hablar de mis sentimientos, cosa que a lo mejor suponía un obstáculo más. De todos modos, seguía siendo mi mejor opción.

Podría alquilarle el cuarto de invitados con los ahorros que había obtenido durante el verano. A pesar de no haber tenido oportunidad de cotillear las habitaciones, cuando había estado allí, muy malo no podría ser. Con una cama para dormir me conformaba: no me importaba usar las maletas como armario si era preciso.

—Ahora vuelvo. —Me encerré en uno de los servicios de la planta baja y llamé al inspector. Mientras más dilatase el asunto peor iba a ser para todos.

—Buenas tardes, al habla Robles.

¿Es usted, señorita Moreno?

—Sí, quería comunicarle algo que acaba de suceder. ¿Podría personarse en la residencia en la que vivo? —pregunté elevando la voz un par de octavas, fruto del nerviosismo que tenía.

Me senté en la taza del váter, ligeramente mareada. Una fina capa de sudor me cubría buena parte del cuello, haciendo que deseara una de mis largas duchas reparadoras. Permanecí atenta a lo que me decía el inspector al otro lado de la línea pero ni así no podía para de divagar, dándole vueltas al asunto. Cada vez se estaba poniendo todo más feo y

no había nadie capaz de identificar de quién se trataba. Ni siquiera podía dilucidar una teoría correcta.

—¿Me está escuchando señorita Moreno?

—Sí, disculpe pero estoy alterada. Si mis oídos no me fallan, acaba de decirme que estará aquí en media hora. Me parece genial, lo único que le pido es que venga con ropa de calle y en un coche normal. No quiero despertar alarma entre los vecinos ni ocasionarle ninguna incomodidad a las monjas ni al resto de compañeras.

—Tranquila, señorita Moreno. No

hace falta que me diga cómo tengo que hacer mi trabajo —espetó ligeramente malhumorado. Se notaba que el caso también le estaba sobrepasando a él.

—Lo siento, no pretendo decirle cómo debe actuar ya se lo he dicho en otra ocasión. Simplemente, venga y tómele declaración a las personas que sean oportunas. Yo le facilitaré el número de matrícula que tengo anotado.

Subí a mi cuarto saltando los escalones de dos en dos. Y decidí comenzar a recoger mis cosas, si era rápida lo conseguiría a tiempo, antes de que la policía se personase por allí.

Saqué las maletas azul turquesa de debajo de la cama y las abrí. Eran un regalo de Mónica y su marido de las navidades pasadas. No había tenido oportunidad de usarlas para un viaje largo, pero no descartaba la oportunidad en un futuro cercano. Si conseguía salir viva del lío en el que estaba envuelta. Maldije en voz baja aquella ocasión en la que decidí bajar a los servicios del cine para no seguir de *sujetavelas*. Si me hubiera quedado en el asiento nada de eso habría ocurrido. O tal vez sí, pero no tenía modo de probarlo.

No sabía dónde se había metido

Andrea, pero no respondía a los WhatsApp desde que nos habíamos despedido un rato antes. Se suponía que iba a casa de Jota por unas horitas y después aparecería por allí, pero no daba señales de vida. Seguramente estaba descansando y no sería yo la que la interrumpiese.

Había bajado las maletas a la zona común y de ahí las había arrastrado al despacho de la madre Dolores, donde se estaba llevando a cabo el interrogatorio. No podían hacerlo en la otra parte, con las alumnas entrando y saliendo y pegando la oreja sin cesar. Por suerte no

había mucha gente en ese momento, Irina, Tamara y alguna chica más pululaban por allí.

El interrogatorio fue más lento de lo previsto. Cuando fue mi turno expliqué la primera vez que había visto la moto violeta por allí, y que había apuntado la matrícula, a pesar de haber supuesto que era falsa y después me había olvidado por completo de ella. Facilité el número de la misma y un subordinado del inspector Robles se encargó de pasar los datos a la centralita. Si había suerte llamarían en unos minutos indicando quién era el

titular de la misma. Pero la fortuna parecía no querer acompañarme.

—Lo siento, señor —se disculpó el subordinado, dirigiéndose al inspector—. Pero estamos hablando de un vehículo robado. El dueño denunció la desaparición de la moto de la puerta de su casa hace cuatro semanas.

—¿Tenemos algún nombre? —Su voz sonó más severa si cabía en medio del silencio que se había instaurado en el despacho.

—Ni rastro del ladrón, pero el dueño se llama Lucas Olivera.

—¿Lucas? —Me quedé de una

pieza en el sitio.

—Sí señorita. ¿Le conoce de algo? ¿Puede tener alguna relación con el caso? —me preguntó el inspector tratando de recoger la máxima información posible.

—Es un chico con el que estoy saliendo. Le conocí el día que el mendigo me atacó. Él fue la persona que intercedió y me ayudó de no ser por él estaría atracada y muerta.

—¿Un chico, señorita? —El ayudante del policía me miró sin comprender—. En nuestros registros cuenta que Lucas Olivera es un hombre

adulto, de cuarenta y ocho años.

—Debe de ser su padrastro. Comparten nombre y mi amigo adoptó su apellido porque ese hombre le crio como un padre —expliqué ahogando un grito.

¿Cuántas cosas más iban a estar conectadas? La sola idea me aterrorizó pues me hizo darme cuenta del montón de cosas que se escapaban de mi control. Sin saberlo, Lucas y yo estábamos unidos por algo más. Tenía que informarle de esto lo antes posible.

—¿Te marchas, Ainara? —La Madre Superiora interrumpió mis

pensamientos al ver que sujetaba con fuerza las maletas.

—Será lo mejor. No solo yo estoy en peligro, sino todas las personas que estén cerca de mí. Si me voy ahora evitaré que esos locos que andan sueltos por ahí consigan su propósito.

—Me disgusta saber eso, pero entiendo que es lo mejor. ¿Tienes dónde ir? —Arrugó la frente, más si era posible en su caso, mostrando preocupación.

Asentí sin mucho convencimiento, con un nudo en la garganta. Ni siquiera sabía si era una despedida definitiva

pero mi mejor amiga no estaba allí para ayudarme, para ser mi bastón. No podía culparla, pero en las últimas fechas estaba más alejada de lo habitual, en parte por su relación con Jota. Casi pasaba más tiempo con él, en su casa que en la habitación de la residencia. Me pregunté cuánto faltaría para que acabase por irse a vivir con él. Seguramente poco, pero no la culpaba. Era lo normal.

Me despedí de las monjitas con lágrimas en los ojos, pero esta vez, a diferencia del día antes en la universidad, me permití a mí misma

derramarlas para expresar la angustia que me corroía por dentro.

—¿Quiere que la deje en algún sitio? —El inspector me examinó por debajo de sus gruesas gafas de pasta negra.

—Lo cierto es que sí, creo que sé dónde voy a quedarme. Si no le importa acercarme se lo agradeceré de verás.

—Vamos pues. Por aquí. —Tanto su subordinado como él, me custodiaron hasta un coche marrón oscuro, del que no pude atisbar la marca y por tanto, mucho menos el modelo. Subieron mi equipaje al maletero con el mínimo

esfuerzo.

Les di las indicaciones oportunas nada más abrocharnos los cinturones de seguridad y después nos sumergimos en el tráfico del medio día típico de la ciudad de Sevilla. Al ser la hora de la comida eso suponía un montón de gente regresando desde sus lugares de trabajo a sus casas o bien buscando restaurante en el que almorzar. Tardamos un buen rato en llegar al Parque María Luisa, el destino en el que les había pedido que me dejaran. Se despidieron no sin antes asegurarme que llegarían al fondo del asunto.

Atravesé la calle mirando a ambos lados, hasta llegar al bloque de pisos de Lucas. Subí en el ascensor el corto trayecto hasta el tercero, pues no estaba de ánimos para hacer ejercicio por las escaleras. No con dos maletas y una mochila a cuestas. Toqué el timbre en cuanto localicé su puerta. A la primera llamada no respondió nadie pero a la segunda me encontré con un chico con rastas pelirrojo con barba de un par de días, en calzoncillos. Parecía tener pinta de haber estado durmiendo por la forma en la que entreabría los ojos cuando la luz que entraba por la ventana del

pasillo le daba directamente en la cara.

—¿Si? —preguntó intentando disimular un bostezo que era más propio de un león rugiendo.

—Soy Ainara, una... amiga de Lucas. ¿Está él por aquí? —inquirí dudosa. Me daba la sensación de que no había llegado a su casa, a lo mejor seguía por la fiesta y no había regresado a su casa.

—Hace justo un cuarto de hora que ha salido en su coche en dirección al trabajo. —Miró el reloj que pendía de la pared para cerciorarse que lo que decía era correcto.

—¿Sabes si tardará mucho en regresar?

—Unas dos horas. En realidad hoy tenía la tarde libre, pero le han llamado para hacer una sustitución en la librería. Cosas del curro, ya sabes. —Enarcó las cejas de forma significativa.

—Entonces será mejor que me vaya. Creo que te he despertado después de la noche de juerga y lo siento, lo último que quiero es molestar—. Hice ademán de irme, pero me detuvo con un silbido.

—Ainara has dicho que te llamas ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—¿Tú no eres la que está medio saliendo con Lucas? —preguntó rascándose la cabeza, como sopesando alguna decisión.

—Esto... algo así. —No quise entrar en detalles pues no sabía hasta qué punto le había contado sobre mí.

—Entonces pasa, mujer. Olivera me matará si te dejo en la puerta con dos maletones de semejante tamaño. ¿Qué llevas ahí? ¿Un muerto? —Se apartó dejándome paso mientras gastaba la broma. Si supiera mis problemas con las amenazas de muerte, seguro que se

habría ahorrado hacer cualquier tipo de comentario.

Dejé las maletas junto al mueble del recibidor y sin poder evitar sonrojarme, miré al sofá. La última y única vez que había visitado aquel lugar, había acabado haciéndolo con Lucas en aquel lugar.

—Disculpa... —No sabía cómo dirigirme al chico que tenía en frente. No me había dicho en ningún momento su nombre ni había hecho ademán de presentarse. Lucas sí me había dicho algo, pero no tenía concentración para acordarme—. ¿Cuál es tu nombre?

—Tomás Reverte. Aunque todos me llaman por el apellido.

—De acuerdo, Reverte. ¿Hay algún modo de que puedas llamar a Lucas para decirle que estoy aquí? Le he mandado un WhatsApp por el camino, pero no contesta. Y no tengo a mano la tarjeta que me dio, con el número de la librería.

—Me da que no. En su curro son muy estrictos y a menos que vaya a vender un manga o se esté muriendo, no dejan que use el teléfono personal.

—Está bien. Si quieres vete a dormir, no quiero interrumpirte, yo me quedo aquí en el sofá, viendo la tele

mismamente. O haciendo deberes, tengo que ponerme al día con unas cosas. — Recordé que tenía que pedirle a Matthew los apuntes que me había perdido por la mañana.

—Lo cierto es que no, se me ha quitado el sueño. Si quieres nos quedamos viendo una película. Estaba a punto de poner un Blu-Ray. Estoy decidiendo ente *Ratatouille* o *Déjà vu*.

—Más ratas no por favor —dije de manera inconsciente más para mí que para él, al acordarme de Cecilia.

—Pues entonces decidido. —Puso el disco en el lector de la Play Station 2

y con el mando de juegos, le dio al botón de reproducir. En cuanto aparecieron los anuncios los saltó con rapidez.

Dos horas más tarde, con la película a punto de finalizar. Sentí unas llaves abriendo la puerta. Cuando Lucas, en todo su esplendor, hizo acto de presencia, no pude evitar dar una carrera y lanzarme a sus brazos. Olía a perfume de Hugo Boss, como siempre, pero también a seguridad y a promesas por cumplir. Me devolvió el abrazo mirando confuso las maletas, a mí, pero sobre todo a su compañero de piso, que

seguía en calzoncillos y no se había molestado en taparse poniéndose una camisa o incluso un cojín un sus zonas nobles.

Pasada la sorpresa inicial, hundió su cabeza en mi pelo y me depositó un beso en la frente.

—¿Qué haces aquí? Pensaba ir a buscarte para darte una sorpresa, pero me la has dado tú a mí —exclamó mientras se descalzaba, como parecía ser costumbre en él.

—Lo siento, espero que no sea una aparición desagradable.

—Al contrario, me alegra que estés

aquí. Lo que no entiendo es lo de las maletas. ¿Te mudas conmigo? —Sonrió de oreja a oreja mientras hacía rodar mi equipaje por el pasillo. Al darse cuenta que podía rallarse el parqué, lo levantó en peso como el que sostenía una pluma en cada mano.

—Espero poder hacerlo, aunque de antemano te aviso que sería de forma provisional. ¿Podemos hablar en privado?

Le seguí, imaginando que se encaminaba al cuarto de invitados, cuando se detuvo frente a uno que tenía su nombre escrito en un corcho justo en

el centro de la madera de la puerta.

—Entra y echa el pestillo —me dijo soltando mis cosas junto a una torre Eiffel en miniatura, que decoraba lo que supuse que era su escritorio. Un portátil descansaba sobre el mismo y había un bote con lápices de distinto grosor, además de un taco de folios. Sus herramientas de trabajo estaban concentradas en aquel espacio. Pasé la vista por las paredes de la habitación, pintadas de verde pistacho, de las que pendían cuadros con distintos puzzles que representaban monumentos y edificios antiguos de distintas ciudades del

mundo. El Coliseo de Roma, el Big Ben de Londres, el Empire State de Nueva York, la Puerta de Alcalá de Madrid y la Sagrada Familia de Barcelona. El resto del cuarto estaba compuesto por un vestidor enorme empotrado en la pared, dos mesitas de noche de madera de caoba y una cama con dosel del mismo tono.

—¿Y bien? ¿Te gusta? Me ha costado mucho esfuerzo decorarlo todo, pero creo que ha merecido la pena — inquirió siguiendo mi mirada que lo inspeccionaba todo curiosa, después de haberse asegurado que la puerta

quedaba bien cerrada por mí.

—Lo cierto es que sí, tiene un toque muy personal. —Le di la razón ante su buen gusto. Si en vez de Arquitectura hubiese estado estudiando Diseño de Interiores, estaba segura de que también se le daría bien.

—Bien porque puedes quedarte aquí. Si no supone mucha presión para ti, claro. De ser así, me iré a sofá. —Hizo ademán de marcharse llevándose en brazos la almohada.

—Sí hombre, me presento por la cara en tu casa cargada de cosas y tú eres el que duerme en el salón. Ni loca,

qué vergüenza, por favor. —Agaché la cabeza completamente cortada.

Se acercó hasta mi posición y levantó mi barbilla. Pasó un dedo por mis labios en un gesto que se me antojó demasiado seductor.

—A estas alturas, ni tú ni yo tendríamos que tener vergüenza de nada. Somos mayorcitos, Ainara. Creo que sabemos de sobra lo que hacemos. —Puso la almohada de regreso al lugar que pertenecía.

Aún no le había contado todo lo ocurrido, pero... ¿y si decidía hacer como las monjas de la residencias y

darme a entender que lo mejor por mi seguridad era que me marchase? Sabía de sobra que no lo habían hecho a malas pero el resultado era el mismo. Estaba sin hogar a menos que Lucas dijese lo contrario. Y si lo hacía, la única alternativa entonces era regresar a casa de mis padres o mudarme a la de mi hermana y no quería exponerles. Pero a Lucas tampoco. Era todo un auténtico caos.

—Tengo que hablar contigo. Antes de que decidas si me quedo aquí, o tengo que marcharme. —Me senté en el borde de la cama y me puse a alisar las

arrugas que se formaban en la colcha con la palma de la mano.

—¿Vas a cortar conmigo? —Bajó hasta mi altura poniéndose en cuclillas. El mechón rebelde de siempre le tapó parcialmente un ojo.

—¿Acaso estábamos saliendo? De modo oficial me refiero... —dije mientras le acariciaba el rostro, apartándole el cabello endiablado para que no me impidiera verle mientras tratábamos un asunto tan serio.

—No, porque estaba esperando una respuesta tuya. Había algo que tenías que pensar y no sé si habrás hecho. —

Hizo una mueca de desagrado, pensando en que quizás había ido hasta allí con el objetivo de decirle que no había nada entre nosotros, y que me marchaba de viaje. Y que no me iba a quedar allí para ser su compañera de piso de forma provisional.

—Sí, pero no quiero que mi respuesta parezca condicionada por las circunstancias así que, escucha primero lo que tengo que contarte y después mi decisión respecto a nosotros.

Le hice un resumen de la situación, explicando punto por punto lo ocurrido en la residencia con el gato, el motorista

y cómo la hermana Visitación me había dejado caer que lo mejor era irme de allí. También la llegada de la policía y cómo el ayudante del inspector había dicho que el vehículo robado pertenecía a Lucas Olivera, senior.

—¿Por qué no me habías hablado de la moto antes? Mi padre y yo llevamos un tiempo buscándola desesperadamente —quiso saber, rascándose distraído la barbilla. Aún permanecía en la misma posición, justo en frente de mis narices y parecía bloqueado por tanta información de golpe.

—Quizás por el hecho de que no sabía que teníais una ni que se la habían robado a tu padre —objeté, dejando claro que era evidente que no nos conocíamos tanto—. Es mejor que le llames mañana y le cuentes lo que ocurre para que no le pille desprevenido.

Empezamos a intercambiar posibles teorías de por qué alguien le querría perjudicar también a él, hasta que yo di con la opción de que querían dañarle porque pensaban que era alguien cercano a mí y que ese era el motivo por el que le habían vigilado y seguido hasta

casa de su padre.

—O sea, que por haberte llevado de vuelta a la residencia la noche que el mendigo te quiso robar en el cine, alguien me identificó y robó la moto de mi padre con el objetivo de asustarme. Estaban dando por hecho que yo era alguien importante de tu vida o que tenía posibilidad de serlo. —La última idea parecía no desagradarle del todo.

—Lo siento muchísimo, si hubiese sabido siquiera que iba a ocasionar tantos líos aquella salida al cine, a ver la maldita película de Ted, no lo habría hecho. Desde ese día solo tengo

problemas —resoplé, maldiciendo por lo bajo. Una pequeña bola de nieve había rodado ladera abajo y lo estaba arrollando todo a su paso.

—Tienes razón, pero entonces no nos habríamos conocido.

—Y al hilo de eso ¿de verdad quieres seguir adelante con lo que sea que tenemos sabiendo que me persiguen, que ha muerto un hombre y que te quieren perjudicar?

Mirando con perspectiva, lo que había dicho Lucas era la única cosa buena que había surgido de aquello. No sabía hasta qué punto me compensaba,

pero al menos era un aliciente para continuar luchando. Mi moral ese día se encontraba en el subsuelo de un cementerio, como mínimo. Ni los ansiolíticos habían logrado darme ese puntito de serenidad que me faltaba.

—Más que nunca. Mis sentimientos no cambian por lo que hagan terceras personas, independientemente de que esas terceras personas tengan intención de separarnos. —Cuando se lo proponía, Lucas sabía decir la palabra justa en el momento adecuado.

—Entonces, si nada cambia para ti, es hora de que la sepas. Tu respuesta,

me refiero. —Me hice un pelín la interesante, al ver que estaba expectante.

—¿Vas a romperme el corazón o eres de las que reparten calabazas? — Actuó teatralmente dejándose caer contra el suelo, como si hubiese ingerido veneno empleó para quitarse de en medio. Estaba seguro de que a Lucas le tenía que gustar el teatro, porque interpretaba bastante bien cuando se lo proponía.

—Soy de las que regalan besos y afirmaciones positivas cuando ve que las cosas van por buen camino. Y creo que lo nuestro, va en buena dirección.

—Al escucharme hablar, se incorporó rápidamente y volvió a adoptar la postura anterior.

Le di un golpecito en la nariz consiguiendo que se pusiera bizco por un momento. Pero hasta así, estaba arrebatadoramente guapo. Si se hubiese rociado en el lodo como los cerdos, seguiría siendo increíblemente atractivo. Olería un poco mal, pero todo en la vida no se podía tener.

—¿Eso quiere decir que sí? — Parecía entusiasmado con la respuesta.

—Puede, pero me falta la pregunta que le da sentido a todo esto. Porque la

otra respuesta es que sí, me estoy empezando a enamorar de ti.

—Entonces esto tiene arreglo fácil. ¿Quieres salir conmigo? —Se puso de pie y tiró de mí para que hiciera lo mismo. Sus manos rodearon mi cintura de forma descontrolada. Parecía ansioso por una respuesta, y ya sabía de antemano que iba a ser una afirmación tan grande como una casa. Pero quería oírmelo decir directamente a mí, para colmar su ego masculino.

—Sí, quiero salir contigo. Pero sobre todo quiero ser feliz a tu lado.

—Bien porque no podía esperar

más tiempo para hacer esto.

Subió las manos lentamente por mi espalda hasta situarlas a ambos lados de mi cara. Su colonia entró directa en mis fosas nasales cuando su boca comenzó a dejar un reguero de besos húmedos por mi cuello, consiguiendo que temblase ante tan simple roce. No iba a ser el único que tuviese la iniciativa, así que aprovechando uno de los momentos en los que sus labios estaban a punto de alcanzar los míos, le apreté contra mí y desvié la cara, yéndome directa a por su oreja. Empecé a darle suaves mordiscos y si antes había sido yo la que tenía que

controlarse para no gemir, en esa ocasión fue él.

En eso éramos igual de cabezotas. Invadí su boca con mi lengua para no dilatar más una situación que se estaba volviendo insostenible. Me correspondió al instante y el beso se convirtió en una pequeña batalla de suspiros en la que ninguno de los dos cedía espacio. Estábamos tan juntos que no sabía dónde comenzaba él y terminaba yo. Mis dedos se aferraban con urgencia a su pelo rebelde y los suyos me sujetaban el trasero con más fuerza de la usual, pegándome por

completo contra él las veces que conseguía separarme, que eran las menos. La temperatura de la habitación había subido varios grados y no era porque tuviese la calefacción puesta. Me irguió y mis piernas rodearon su cintura, como si estuviesen programadas para eso. No pensábamos, sino que nos dejábamos llevar por el instinto. Tal y como él me había dicho que hiciera varias tardes atrás, mientras paseábamos por la orilla del Guadalquivir. Me depositó con cuidado en la cama y con manos hábiles, se deshizo de su camiseta azul marino con el logotipo de

Levi's y levantó la mía para que no estorbara. Todos los problemas, todo el lío que había a mi alrededor se fue de mi cabeza en cuanto su piel y la mía entraron en contacto.

Estábamos envueltos entre las sábanas, prodigándonos besos y caricias después de haber compartido un rato de intimidad juntos. Y menudo rato...

Pero pasados los momentos de fogosidad, una lágrima comenzó a deslizarse por mi mejilla y antes de que tuviese oportunidad de secarla con el dorso de la mano, por el ojo contrario se escapó otra pequeña gota, igual de

traicionera que la primera. Al momento comencé a llorar como si la vida se me fuese en ello. Lucas, con las mejillas aún encendidas por nuestra buena ración de *ejercicio solo para dos*, me abrazó contra su pecho, acunándome hasta que el llanto desgarrador pasó a ser unos leves hipidos y al final, me quedé lagrimeando en completo silencio. Me secó la cara con su hábil mano y pude percibir que tenía un par de dedos ligeramente más endurecidos que el resto, probablemente fruto de sostener el lápiz para hacer planos durante muchas horas. En ese sentido yo estaba igual,

aunque mis durezas y callos eran fruto de años de dibujar en toda superficie que sirviese como lienzo.

—¿Qué va mal? —me preguntó acariciándome el cabello de forma tranquilizadora, como si encogiendo y alisando mis rizos los problemas del mundo tuviesen solución.

—Me encuentro fatal —murmuré apurada.

—¿Hay algo que me quieras contar?

—No he podido evitar acordarme de una de mis compañeras de clase mientras estábamos juntos —recocí

después de dar vueltas unos minutos.

—¿Por qué? ¿Está entre tus planes hacer un trío? —contestó socarrón, buscando una vez más quitarle hierro a los problemas que anidaban sobre mi cabeza.

—No. Se trata de Cecilia, tu adorada vecina a la que llamas Ceci. — Enarqué las cejas, cabreada, pues mencionar su nombre en voz alta hacía que irritase más, si era posible.

—Sí, pero lo que no entiendo es por qué razón pensabas en ella justo ahora —tosió por lo bajo.

—Porque ayer por la mañana

discutimos en la facultad. La pelea llegó a las manos. Las mías, no las suyas, por supuesto. Le di un bofetón —aclaré antes de que pensase que esa bruja me había tocado.

—No me extraña que llores, vaya racha que estás teniendo últimamente. Pero tranquila, yo estoy aquí para ayudarte y apoyarte en todo lo que necesites. A ver, cuéntame. —Las palabras salían de su boca a tal velocidad que acababa pisándose las frases.

—El resumen rápido es el siguiente: aquel día que pasamos juntos

paseando por Sevilla, te conté que mi novio me engañó con una chica rubia a la que no llegué a ver la cara con claridad.

—Sí, me acuerdo de todo pero ¿qué relación guarda Cecilia con eso? No me digas que ella...

—Cecilia nos hizo una foto a Matthew y a mí y comenzó a insultarme. Después de mucha verborrea acabó soltando que fue ella la que se metió en mi relación con Fernando. Ella era la tía con la que estaba en nuestra cama la noche que les descubrí infraganti y acabé cortando con él. —Sentía una de

la venas de mi cuello latiendo con fuerza, como si mi cuerpo expresara de ese modo la rabia contenida.

—¿Te acordabas de tu ex cuando estábamos juntos? —frunció el ceño ligeramente molesto.

—No, me acordaba de que hasta hace un par de meses mi idea era mantenerme alejada de los hombres precisamente por el daño que me había hecho él. Y ayer que había tomado la decisión de hablar contigo, para aclarar mis sentimientos, llegó Cecilia con un cuchillo y destrozó mi coraza. Por eso no te di ninguna respuesta durante la

fiesta aunque al ver que las circunstancias se precipitaban, me he lanzado a la piscina. Me alegra que estuviese llena de agua y no haberme dado un porrazo.

—Estando conmigo ya no necesitas ninguna coraza, Ainara —me aseguró.

—Una parte de mí quiere creerte, pero la otra necesita que las cosas se demuestren con hechos y no con palabras para que yo pueda volver a recobrar la confianza. No en ti, si no en mí misma —aclaré con voz pausada. Todavía desnuda, me subí a horcajadas sobre su cintura, evitando tocar *la zona*

peligrosa para no despertar tentaciones otra vez—. Ten paciencia, por favor.

—¿Por qué? ¿Vas a atarme y no encuentras cuerda? —Me guiñó un ojo, dándome a entender que no había problema y se removió nervioso bajo mi peso.

Capítulo 21

Dos golpes secos en la puerta interrumpieron nuestra conversación. No tenía pensado ni atarlo ni hacer ninguna de las guarrerías que a Lucas se él pasaban por mente. De eso estaba segura por la cara que puso cuando vio cómo me posicionaba encima de él.

—¿Sí? —preguntó Lucas aclarándose la garganta antes de hablar.

—Siento interrumpir, parejita, pero estoy preparando la cena y me preguntaba si os apetecía comer algo.

Unos huevos revueltos o una tortilla ¿tal vez? —La voz de Reverte sonó curiosa al otro lado de la pared. Me pregunté cómo de fino sería el muro y si habría escuchado lo que había pasado dentro.

—Muy oportuno, tío. —Las tripas de Lucas sonaron ruidosamente ante la mención de comida. Seguramente había regresado exhausto y por mi culpa no había tenido oportunidad de probar bocado.

—Gracias por acordarte de nosotros, Reverte. Ahora mismo vamos y te ayudo a poner la mesa mientras Lucas se da una ducha —contesté

sonriéndole a Lucas, a la vez que terminaba de secarme las lágrimas.

—Empiezo sin vosotros para que os de tiempo a vestiros —Se rio Reverte mientras se alejaba por el pasillo.

Me aparté de Lucas dejándole espacio para recuperarse un poco, intentando asimilar que ahora era mi novio. Habían transcurrido tantos meses desde la última vez que había llamado a alguien así, que la palabra parecía atragantarse en la punta de mi lengua. Aun así sonaba tan bien...

—Estás en Babia, Ainara. —Los ojos verdes de Lucas se clavaron en mí,

burlones, mientras se dirigía al armario en busca de un pijama y una muda de ropa interior.

—No, estoy en tu dormitorio y ahora mismo me voy a la cocina. Te veo en el salón —contesté recuperando mis prendas, que habían acabado esparcidas por la habitación.

Le saqué la lengua y me di una carrerita tratando de localizar a Reverte. Estaba entre los fogones y para alegría mía, ya estaba vestido. Se movía con maestría entre botellas de aceite, patatas ralladas, tarros con especias, espinacas y huevos. Lo tenía todo dispuesto para

hacer la tortilla.

—¿Los vasos y cubiertos? — pregunté intentando dar con el lugar en el que los guardaban.

—Detrás de ti. — Señaló un mueble que estaba a mi espalda, a la altura de mi cabeza.

Saqué todo lo necesario y me lo llevé hasta la mesa negra del comedor. Vi un par de velas aromáticas en el mueble del recibidor y decidí usarlas como centro, esperando que no me diesen ninguna queja. Al fin y al cabo, yo acababa de llegar allí y aún no era segura mi estancia en el piso.

Necesitaba ganarme al compañero de Lucas y convencer a este de que no iba a suponer ningún problema: le hablaría del dinero que tenía guardado. No iba a quedarme por la cara, sin pagar ni un céntimo por mi permanencia.

—A esto le quedan cinco minutos. ¿Duermes aquí entonces? —me dijo Reverte dándole la vuelta a la tortilla. Pulsó el botón del extractor para hacer que el humo de la sartén se evaporarse lo antes posible.

—Creo que sí, pero no quiero causar molestias. Si a ti no te importa...

—Claro que no, y aunque lo hiciera

que no es el caso, este sitio pertenece a Olivera. No creo que a él le dé por echar a la chica de la que tanto habla. — Sirvió la tortilla en un plato llano bastante grande y comenzó a partirla en trozos triangulares.

—No imaginaba a Lucas hablando de mí, espero que lo haga para bien — comenté, encendiendo las velas con un mechero que había encontrado en la encimera.

—Lleva bastante tiempo hablando maravillas de una chica que conoció en el cine. Enamoradito lo tienes, porque anteriormente no comentaba los ligues

con nadie y ahora solo sabe ponerte por las nubes —razonó tomando asiento delante de mí. Le imité con el mechero aún entre manos.

—Huele que alimenta. ¿Estás seguro de que piensas seguir estudiando Magisterio pudiendo ser chef? —Lucas apareció secándose el pelo con una toalla y olfateando el aire con ansia, se dirigió a Tomás.

—Ya sabes que sí. La cocina es una afición más, junto con la jardinería por eso trabajo en ese negocio por las tardes. Pero sin duda, lo mío es la enseñanza. —Se encogió de hombros

mientras se llevaba el tenedor a la boca.

—Traeré las bebidas, ¿qué queréis? —Mi novio intercedió evitando que nos levantásemos.

—¿Qué tenéis? —Se me había olvidado por completo rebuscar algo en la nevera, no sabía lo que solían tomar allí. Yo con un vaso de agua me conformaba.

—Zumos, refrescos, cerveza, vino... ¿hidromiel? —bromeó dándome a entender que tenían de todo, hasta la bebida de los dioses.

—Me encantaría probar el manjar de los dioses griegos, pero creo que

bastará con un zumo de piña.

—¿Y tú? —Se dirigió a Tomás tras poner la toalla aún húmeda en el respaldo de una silla que estaba vacía.

—Lo de siempre, una cerveza sin alcohol —respondió con la comida a medio tragar. Se dio un golpecito en el pecho para evitar atragantarse.

—Yo me beberé otra, pero por una noche me permitiré coger el puntito. — Se acercó a la nevera mientras hablaba y volvió al cabo de unos segundos cargado con las botellas.

La cena fue distendida, charlamos animadamente y tuve oportunidad de

conocer un poco más a Reverte. Era fácil congeniar con él y estaba segura de que en un futuro me llevaría bien excepto si seguía paseándose en paños menores por las zonas comunes. Escuché *Por una cabeza* y disculpándome, salí disparada hacia la habitación. Atendí la llamada con la mayor premura posible.

—¿Dígame?

El número no se reflejaba en la pantalla de mi teléfono. Esperé la respuesta al otro lado de la línea, mirando por la ventana distraída. Empezaba a acercarse una tormenta y había varias nubes en el cielo.

—Ainara, soy Jota. ¿Está Andrea contigo? Llevo todo el día intentando localizarla, pero no sé dónde se ha metido.

—Hola Jota. No, no sé dónde está. Pensaba que Andrea estaba en tu casa. La última vez que la vi fue cuando nos despedimos después de la fiesta. Yo me he que marchar de la residencia después de que ocurriera algo relacionado con el acosador. Y allí no estaba cuando me fui, es más al ver que no contestaba al móvil di por hecho que seguía en tu casa, durmiendo. Yo estoy pasando la tarde en otro lugar, siento ser tan

crítica pero por seguridad no puedo decirte.

—No te preocupes, lo comprendo y espero que estés a salvo. Lo que no me mantiene en vilo es Andrea. Me he pasado por la biblioteca, por si se había quedado por allí haciendo alguna tarea para clase y ni rastro. Y mi piso tampoco lo ha pisado desde hace al menos medio día. Además su teléfono me aparece apagado todo el rato y no se conecta a ninguna red social.

—¿Ninguno de sus compañeros de clase la ha visto? —Mi preocupación comenzó a incrementarse. ¿Dónde

podría haberse metido? Era extraño en ella que siempre estaba visible.

—Nadie y eso es lo que me hace pensar que ni si quiera ha estado allí. No la han visto en todo el curso, para ser más exacto.

—¿Cómo dices? —Me apoyé contra el dosel de la cama intentando asimilar la información. Si no había estado estudiando ¿en qué lugar pasaba las mañanas?

—Lo que oyes, que ni siquiera está matriculada en segundo de Odontología. Pregunté a un chico que conozco y me ha dicho que no la han visto en todo el

cuatrimestre. No sé qué está pasando, pero pinta muy mal. ¿Podrías llamarla a casa de su padre, por si por casualidad está allí? —Me pidió, inquieto.

—Probaré, espero que no sea muy tarde, me da cosa despertar al hombre. Hacemos una cosa, si en media hora no tienes noticias mías es que el padre no sabe nada.

—Hecho, yo voy a seguir buscándola. —Colgó sin mucho ánimo.

Lucas apareció en el dormitorio sin que yo me diera cuenta. Seguramente estaba extrañado por mi tardanza. Le hice señas de que tenía que volver a

llamar y para no interrumpirme y enterarse de qué iba el asunto pasó sus manos por mi cintura y pegó la oreja al teléfono. Lorenzo, el padre de Andrea no tenía ni idea del paradero de su hija y para no inquietarlo más, le dije que seguramente estaría en casa de su novio para que no se preocupase. Era una mentira como un piano, pero hasta aclarar qué estaba pasando prefería no asustarle.

—No tengo ni idea de dónde se ha metido Andrea, pero ni Jota ni yo damos con ella —aduje nada más colgar.

—A ver si se ha entretenido en la

biblio con algún trabajo o algo.

—Eso mismo pensé yo hasta que Jota me contó que ha averiguado que ni siquiera está matriculada este curso. Y por tanto no sabemos a qué dedica su tiempo ni por qué no aparece ahora. Tengo que ir a buscarla —contesté cogiendo mi bolso que estaba encima de una de las maletas.

—¿A dónde?

—No lo sé, por ahí. Será mejor que de un rodeo y la localice por si acaso está dando una vuelta. Algo raro pasa y espero que no guarde relación con quien quiere hacerme daño. No me lo

perdonaría.

—Te acompaño, tú no vas a ningún sitio sola. Al menos hasta que sepamos que está pasando. —Se calzó las zapatillas de deporte y empezó a andar por el pasillo buscando las llaves y una cazadora.

—Vale, pero yo conduzco. Estás muy cansado hoy como para tener que estar pendiente del tráfico. Además, has bebido un par de cervezas y como nos pille la Guardia Civil en un control de alcoholemia y dé positivo, la liamos.

—¿Me estás pillando las llaves del coche el mismo día que te vienes a vivir

a mi casa? Nena, tú sí que vas rápido. Espero que no me vayas a pedir matrimonio mañana. —Se burló mientras sostenía la puerta abierta para mí.

Negué con la cabeza con las mejillas completamente arreboladas. Mientras cruzaba la cocina me di cuenta de que Reverte no estaba por ningún sitio y de que el lavavajillas estaba puesto funcionando a buena velocidad.

Con el tema de la llamada había puesto la mesa, pero no la había quitado y no podía evitar sentirme mal. Pero mi prioridad principal era encontrar a mi

mejor amiga y algo en mi interior me decía que no iba a ser una tarea fácil. No con alguien vigilándome de cerca durante semanas que podría haber hecho lo mismo con ella, siguiendo todos sus pasos mejor que las personas que de verdad la conocíamos. Y eso me asustaba más que si hubiese tratado de hacerme daño a mí.

El coche de Lucas estaba aparcado cerca por lo que no tuvimos que caminar mucho una vez que salimos del edificio. Lo divisé fácilmente puesto que el rojo del que estaba pintado era de la misma tonalidad que mi pijama de Minnie

Mouse. Cosas del destino, supuse. Pulsé el botón de la llave y el seguro automático de las puertas se quitó. Subí al Corsa y lo primero que hice fue ajustar el asiento y los espejos para poder conducir con comodidad. Cuando me hube asegurado que ambos teníamos el cinturón puesto, puse la llave en el contacto y arranqué. Lucas tenía la radio encendida, pero yo no podía circular con la cabeza como loca y música sonando por los potentes altavoces que tenía en el maletero, así que la apagué nada más escuchar las primeras notas musicales. Encendí las luces y pisé el

embrague a fondo después de quitar el freno de mano. Puse la primera marcha y aceleré con suavidad. No se lo había dicho a Lucas, pero hacía meses que no conducía por ciudad, a causa de la medicación. Era algo peligroso hacerlo ligeramente sedada porque corría riesgo de quedarme dormida al volante pero esa noche tenía que hacer el esfuerzo. Por eso mismo, no me había tomado la medicación a pesar de ser consciente de que me correspondía hacerlo. Un pequeño sacrificio necesario para encontrar a Andrea.

Empecé a callejear por Sevilla y

vista de noche, me pareció la ciudad más bonita del mundo. Había viajado a otros sitios, conocido otras culturas pero nada se igualaba a aquel lugar en el que había crecido. Y por el que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar: bordeé la orilla del río, mirando los sitios por los que los jóvenes solíamos reunirnos para beber y estar con los amigos. Pasé por los garitos de la calle Betis en el barrio de Triana, pero ni Lucas ni yo fuimos capaces de dar con ella. Ni siquiera estaba por las discotecas de la Avenida de la Palmera.

—¿Se te ocurre algún sitio más? —

le pregunté a Lucas exasperada, mientras me frotaba las sienes estando parados en un semáforo.

—Si te soy sincero, no. Hemos mirado por todas partes y parece que a Andrea se la ha tragado la tierra.

—Dime algo que ya no sepa, por favor —supliqué, falta de ideas.

—¿Tenéis algún amigo en común con el que pudiera estar? —me interrogó Lucas mientras jugueteaba con el llavero de Snoopy.

—¡Matthew! Por qué no había caído antes. —Me golpeé la frente ante mi falta de imaginación. Con lo obvio

que era...

—¿Podría estar con ese? — preguntó arrugando la nariz, apoyando uno de los pies en el salpicadero. Estuve tentada de reñirle por ensuciar el coche hasta que me acordé que era el suyo, y no el mío.

—Tú apenas le conoces, no hables tan despectivamente de él. Si Andrea es mi alma gemela en femenino, se podría decir que Matthew es la masculina. Pero tranquilo, hablo en términos de amistad y jamás lo miraría con otros ojos — aclaré, parecía un poco celoso respecto a Matthew y no pude evitar sonreír por

lo equivocado que estaba.

—¿Y cómo podría estar Andrea con él sin ninguno de los dos haberte avisado? Lo lógico sería que te lo hubiese dicho, más si iba a ausentarse tanto tiempo.

—No lo sé, pero se acerca mi cumpleaños y lo único que se me ocurre es que estén organizando algo a mis espaldas para sorprenderme. ¿Pero por qué dejarían a Jota fuera? Vale que no nos conocemos tanto, pero es raro de narices —divagué en voz alta, a la vez que le tendía el móvil y añadía—: Busca su número en la agenda y pon el manos

libres.

Al cabo de tres señales se escuchó un ruido al otro lado de la línea.

—Nara, mi niña, ¿ocurre algo?, ¿ha vuelto a molestarte Cecilia? Si necesitas algo respecto a ella solo tienes que decírmelo, pero preferiría que lo hicieras en clase —bostezó, pues seguramente le acababa de despertar.

—Matthew, estoy con Lucas dando una vuelta por Sevilla. ¿Por casualidad sabes algo de Andrea? —Intenté no mostrarme nerviosa a pesar de que me temblaban las manos. Por suerte, él no podía ver eso.

—No, la última conversación la tuvimos por WhatsApp, hablando de ti precisamente. Pero ¿por qué? ¿Ha pasado algo que deba saber?

La noticia de que tampoco estaba con Matthew me cayó como un jarro de agua fría. Eché el coche a un lado en una calle más o menos tranquila y puse los cuatro intermitentes, sin apagar el motor.

—No tenemos noticias de ella desde hace horas. Ni su padre ni su novio saben dónde está y por la residencia no ha pasado. Mucho menos por la facultad, ya te contaré. Estamos como locos buscándola.

—Me visto ahora mismo y voy. ¿En qué zona os encontráis? —De repente parecía mucho más despierto que al inicio de la conversación.

—No te preocupes, estamos en el coche de Lucas, paso yo a por ti. ¿Quedamos en el Centro Comercial Plaza de Armas? Tardaré como mucho unos quince minutos en llegar —sugerí.

—Hecho, no tardes por favor, estoy muy preocupado. —Le escuché bostezar un par de veces mientras hablaba—. Cogeré el próximo bus que pase por aquí, intentaré ser lo más rápido posible.

—No eres el único preocupado. A la vuelta también deberíamos recoger a Jota. Juntos podemos hacer más que si va cada uno por su lado, en completo desorden.

—Tienes toda la razón. Voy por la mochila. Nos vemos a la entrada del aparcamiento del centro comercial.

—Hasta ahora —contestamos Lucas y yo al unísono.

Apreté el acelerador pues mientras menos tiempo perdiésemos mejor. Lucas mientras tanto puso mi teléfono en carga en el mechero del coche gracias a un adaptador que tenía en la guantera.

Capítulo 22

Había escuchado muchas veces la expresión «tres en burro», pero hasta ese momento no le había dado significado. Si cambiaba tres por cuatro y burro por coche, eso era lo que parecíamos Lucas, Jota, Matthew y yo. Durante varias horas más, nos habíamos turnado para conducir. Al final había caído en un estado de nerviosismo incontrolable y le había cedido el volante a Jota. Sentía que mi cabeza daba vueltas, tenía la vista nublada y me

sudaban las manos de forma vergonzosa. A eso había que sumarle el ya conocido aleteo de mi corazón. Si un colibrí podía mover las alas ciento cincuenta veces por minutos, mi corazón no se quedaba atrás a la hora de latir.

Lucas, que se había pasado al asiento de atrás para hacerme compañía, me pasó un brazo por encima de los hombros al ver que no podía parar quieta.

—Tranquilízate, seguro que aparece —me susurró al oído.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si le ha pasado algo más grave de lo que

pensamos? Esto no puede ser casualidad, no cuando están pasando tantas cosas raras.

—¿Vamos a la residencia? A lo mejor se ha colado en cualquier fiesta, se ha quedado sin batería y está apareciendo por allí ahora. Últimamente le ha dado por beber los fines de semana y siendo hoy sábado, lo más probable es que sea solo un susto. En cuanto la pille... —Jota habló intentando tranquilizarme, pero parecía que se estaba autoconvenciendo de las palabras que decía.

—Sí, buena idea. Espero que mi

niña esté ya por allí —contestó Matthew, ajustándose un gorro de lana gris a la cabeza. Tenía la nariz enrojecida por un resfriado que había pillado y no paraba de bostezar cada pocos minutos.

—Todos lo esperamos —corroboré, contemplando cómo los árboles del acerado parecían desdibujarse a medida que el vehículo ganaba velocidad.

Enfilamos la calle previa a la Plaza del Museo con el silencio instaurado entre nosotros, como si sintiéramos que algo no iba bien. Cuando vi las luces de

la sirena de una ambulancia parada frente a la residencia, perdí la vista durante un minuto. Las piernas me flaquearon y aún no me había puesto de pie, no sabía si acabaría por los suelos cuando Jota detuviese el coche.

—¡Andrea! —gemí desesperada mientras me apeaba y echaba a correr por la acera.

Me volví para comprobar que Lucas y Matthew me seguían los talones. Jota en cambio caminaba lentamente con la cara desencajada de puro pánico. Temiendo lo que justo yo estaba imaginando. Saqué las llaves de la

residencia por si era necesario entrar, pues aún no se las había devuelto a las hermanas, pero vi que no fue preciso. El portal estaba abierto de par en par y había dos agentes de policía hablando por el *walkie*. Reconocí a la mujer que me atendió el día que fui a poner la denuncia, pero no sabía quién era el otro agente. Poco me importaba hasta no saber qué estaba pasando.

—No se puede entrar —me dijo la mujer policía, haciéndose a un lado para dejar paso a un enfermero moreno, que corría con un maletín en la mano.

—Soy estudiante de la residencia.

—Saqué el pase identificativo de mi monedero para intentar demostrar que no mentía.

—Sí es así, será mejor que no vea eso. Han encontrado a una chica en muy mal estado, los médicos están tratando de salvar su vida.

Ignorando las protestas de los agentes y de Lucas que me sostenía por el brazo tratando de retenerme, me colé por debajo del cordón policial y corrí como alma que lleva el diablo. La escena que encontré en el comedor fue sencillamente dantesca. El suelo estaba manchado de sangre y el cuerpo de una

chica estaba tapado de cintura para abajo. Un médico estaba tratando de hacer la reanimación cardiopulmonar, pero no parecía tener mucho éxito, pues la chica en cuestión seguía sin moverse y el monitor al que estaba conectada no marcaba latido. Intenté asomarme, para verle el rostro con claridad, pero varias figuras me tapaban. Había bastantes compañeras allí, llorando y dándose consuelo entre sí por lo que había pasado. Algo que no alcanzaba a comprender, para mí todo era caos y confusión.

—Decidme que no es Andrea, por

favor —exclamé acercándome a Tamara e Irina, que trataban de sostenerse en pie apoyadas contra la pared que tenían detrás.

Sus rostros, blancos como una pared, no ayudaban a desvelar qué estaba ocurriendo. La única certeza que tenía es que ya era de madrugada y Andrea podía ser la chica que se debatía entre la vida y la muerte en el suelo, unos metros más adelante. Jota que estaba detrás de mí, me agarró fuerte la mano, esperando alguna respuesta. Una respuesta que no llegaba porque el médico interrumpió los hipidos y

lamentos certificando la muerte de la muchacha.

—¡No! ¡No puede ser!, ¡Andrea no puede estar muerta! —Las lágrimas calientes se abrieron paso por mi cara mientras me aproximaba a los médicos que estaba cubriendo el cuerpo con una manta térmica, seguramente para conservar el cuerpo a la espera de la llegada del juez.

«Muere joven y deja un cadáver bonito» me acordé de la frase de James Dean que Andrea solía decir para darme a entender que tenía que disfrutar más del momento. Ahora ella había seguido

los pasos del actor sin ni siquiera haberme dado la oportunidad de despedirme, le habría dicho tantas cosas... Lo más cercano a eso eran las palabras de agradecimiento que le había dicho en la fiesta.

—Niñas, será mejor que subáis a las habitaciones, esto no es algo agradable de ver. —La Madre Superiora, intentando contener la cara de pena, tomó el control de la situación y mandó a mis compañeras a los dormitorios. Dudaba de que alguna pudiera dormir. Al reparar en mí preguntó—: ¿Qué haces aquí, Ainara?

¿No te habías marchado?

Asentí con la cabeza mientras intentaba buscar una explicación, pero tenía la garganta seca y era incapaz de hablar nada con coherencia. Jota habló por mí, mientras Lucas y Matthew (que también se habrían saltado las barreras policiales) hacían lo posible por mantenerme de pie.

—¿Es Andrea? ¿Qué le ha ocurrido, hermana? Yo... soy... era... su novio. —La voz se le quebró al cambiar la frase de presente a pasado.

Un mechón de pelo se le soltó de la coleta dándole un aspecto más

desaliñado de lo usual, si es que era posible. Mi mente no estaba preparada para oír la respuesta a pesar de saberla, por lo que cuando el desmayo llamó a mi puerta, decidí abrirle y dejarme arrastrar por él.

Desperté sin saber cuánto tiempo había transcurrido, pero un estado de calma me invadía. Me di cuenta de que estaba en una camilla cuando el enfermero del maletín se aproximó hasta mí y me tomó el pulso mirando su reloj.

—Te encuentras mejor ¿verdad? —
Sonrió amablemente, colocándome un algodón con un apósito en el brazo.

—Sí, pero no sé qué ha ocurrido.

—Estaba confusa, todo me daba vueltas.

—Tranquila, solo te has desmayado por la impresión. Está todo bien, te hemos administrado un sedante y ahora debes descansar. —Dulcificó la voz como si estuviese hablándole a una cría de seis años a la que tenía que darle una mala noticia.

De repente me acordé. Andrea. Andrea estaba muerta. Intenté incorporarme aunque mis reflejos estaban lentos, pero Lucas me sujetó y obligó a volver a tenderme.

—No te muevas. —Me apretó el

brazo fuertemente, cuando los médicos pasaron por mi lado empujando otra camilla parecida a la mía que portaba una bolsa negra en cuyo interior...

—¿De dónde sales? No te he visto aparecer. —Me obligué a no seguir mirando par no desmayarme de nuevo.

—He estado aquí, a tu lado todo el tiempo. Respira, no es ella. —Contrajo las facciones en una mueca, parecía ligeramente alterado.

A una parte de mí le invadió el alivio pero la otra estaba más confusa, si era posible. El pinchazo me estaba empezando a hacer más efecto de la

cuenta y los ojos empezaban a cerrárseme.

—¿De quién se trata? La persona que ha muerto, ¿quién es? —pregunté con las pocas fuerzas que me quedaban.

—Es Ceci, Cecilia ha sido asesinada.

No era Lucas quien habló, ni siquiera Jota que apareció con restos de lágrimas en los ojos, una vez pasado el susto inicial. Tampoco Matthew, que lucía la misma cara de mosqueo que mi novio. El que me comunicó la muerte de Cecilia con la voz ligeramente quebrada fue Fernando. Mi ex novio.

La última persona que esperaba encontrar allí, la que menos quería que me viese en ese estado, desecha y alterada. Pero la vida a veces hacía que las cosas sucedieran justo cuando no querías. Giré la cabeza en su dirección y me di cuenta que solo sentía lástima por él, ya no le guardaba odio alguno. Y más aún por Cecilia, cuyo destino había resultado ser nefasto.

Abrí la boca para hablar, con intención de darle a Fernando el pésame al menos, aunque no mereciese una palabra mía; pero no tuve ocasión de decir nada. Lucas me cogió en brazos y

me sacó en volandas de la zona común mientras Matthew sostenía las llaves del coche y Jota llevaba mi bolso. Parecía que se habían puesto de acuerdo en algo, pero no era capaz de discernir el qué. Subí al asiento de atrás del coche y Lucas se puso al volante, teniendo de copiloto a Jota y dejando a Matthew sentarse atrás, conmigo. Seguramente el plan era dejar a mis amigos en sus casas y después regresaríamos a su piso.

—¿Qué hora es y cómo es posible que Cecilia esté muerta? ¿Se sabe algo de Andrea? —pregunté saltando de un tema a otro sin orden ni concierto. Si no

lo decía a borbotones no iba a ser capaz de preguntar todo lo que quería.

—Son las cinco de la mañana, no tenemos noticias de Andrea, pero ya hemos informado a la policía y estamos a la espera —intercedió Lucas antes de que alguno tuviese oportunidad de quitarle la palabra—. Respecto a Cecilia, alguien la ha matado a sangre fría. Le han abierto el cráneo y ha muerto de forma instantánea. Ya viste que hicieron lo posible por reanimarla, pero no había forma, las lesiones eran demasiado graves.

—¿Ha sufrido? —inquirí con un

hilo de voz.

Me caía muy mal, especialmente desde que había descubierto que había sido la causante de mis desgracias, pero de ahí a desearle la muerte había un gran trecho. Nadie merecía morir de aquella forma por muy mal que se hubiese portado en vida.

—No, se ha ido rápido. Ya viste que los sanitarios intentaron hacer lo posible, pero no había modo. Cuando el Samur recibió la llamada, Cecilia llevaba al menos media hora muerta — respondió Lucas.

Me llevé una mano a la boca

horrorizada por lo que estaba pasando. Principalmente porque era mi culpa si habían tratado de hacerle daño precisamente en ese lugar. A lo mejor el asesino venía a buscarme a mí, se había topado con ella y la había quitado de en medio. Lucas paró el coche al lado del piso de Jota y este se apeó despidiéndose con un murmullo apenas audible. Matthew también se bajó, no sin antes acariciarme la mejilla tratando de darme ánimos.

—Me quedo aquí —se despidió arrugando la nariz y tirando de su gorro de lana para resguardarse del frío de la

madrugada.

—No me importa acercarte a casa
—intercedió Lucas.

—Lo sé, pero Jota se ha ofrecido y tú debes de llevar a mi querida Nara a descansar. La pobre está fuera de combate ahora mismo.

Después de unos cuantos rodeos, acabamos frente al parque María Luisa dejando el coche bien estacionado y cerrado, sobre la acera. Subí las escaleras del bloque a trompicones, con la mayoría del peso del cuerpo apoyado en Lucas, que hacía auténticos malabares para evitar que besara el

suelo o tirase mi mochila.

Las lámparas del recibidor y del comedor estaban completamente apagadas, únicamente teníamos un resplandor proveniente de una pequeña luz que había encima de la encimera.

—No te veo, Lucas. Y necesito verte porque mi vida ahora mismo es negra —hipé como si estuviese en medio de una borrachera. El sedante que me habían puesto debía de ser fuerte porque solo recordaba haber estado así una vez.

—Estoy aquí, siempre. Si no me ves cierra los ojos fuerte. —Hice caso

con un leve mareo empujándome hacia los lados. Oscilaba como una peonza, pero sus manos me contuvieron justo a tiempo—. Si no me ves, con que sientas mi presencia será suficiente.

—Gracias —murmuré mientras nos encaminábamos a su cuarto. Pero no nos dirigimos ahí sino a la habitación contigua, que resultó ser el cuarto de baño.

—¿Por qué? —cuestionó mientras me sentaba en la taza del retrete y abría el grifo de la bañera.

—Por aparecer en mi vida para volver los momentos amargos en lo más

dulces. Por aceptarme en tu apartamento con los ojos abiertos y en la misma noche acompañarme a buscar a mi amiga desaparecida. Por ser mi guía por los rincones ocultos de Sevilla y estar dispuesto a darme un paseo por el Guadalquivir en un catamarán aunque el plan puede que se haya visto interrumpido por las circunstancias. Pero sobre todo por conseguir que me vuelva a enamorar de nuevo. Nunca creí que volvería a tener este sentimiento maravilloso y tú me lo has devuelto, aunque no sea el instante más oportuno prefiero decírtelo ahora y no en

cualquier momento, que pueda ser tarde. Te amo, Lucas Olivera. Desde el momento en el que nos cruzamos en el cine algo me gustó de ti, y a medida que te he ido conociendo me he ido colando por ti. Pero especialmente lo he comprobado cuando me sacaste de la camilla en brazos hace un rato, frente a las narices de mi ex. Ahí te quise especialmente porque me di cuenta de que Fernando ya no significaba nada para mí, que ya había conseguido borrar cualquier sentimiento de amor por él. Tú me has robado este corazón que late más rápido de la cuenta la mayoría de los

días y solo tú me estás ayudando a salir adelante. Te amo 3,14159...

—¿3,14159? —preguntó bloqueado ante mi declaración.

—Es el principio del número Pi, del que se conocen muchos decimales, pero no todos los posibles. Este amor que siento por ti es solo el comienzo, no tiene límites. Es infinito —confesé.

Lucas parecía abrumado por la cantidad de información que había soltado en el discurso, y decidí darle unos minutos para que lo asimilara. Yo misma estaba alucinando al darme cuenta de que había sido capaz de juntar

una palabra con otra.

—Te amo, desde el primer día que te vi y lo sabes. Y te amo más cuando decides abrirte y contar lo que pasa por aquí dentro. —Me puso una mano en el pecho, a la altura del corazón—. Te amo tanto, que te volvería a hacer el amor aquí mismo una y otra vez hasta el amanecer, pero sé que no estás en plenas facultades y voy a esperar que la tormenta pase. Porque ten por seguro que no vas a superarla sola. Aquí me tienes, siempre que me necesites.

Al cabo de unos minutos, la estancia se llenó de vahó empañando los

cristales de las ventanas y el espejo. Parecía que estaba en una nube y lo único que me mantenía atada a la realidad era la voz de Lucas pidiéndome que me desnudara.

—¿Qué dices de desnudarme y hacerme el amor? No me mires, que no estoy en condiciones —atisbé a decir mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, en modo autodefensa. Sabía que no iba a pasar nada más, pero no entendía por qué quería que organizase una especie de *striptease* improvisado. Faltaba la música de *Nueve semanas y media* de fondo mientras Lucas

empezaba a deshacerse de mi blusa.

—Ni se me va a ocurrir mirar aunque ya te lo he visto todo, pero necesitas un baño y dormir. Quítate las braguitas y el sujetador, te ayudaré a meterte en la bañera y te traeré una muda de tu ropa interior para que te cambies —aseveró mientras me ponía una toalla alrededor y miraba fijamente los azulejos, aguantando la risa.

En el fondo tenía razón, nos habíamos visto absolutamente todo. Podría enumerar de memoria los lunares que tenía su cuerpo...

Me desvestí con la mirada fija en

él por si acaso se le ocurría hacer algún movimiento, pero Lucas siguió impertérrito mordiéndose el labio con impaciencia y procuró no mirar, al menos no hacerlo de forma descarada. Aunque un par de veces vi cómo sus ojos verdes se clavaban en ciertas zonas de mi anatomía. Completamente desnuda, apilé las prendas en el suelo de forma que el sujetador y las braguitas quedasen cubiertos por el resto. Tomé la toalla y me tapé con ella.

—Ahora vuelvo. Llamaré antes de entrar, ya que te has vuelto pudorosa de repente. Si te mareas o algo grita y

entraré sin importarme lo transparente que sea el agua. —Sonrió a medio lado y se fue.

Me sumergí en la bañera y agradecí la puntería que había tenido Lucas con la temperatura. Estaba caliente, pero no hasta el extremo de tener que abrir el agua fría para compensar, algo que ocurría mucho en el cuarto de baño de la residencia. Había echado un gel con olor a coco que en cuanto lo removí un poco formó una espuma impresionante. Daba gusto permanecer allí. Lo hice hasta que los dedos de mis pies empezaron a arrugarse. Tomé una toalla

blanca enrollándomela alrededor del cuerpo y volví a sentarme en la taza del retrete, a la espera de Lucas. Me notaba algo más despejada, pero seguía necesitando dormir aunque fuese unas horitas, desconectar la mente y el cuerpo por completo.

Un suave golpe en la puerta me despertó de mi ensimismamiento.

—¿Sí? —No le dije que pasara por si era Reverte paseándose por allí con sus calzoncillos.

—Soy yo, ¿has terminado? —Asomó la cabeza más rojo que un tomate.

—Estoy visible y más despierta, gracias. —Me adelanté a coger lo que llevaba entre manos, pero quise ir tan rápida que acabé pisando la toalla, quedándome sin nada ante sus ojos, que me escrutaron con avidez.

—Mierda —murmuré dándome la vuelta, avergonzada.

La toalla había quedado completamente empapada por el agua que había derramado fuera de la bañera al salir de la misma. Intenté buscar otra, pero no fui capaz de averiguar dónde las guardaba. Seguramente dentro de uno de los tres muebles que decoraban la

estancia, pero mientras más me moviese, más expuesta iba a estar.

—Aquí —susurró contra mi oído.

Lucas me ayudó a ponerme un conjunto de ropa interior y me pasó por la cabeza lo que parecía ser su ¿camiseta? Pasé los brazos por las mangas y no le impedí que siguiera desenrollando la tela a pesar de que podría haberlo hecho yo. Sentí sus manos descender por mi pecho para luego bajar hasta la cintura y desaparecer finalmente no sin antes darme una leve caricia entre las piernas. Aquel contacto me hizo cerrar los ojos.

—No encontré tu pijama, así que puedes dormir con mi ropa.

Me di la vuelta hacia él con los mechones de pelo cayendo húmedos sobre mis hombros. Con los rizos mojados daba el efecto de tener la melena mucho más larga de lo que era. Una vez me los secaba y aplicaba gel fijador, volvían a la altura de siempre.

—Así está bien, gracias. Debo de haber dejado el pijama en la cesta de ropa para lavar de la residencia. —Hice una mueca, disgustada al recordar lo que había ocurrido allí hacía poco tiempo después de que hubiese tomado la

decisión de marcharme.

—He dejado tu neceser sobre el lavabo. —Su mirada se ensombreció mientras seguía recorriéndome de arriba abajo con una lentitud que me hizo sonrojar.

—Voy a secarme el pelo —susurré tras divisar un secador encima de un estante.

—Te espero en la habitación. — Tal como lo dijo, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Me reuní con él al cabo de unos minutos, temblando de arriba abajo. Lo encontré tumbado en la cama con la

colcha cubriéndole hasta la cintura. Tenía la luz de la mesilla encendida y leía con atención una revista deportiva. Había caminado descalza hasta allí por lo que mis pies estaban helados cuando me metí en la cama y me tapé prácticamente hasta el cuello. Y eso que la habitación era la que estaba al lado y apenas tardaba treinta segundos en llegar.

—¿Qué haces? —dijo riéndose mientras apoyaba la revista contra su pecho, de forma que quedó abierta por la última página que había leído.

—Tengo frío —murmuré como

pude con los dientes castañeándome sin cesar. Me arrebujé entre las sábanas buscando la postura correcta para dejar de temblar.

—No me dio esa sensación en el cuarto de baño, pero te perdono porque te han pinchado. —Sacó la lengua y volvió a retomar la lectura, divertido.

No pude evitar enrojecer ante la insinuación, así que contraataqué.

—Creo que no era la única que lo estaba pasando un poquito mal. —Bostecé dejándome caer contra la almohada.

—Duérmete y deja de decir

tonterías. —Me dio un beso en la frente, como deseándome las buenas noches. Aunque con la hora que era, las siete según el reloj que pendía encima de su escritorio, mejor sería haberlo catalogado con uno de buenos días.

—¿Lo estás negando? —ironicé mientras me mordía el labio. Los ojos volvían a cerrármeme, Morfeo me estaba llamando.

—¿Cómo podría? Hay cosas que se notan. —Enarcó las cejas de forma significativa mientras apagaba la luz y se tumbaba a mi lado, haciendo que mi trasero quedase pegado a su entrepierna.

Y tanto que se nota, pensé.

—Me voy a quedar dormida en breve —advertí.

—Dulces sueños, nena. —Pasó su brazo por mi cintura y dándome un beso en la coronilla nos dormimos hasta horas más tarde. Los móviles de ambos permanecían cerca de nosotros por si en algún momento había novedades de Andrea. Mi penúltimo pensamiento antes de caer rendida fue precisamente para ella. El último fue para Cecilia, deseando desde lo más profundo que descansase en paz.

Capítulo 23

Un zumbido me golpeaba los tímpanos de forma incesante. Rodé en la cama tratando de apagar esa molesta sensación pero no podía. No era un problema de mis oídos, era la cabeza entera la que parecía estar a punto de estallarme. Abrí los ojos violentamente cuando a mi mente acudieron todas las imágenes de lo ocurrido la noche anterior. Di un brinco aterrorizada al encontrar la cama vacía ¿y si a él también le había ocurrido algo? El

corazón comenzó latir contra las costillas como si fuera un coche de Fórmula 1 que no llevaba frenos.

Lucas apareció portando una bandeja de madera llena con una jarra de zumo, vasos de cristal, cruasanes y tostadas. También había una taza con leche y lo que parecía ser café descafeinado.

—Huele que alimenta —gemí mientras me destapaba y ponía en cuclillas sobre la cama.

La camiseta de Lucas volvía a tener mensaje «No soy virgen..., pero hago milagros», y su particular fragancia a

Hugo Boss llenaba por completo la estancia.

—Buenos días, bonita. No sabía muy bien qué te apetecía y como eres mi invitada de honor te he traído de todo un poco. —Sonrió, pero la felicidad no le llegaba a los ojos.

—No era necesario, podía ir al comedor y desayunar con vosotros. —Estaba segura de que él y Tomás ya habían comido algo antes de que apareciese por su cuarto.

—Bobadas, ¿para qué levantarte pudiéndote quedar aquí repantigada? —Se acercó depositando la bandeja en la

cama. Tenía el pelo ligeramente engominado, peinado hacia atrás y se había retocado ligeramente la barba de un par de días.

—Lo voy a manchar todo —me excusé dándole un mordisco al cruasán deteniéndome unos segundos para paladear su sabor. Estaba relleno de chocolate y eso me daba un buen chute de energía.

—Se recoge, no hay problema. — Mi recién adquirido novio nunca veía el lado malo de las cosas. Quizás ese era otro de los motivos por el cual había conseguido quererle tanto en tan

poquísimo tiempo que hacía que nos conocíamos.

—Delicioso. —Le di un sorbo al descafeinado y volví a hincarle el diente al dulce.

—Tenemos novedades —espetó al cabo de unos minutos, mientras se cruzaba de brazos. Reconocí esa postura de otras veces y me puse sobre alerta.

—¿Noticias sobre Andrea? —Dejé la taza sobre la bandeja a la espera de una respuesta positiva sobre el tema. En el fondo no estaba muy esperanzada.

—No, más bien algo que ha hecho tu ex. —Arrastró las palabras con restos

de rencor. Suerte que no se conocían más allá del encuentro fortuito porque estaba segura de que no se hubiesen soportado. Eran como el día y la noche.

—¿Qué pinta Fernando aquí? —

Aquello no cuadraba. Estando involucrado él, no podía querer nada bueno. Ya había dejado atrás la careta y mostraba sus intenciones a pecho descubierto sin importarle si estaban bien o mal.

—Ha presentado cargos contra ti

—siseó apretando los puños con fuerza. Lo miré sin verle realmente, pues estaba tratando de asimilar lo que había

ocurrido.

—Debes estar bromeando... ¿Por qué no tenía ni idea de esto?

—No quise decirte nada cuando llegamos, pero ahora debes saberlo. No es ninguna broma, no tengo tan mal gusto. Al verte aparecer por la residencia, Fernando tomó la decisión de comunicar a la policía que tú habías amenazado a Cecilia horas antes de que ocurriese su asesinato.

—Es cierto y Matthew es testigo de lo que pasó. Pero jamás llevaría tal amenaza a cabo —me excusé aunque no tenía motivos para hacerlo. Mi

conciencia estaba más que limpia.

—Sé que tienes coartada y el inspector que se está encargando de esto también. Es el mismo de siempre, parece que no hay otro en la ciudad —se quejó.

—El inspector es muy bueno en su trabajo, la única pega es que estamos ante alguien escurridizo. Pero Robles es fantástico en lo suyo, espero que pueda establecer una línea de investigación.

—Estás descartada como posible asesina, pero si la policía te estaba vigilando con anterioridad, ahora tiene tres pares de ojos más sobre ti —me

explicó con detalle, mientras seguía desayunándome el cruasán. Intenté no prestar mucha atención al hecho de que me estaban acusando para evitar llegar al nivel de afectación de la tarde anterior. Aun así no podía evitar secarme las manos en la camiseta de vez en cuando, porque estaba sudando profusamente por las palmas.

—Lamento la muerte de Cecilia más de lo que nadie puede pensar. Andrea podría ser ella, yo podría ser la que está a punto de ser enterrada en unas horas. —Agaché la cabeza compungida. Dolía demasiado la acusación, aunque

en un primer momento no hubiese querido verla.

Me bajé de la cama y fui directa al neceser, para buscar mis ansiolíticos. Era mejor prevenir, que acabar curando una crisis fuerte. Eso ya lo sabía por experiencia aunque a veces perdía el control sobre mí misma. Di un largo trago al descafeinado para eliminar el sabor amargo de los medicamentos de mi garganta.

—Lo mejor será que el día de hoy tengamos cuidado los ratos que pasemos en la calle. No sabemos quién está detrás de todo esto.

—Por suerte es domingo y no tengo que ir a clase. De todos modos, aunque fuese entre semana tampoco hubiese acudido. —Me aproximé hasta él, que estaba sentado dando vueltas en el sillón giratorio del escritorio.

—Ven aquí. —Me tomó de la cintura suavemente, consiguiendo que acabara sobre sus rodillas—. Tengo una sorpresa para ti.

—Nos vamos a caer. —Vi el suelo más próximo de la cuenta, ya que no cabíamos los dos en el mismo sitio.

—No lo haremos, pero si sucediera, nos levantaremos juntos.

Mira en el armario —dijo apoyando la cabeza en el hueco de mi cuello y trazando una línea de pequeños besos hasta el omóplato.

Cuando me aproximé hasta el armario empotrado y abrí las puertas de par en par buscando lo que se suponía que me iba a sorprender, me quedé estupefacta: la mitad derecha de las baldas estaba vacía. Me había dejado un hueco en su ropero para meter mis prendas. Me estaba dejando también un espacio en su vida, poco a poco, mediante detalles pequeños como ese.

—¿De dónde has salido y por qué

no has aparecido en mi vida antes? — bromeé aproximándome para darle un rápido beso. Se puso de pie para acudir a mi encuentro.

—Eso mismo me pregunto yo todos los días. Puedes deshacer las maletas cuando quieras, mientras tanto tengo que hacer un par de cosas para la facultad y ya estaré disponible para ti lo que queda de tarde.

—¿De verdad piensas que es buen momento para dar un paseo? —pregunté acordándome del plan que tenían previsto para unas horas más tardes—. Después de todo lo que ha ocurrido, no

tengo mucho ánimo...

—Precisamente por eso, necesitamos desconectar los dos. Me voy a poner al lío que mientras antes me quede libre mejor. —Me guiñó un ojo y tomando un par de folios en blanco y un portaminas, se puso a trabajar en su mesa.

Aproveché para deshacer el equipaje con tranquilidad. La mayoría de ropa cupo bien en las baldas que me había dejado libre y el resto, casi en su mayoría calcetines de colores, acabaron en los cajones de la mesita de noche del lado en el que me había acostado.

Aunque ambos éramos conscientes de que mi permanencia allí era temporal, la idea de convivir con Lucas me maravillaba y asustaba a partes iguales. Me llevé la bandeja con los restos a la cocina, procurando hacer el menor ruido posible para dejarle hacer los trabajos de clase con la mayor calma posible.

—Buenos días, Reverte —le saludé mientras tiraba las sobras al cubo de basura y ponía los cubiertos en el fregadero. Estaba metido en la página web de Facebook, charlando por el chat con alguien, según me dio tiempo a vislumbrar al pasar por su lado.

—Hola Ainara ¿qué tal estás? Olivera me ha contado lo que pasó anoche, siento lo de tu compañera y espero que haya noticias pronto sobre tu mejor amiga —comentó levantando la vista del ordenador para prestar atención a mi respuesta.

—Yo también lo espero. Solo lleva un par de días desaparecida y parece que ha transcurrido más tiempo. —Me dispuse a fregar los platos con un estropajo a la vez que charlaba con él.

—Es extraño. Lo que ha ocurrido, me refiero. ¿De verdad no se te pasa nadie por la cabeza que quisiera hacerte

daño y esté haciendo esto?

—Lo cierto es que la única persona que se me viene a la cabeza la volví a ver después de muchos meses, ayer. Y aunque es un cerdo y un capullo con todas las letras, no le veo capaz de hacer esto.

—Por la forma de hablar imagino que te refieres a algún ex. ¿Me equivoco? —cuestionó tecleando sin control. Debía tener una conversación muy interesante.

—Has acertado de lleno. Me puso los cuernos con la muchacha que murió ayer y no contento con eso ha presentado

cargos en mi contra alegando que amenacé a la chica.

—¿Lo hiciste? —Ladeo la cabeza prosiguiendo con su interrogatorio.

—Sí, y le rompí el móvil en un arrebato. Pero de ahí a abrirle la cabeza a sangre fría hay un trecho. —Empecé a secar los vasos de cristal y las tazas con dibujo de súper héroes.

Pasé la mañana charlando con Reverte en el comedor. Después de acabar en el ordenador se encargó de preparar el almuerzo. Según había visto en una pizarra, compartían las tareas a medias y como cocinar se le daba muy

bien, hizo unos espaguetis a la carbonara que olían de forma espectacular. Puse la mesa y mientras Reverte servía la comida en unos platos de pasta azul yo fui a buscar a Lucas. Al entrar en la habitación, me lo encontré hablando por teléfono entre susurros.

—¿Es seguro entonces? —preguntó. Desde esa distancia no podía escuchar lo que le decía su interlocutor, pero no hubo tiempo, ya que Lucas volvió a hablar—. ¿Solo han encontrado el bolso y el móvil? Sí, vale, me quedo esperando noticias tuyas. Gracias Jota.

—Noticias de Andrea —pregunté

exaltada provocando que diese un respingo en el asiento. Se giró en mi dirección con no muy buena cara.

—Han encontrado sus cosas dentro de un contenedor cercano a la residencia. Una señora que iba a tirar la basura escuchó cómo sonaba un teléfono dentro y al recogerlo y encontrarlo manchado de sangre, llamó a la policía.

—¿Pero entonces ella sigue... — No me atrevía a completar la frase. ¿Viva? ¿Muerta? Opté por la otra opción que quedaba—: ...desaparecida?

—Sí, y me temo que el objetivo de alguien es mantenerla secuestrada, pero

no con fines monetarios. Al menos de momento no han tocado ni un euro de su cartera, ni le han quitado las tarjetas de crédito. —Se puso a recoger el material con el que había estado trabajando, mientras me miraba de reojo.

—¿Un secuestro? —grité horrorizada llevándome una mano a la boca—. ¿Alguien la tiene retenida contra su voluntad?

—Es lo que parece, según el rastro que ha seguido la policía, pero el principal motivo no es hacerle daño a ella o su familia. Según Jota ni a él ni al padre de Andrea, con el que ya se ha

encargado de ponerse en contacto, les han pedido rescate —me explicó.

—El objetivo soy yo —murmuré aterrada.

La habitación de repente se volvió lóbrega y asfixiante y deseé salir corriendo de allí sin rumbo fijo, a algún lugar en el que pudiera desconectar.

—¿Cómo dices? No me digas que te vas a culpar de esto porque no pienso dejarte hacerlo.

—Es fácil, Lucas. Si Andrea no fuese mi amiga nada de esto habría ocurrido. Tendría que haberme alejado de todo el mundo cuando ocurrió esto.

Así no cargaría con una muerte y un secuestro en mi conciencia. Si hasta han atropellado al gato de las monjas.

Empecé a llorar sin consuelo y era como una especie de tormenta de finales de verano: con lluvia pasajera, pero que caía de golpe en apenas en unos minutos. Me lancé al pecho de Lucas sin importarme mojarle la camiseta y pasé las manos por su cuello buscando refugio. Decir que me encontraba indefensa era quedarme corta.

—No quiero que te pase nada a ti y aunque me agrade la idea de vivir contigo, será mejor que me marche. No

puedo arriesgarme a que te pase algo a ti o a Tomás —aseveré, acariciándole una mejilla para forzarle a que mirase en mi dirección.

—Eres una compañera de piso malísima. No llevas ni dos días aquí y ya quieres irte. Pues que sepas, Ainara, que no pienso consentirlo. ¿Crees que no me he dado cuenta? Tu familia no sabe mucho de esto. Matthew me dijo anoche, mientras estabas inconsciente sobre la camilla, que se enteró de lo que ocurría de puro milagro porque no habías querido involucrarlo.

—Y es lo mejor. Mientras

estuviese la cosa así, si no me relacionaba con nadie no había peligro.

—No puedes obligar a los demás a que no te cuiden si quieren hacerlo. Andrea siguió a tu lado porque te quería, Jota a su manera parece sentir aprecio por ti y Matthew más de lo mismo. Yo además de querer cuidarte, estoy enamorado de ti hasta el tuétano de los huesos. Sería una cobardía por mi parte dejarte ir solo porque estoy en peligro.

—Pero... —interrumpí intentando buscar una excusa lógica a lo que acababa de decirme. Algún argumento válido con el que rebatirle lo que me

estaba contestando. El problema es que no se me ocurría nada lo suficientemente bueno porque tenía razón aunque yo fuese demasiado cabezota para reconocerlo en voz alta.

—No hay peros que valgan, cómprate manzanas. —se burló echándome un capote.

—El almuerzo está en la mesa, venía para avisarte. —Cambié de tema para intentar dejar de sentirme miserable conmigo misma, pero parecía que lo estaba haciendo todo mal.

—No hay tiempo que perder. No sé tú, pero estoy canino. Si me diesen una

vaca ahora mismo, no dejaría ni las costillas —exclamó frotándose la barriga.

—Me da la sensación de que en lugar de estómago, tienes un pozo sin fondo ahí dentro. Ten cuidado de sacar la cubeta.

Capítulo 24

Lucas, Jota, Matthew, Reverte, Mónica, David, mis padres, Lorenzo y yo participamos en las batidas de búsqueda organizadas por la policía de para tratar de dar con el paradero de Andrea porque habían transcurrido dos semanas y no teníamos señales de ella. Si era un secuestro como se había sospechado en un principio, la teoría comenzaba a perder fuerza al no haber recibido ninguna llamada pidiendo algo a cambio. El dinero quedaba descartado

como móvil por lo que todos estábamos expectantes a la espera de alguna señal. Una señal relacionada conmigo que parecía no llegar nunca y que nos tenía a todos al borde del ataque de nervios.

Estábamos en el apartamento de Lucas y Reverte, tomando algo, con la cabeza en cualquier lado menos allí. La comida transcurrió sin pena ni gloria, charlamos en un tono moderado pero algo enrarecía el ambiente. Probablemente yo no ayudaba metida cada dos por tres en WhatsApp contestando mensajes a mis amigos y a mi hermana. Según Mónica, Lorenzo era

el que peor estaba llevando aquello: ya había pasado por el mal trago de una muerte al enviudar de la madre de Andrea y ahora se arriesgaba a perderla a ella. Para remate, estaba con las manos atadas igual que el resto, ya que no nos habían permitido seguir con la batida de búsqueda por riesgo de que actuaran de nuevo, según me había informado Lucas después de haber tenido una larga charla con Robles. Así que nuestra única alternativa era esperar que el milagro ocurriese.

—¿Novedades? —preguntó

Reverte mientras se sentaba en el sofá

negro y encendía la televisión.

Al despegar los ojos del teléfono vi que Lucas estaba justo a su lado. Habían recogido la mesa y fregado sin que yo no me hubiese dado cuenta de nada. Menudo desastre de compañera de piso me había vuelto.

—No, nada —admití.

—Bien porque yo acabo de recibir un mensaje de mi jefe. —Lucas con cara de mosqueo, miraba la pantalla de su móvil atentamente.

—¿En fin de semana? Se supone que tú solo trabajas de lunes a viernes —espeté haciendo memoria de lo que

me había dicho en una ocasión anterior—. Además en las últimas fechas, no es la primera vez que te obligan a echar horas extras.

—Se suponen tantas cosas.... —Se puso en pie de un salto y fue directo a por su chaqueta que estaba colgada en el perchero del recibidor—. Lo siento, pero tengo que desaparecer durante un rato. Me reclaman para hacer inventario y me temo que no son horas extras más bien horas forzadas.

Debí poner una mueca de desilusión bastante grande, porque Lucas se rio en cuanto me vio. Me crucé

de brazos y respiré hondo. Su jefe debía de ser un inoportuno de cuidado.

—Tranqui, Olivera. Yo te la vigilo.

—Tomás habló desde el sofá mientras cogía el mando de la Play y comenzaba a jugar un videojuego de fútbol. Fui incapaz de discernir si se trataba del Fifa o del Pro Evolution Soccer.

—Sé cuidarme solita. —Me dirigí a la estantería que estaba repleta de cómics y manga y elegí uno al azar. Si Reverte iba a pasar la tarde jugando, yo lo haría leyendo.

Sentí la presencia de Lucas a mi lado.

—Volveré lo antes posible, que esta noche tú y yo vamos a salir un rato —me avisó. Seguía con la firme intención de ayudarme a salir, a distraerme y al fin y al cabo, de dejar atrás la ansiedad que me acompañaba. Con tantos problemas, no era fácil, pero Lucas era mi chaleco antibalas.

—Te echaré de menos. —Agité un pañuelo invisible tal y como hacían en las películas de época cuando el barco zarpaba y los que quedaban en tierra querían despedirse. Él no lo sabía pero era verdad, lo iba a echar muchísimo de menos.

—No más que yo a ti —susurró contra mi oreja, teniendo especial cuidado de que Reverte no se enterase. Me volví hacia él pillándole desprevenido y le robé un beso.

—Hasta luego, Lucas —repetí las mismas palabras que había dicho el día que nos conocimos, al despedirnos, mientras caminaba con él hasta la entrada del apartamento. La de cosas que habían pasado desde entonces...

—Si te despides así de mí, no podré irme. Más vale que me des un tortazo o algo —bromeó encaminándose decidido hacia el ascensor.

Le vi pulsar el botón de la planta baja y tras despedirme de él con un gesto de la mano, regresé a la sala y me puse a leer el manga al que le tenía tantas ganas: *Chobits*. No llevaba ni veinte minutos sumergida entre sus páginas cuando un mensaje me sobresaltó. Corrí desesperada por abrirlo y la sorpresa fue mayúscula:

No hables con nadie el contenido del mensaje, te estoy vigilando. Si quieres ver a Andrea con vida acude a la dirección en menos de treinta minutos.

Junto al texto y el lugar, podía ver

la imagen de mi mejor amiga. Estaba atada de pies y manos a una silla y la cabeza pendía en dirección a su hombro. Parecía desmayada o dormida y tenía un par de cortes en la mejilla y arañazos por el cuello. Tenía la ropa sucia como si se hubiese arrastrado por la tierra. Comencé a llorar bajito en cuanto asimilé lo que estaba ocurriendo. Si quería salvar a Andrea, tendría que actuar rápido.

—¿Estás bien, Ainara? —preguntó Reverte preocupado, mientras ponía el juego en pausa—. ¿Te ha llegado alguna noticia?

Intenté pensar una buena excusa. Si alguien me estaba vigilando no podía arriesgarme a decir nada que desvelase que iba a salir pitando a encontrarme con la persona que me había hecho la vida imposible y que ahora me chantajeaba con no volver a ver a Andrea. Pero de algún modo tenía que revelarle que algo no iba bien. Me había tragado demasiadas películas de intriga y no era tan tonta como para acudir sola al encuentro de un desconocido que pretendía hacerme daño. No es que quisiera que Tomás me acompañara, pero al menos si era listo y captaba lo

que le decía...

—No —asentí lentamente con la cabeza, en un movimiento apenas perceptible—. Me han mandado un Power Point de gatitos y me he emocionado. Estoy sensible estos días.

—Ya veo, bueno no pasa nada mujer. Es normal con todo lo que te ha caído encima. Oye para que te distraigas, ¿por qué no nos repartimos las tareas de la casa? Ya que estas viviendo aquí por un tiempo, al tener la mente ocupada en otros quehaceres seguro que te encontrarás mejor.

—Buena idea —corroboré,

poniéndome el móvil en el bolsillo.

Me fui en dirección a la pizarra de la cocina y escribí **Me vigilan**. No sabía si lo hacían con vídeo o era solo audio. Puedes escribir cogió el rotulador de nuevo para ponerme esas palabras, borrando con avidez las anteriores. Me puse en pie con cuidado de no hacer mucho ruido y arrebatándole el rotulador, esboqué un tímido **Espero que sí**. En cuanto estuve segura de que lo había captado, nos pusimos a intercambiar frases.

¿Qué ocurre? Me he dado cuenta de que pasa algo.

Me han citado para rescatar a Andrea, tengo que ir sola y no se lo puedo decir a nadie. Tengo una foto suya atada de pies y manos.

¿Alguna pista sobre quién está detrás?

Ninguna, pero debo irme ya porque me ha dado un plazo de media hora para llegar. Espera que pase un rato y mándale la dirección que te voy a anotar en un post-it al

inspector Robles. Luego recoge a Lucas y dirigíós hacia allí. Dile a él que avise a Jota y a Matthew. Pero por favor, tened cuidado.

¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

No, estaré bien. Voy a cambiarme de ropa y a recoger mi bolso. Pídeme un taxi a la puerta del bloque.

Hecho.

Puso una mano sobre mi hombro

para infundirme fuerzas y después de que le correspondiese el gesto asintiendo, salí disparada hacia la habitación. Tiré el pijama, de mala manera sobre la cama y me apresuré a vestirme. Tomé del armario unas manoletinias negras, unos pantalones pitillo y un jersey de punto negro con rayas blancas. Me colgué el bolso al hombro, teniendo cuidado de añadir un pequeño bote de colonia que estaba en mi neceser. Solo que no era colonia sino el spray de pimienta casero que mi madre me ayudó a preparar a la mañana siguiente de que un hombre intentara

abusar de una muchacha que vivía un par de calle más allá de mi casa, y que me obligaba a llevar siempre encima. Nunca le había hecho caso, hasta ese momento.

Regresé al salón como si tuviera un cohete pegado en el culo.

—¿Podrías hacerme un favor, Ainara? Ahora mismo no puedo salir porque estoy ocupado poniendo una lavadora.

—Dime, de qué se trata —repliqué con la voz temblándome ligeramente.

—Te he pedido un taxi para que vayas al supermercado a hacer unas

compras. Aquí tienes la lista. Iría yo mismo, pero no doy abasto limpiando ropa. Y ya que tú querías encargarte de las compras te dejo hacer los honores. —Reverte me tendió un trozo de papel cuidadosamente doblado. Leí que había avisado a Lucas y que me pedía que no me moviera de allí sin él. Negué con la cabeza.

—Sin problema, pero antes tengo que hacer unos recados yo sola, por lo que tardaré un buen rato en volver. — Me agarré al bolso con fuerza deteniéndome en la puerta. Me encargué de remarcar «yo sola» para que Reverte

pillase mi indirecta y se la transmitiese a Lucas. Probablemente irme así, sin protección, era una locura, pero tenía que hacer cuanto estuviese en mi mano por salvar a Andrea. Esperaba que mi novio lo entendiese.

—Si necesitas cualquier cosa, silba. —Señaló su teléfono dándome a entender que le escribiese un WhatsApp o le llamara.

—Nos vemos pronto, Tomás.

No me molesté en coger el ascensor. Bajé las escaleras de los tres pisos saltando de dos en dos los escalones. Al llegar al portal me

encontré al taxista aguardando y no dudé dos veces: subí, sin mirar atrás. Tenía que salvar a mi mejor amiga a toda costa. Era el único modo de lograr salvarme a mí misma y exorcizar así todo el daño que sin proponerlo, había causado.

Capítulo 25

Lo que el destino me tenía preparado, no lo sabía. La única certeza que me acompañaba era que al menos había vivido. Estaba estudiando una carrera que adoraba, había conocido el calor de una familia, lo que era una amistad verdadera y el amor desinteresado. Morir con diecinueve años, posiblemente era lo más horrible del mundo para algunos, pero yo podía decir que mi existencia tenía sentido. Aunque algo tenía claro: estaba

dispuesta a luchar hasta las últimas para permanecer de pie. La parte negativa era la ansiedad que me había acompañado los últimos cinco meses. La misma que me había convertido en un auténtico torbellino, en una persona inquieta que antes era pura tranquilidad. Si quería tener alguna posibilidad de conseguir mi propósito, tenía que dejar a un lado ese sentimiento que me apretaba el pecho muchas veces al día y que conseguía que mi corazón latiese disparado, como si hubiese estado corriendo una maratón sin ni siquiera haber despegado los pies del suelo. Estaba a las afueras de

Sevilla, en una nave industrial abandonada. Al taxista le había costado un poco de trabajo dar con el sitio, así que esperaba que la policía fuese más hábil.

Llamé dos veces a la puerta, no sin antes asegurarme de que el spray de pimienta estaba a buen recaudo en el bolsillo de los pantalones. Me había encargado de cambiarlo de lugar para tenerlo más accesible. Al ver que nadie me abría, hice fuerza.

El sitio estaba completamente a oscuras. La única luz provenía de dos focos de escenario que alumbraban una

tarima en la que Andrea, todavía sin conocimiento, estaba desmayada en la silla. Detrás de ella, había un cuadro colgado en la pared pero no pude ver su contenido. Estaba cubierto por una tela blanca así que me centré en la supervivencia de mi mejor amiga.

—¡Andrea! —grité su nombre mientras salía a su encuentro. Necesitaba estar segura de que estaba bien, de que no le había ocurrido nada.

Subí los escalones de la tarima y me acerqué a ella cautelosa. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie. Le tomé el pulso y cercioré aliviada que su corazón

latía. Estaba segura de que el mío iba más rápido que el suyo. Y eso no era nada bueno.

—¡Andrea despierta! —exclamé dándole una palmada en la mejilla que tenía sana tratando de que respondiese.

Empezó a reaccionar, abriendo sus ojos azules parpadeando confundida. Cuando logró enfocar la vista, me lanzó una mirada de pánico al reconocermelo.

—¡Hufe! —murmuró de forma ininteligible, con una bufanda marrón anudada en la boca que le impedía hablar correctamente. Volvió a repetir la palabra antes de que tuviese oportunidad

de deshacerme de su mordaza—. ¡Hufe!

—¿Qué pasa Andrea? ¿Qué intentas de decirme? —No entendía nada y estaba empezando a marearme.

—Huye —repitió debilitada mientras se pasaba la lengua por los labios resecaos—, déjame aquí y vete, él viene a por ti.

Saqué una botellita de agua del bolso y le di de beber, lucía completamente deshidratada. Miré a mi alrededor mientras ella sorbía furiosamente el líquido. Me deshice de las cuerdas de las manos cuando una voz resonó a mi espalda. Como la nave

industrial era muy grande, el eco repitió la frase un par de veces.

—Nara, estás aquí —canturreó Matthew mientras se aproximaba a nosotras. Cerró la puerta a su espalda, dando una coz como si fuese un caballo.

—¿Matthew? —Sorprendida miré cómo llegaba a nuestra altura portando una navaja en las manos. Parecía muy afilada y los focos la hacían refulgir más si era posible.

—Por fin has llegado, Nara. — Sonrió ampliamente mirando en derredor, pero no bajó el arma. Parecía que estaba comprobando que

estuviésemos los tres solos.

—¿A ti también te ha avisado el loco ese? —pregunté mientras Andrea caminando casi a rastras, se posicionaba a mi lado.

—Corre Ainara. No hay ningún loco, ha sido Matthew todo el tiempo. —Andrea me dio un suave empujón, pero se notaba que no tenía mucha fuerza pues apenas consiguió que me tambalease.

—En efecto querida, yo soy el que está vigilándote. Tenía un plan perfecto, hasta que el idiota de tu ahora novio me lo estropeó. Yo tendría que haber sido

el que te salvara del mendigo la noche del cine.

—¿Qué dices?, ¿de qué coño hablas? —Miré anonadada cómo se quedaba a unos pasos de distancia.

De haber querido, podría haber lanzado la navaja y habérmola clavado a cualquiera de las dos. Pero en lugar de hacerlo, le hizo señas a Andrea para que hablara mientras yo la seguía sosteniendo contra mi costado.

—Ha sido él todo el tiempo — insistió Andrea—, Matthew es la persona que te estaba acosando. Contrató al mendigo, un yonqui

necesitado de pasta, para que te diese un susto —me aclaró, mostrando la misma mueca de estupefacción que yo. Solo que ella, al tener la cara tan magullada, le daba mucho más énfasis al sentimiento de repulsión.

—¿Y tú cómo sabes eso? —le pregunté pasándole mi mochila. No sabía si iba a tener que luchar, pero no me importaba llegados a ese punto. Matthew había resultado ser mi amigo desde el curso anterior, pero no era mi culpa si se le había ido la olla por completo y había decidido acosarme.

—Lo he descubierto porque él me

lo ha contado. No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero el otro día me esperó a que llegase a la residencia por la mañana temprano y me dio un golpe en la cabeza. Cuando desperté, estaba atándome de pies y manos revelándome sus planes para contigo. Siento no haber podido hacer nada, ni siquiera tenía el móvil encima.

—Lo sabemos, la policía encontró tu bolso en un contenedor y dio por hecho que estabas prisionera en algún lugar puesto que el teléfono, el dinero y las tarjetas estaban intactos. Te hemos estado buscando durante medio mes —le

expliqué para que entendiese que no la culpaba de nada—. Respecto a ti, no entiendo por qué me haces esto. Si hasta has colaborado en la búsqueda de Andrea.

—Pura fachada. Quería tenerte solo para mí y que contemplases mi regalo. Mi objetivo era atraerte hasta aquí.

—¿Con qué intención? ¿Atropellarme como a Micifuz o matarme igual que a Cecilia? —Escuché cómo mi amiga gemía a mi espalda ante tales revelaciones.

—Confesarte mis sentimientos y mostrarte mi gran obra. —Dio un rodeo

y descubrió el lienzo que había en la pared de atrás.

Se trataba del óleo del boceto que hizo en clase, de un bosque en pleno otoño. En medio del mismo, había una imagen mía: mi busto dibujado fundiéndose con las ramas de los árboles. Tenía que reconocerlo: era un puto loco, pero dibujaba con los ángeles.

—¿Te gusto? ¿Has hecho todo ese daño solo porque crees que me amas? Contratas a un mendigo para que me amenace a punta de navaja como estás haciendo ahora. Alguien me golpea y me

deja una nota, luego el cristal de mi balcón aparece roto y hay otra amenaza. A Lucas le robas la moto para inculparle y secuestras a Andrea. El gato de la residencia aparece atropellado y Cecilia muerta y pretendes decirme que todo lo has hecho porque me quieres. Llevo dos meses caminando por la calle sintiéndome vigilada por un tío que lleva una gabardina. Menuda forma de amar tienes tú, Matthew.

—Haría lo que fuera por ti, Nara. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta de mis sentimientos? —quiso saber, enfurecido.

—Matthew, siempre te he visto como un amigo, más un hermano mayor que otra cosa. Jamás he tenido sentimientos de otro tipo hacia a ti. Y ten por seguro algo: sería imposible que me enamore de alguien capaz de hacer daño y matar para conseguir sus objetivos —aduje, conteniendo las lágrimas.

—¡Pero yo te he apoyado en tus peores momentos! ¡Buscaba planes para ti para que no tuvieras que acudir a las citas que te organizaban Jota y Andrea! ¡He sido tu paño de lágrimas cuando llorabas desconsolada por Fernando!

¿Cómo puedes negar que una parte de ti me ama?

—Insisto, Matthew. Eres, o mejor dicho eras, solo un amigo. No siento nada por ti —recalqué, para después añadir—: Lo único que no entiendo es cómo has sido capaz de organizar todo esto, más propio de una conspiración de película de Hollywood que de unos compañeros de facultad en una ciudad como Sevilla.

—Es sencillo. Puse dispositivos de escucha en los colgantes para móvil que os regalé nada más regresar de York. Solo que yo nunca estuve allí: he pasado

todo el verano siguiendo tu pista, tengo fotos tuyas de tus vacaciones en Canarias y de todo lo que has ido haciendo después, desde visitar a tu familia hasta el día que te instalaste en la residencia con Andrea —comenzó a explicar dando vueltas a nuestro alrededor.

Mi mejor amiga se tambaleaba de un lado a otro, debilitada por los golpes, el miedo y las horas interminables sin comer ni beber. La sujeté como pude pasándole esta vez un brazo por los hombros aunque yo no estaba mucho mejor que ella. El corazón se me iba a

salir por la boca.

—Eres un cobarde, Matthew. Siempre lo has sido, qué pena que no nos hayamos dado cuenta antes — murmuró Andrea secándose la sangre de la herida de la mejilla con la manga de su rebeca. Parecía que en algún movimiento se le había reabierto y no paraba de gotear.

—Cállate, imbécil, siempre has sido una idiota más preocupada por tu nuevo novio que por tu mejor amiga. Por eso no has sido capaz ni de matricularte en el segundo curso de tu carrera — Matthew escupió las palabras con odio,

moviendo la navaja en nuestra dirección de forma amenazante.

—No he podido matricularme porque alguien me robó el dinero que tanto trabajo me había costado ahorrar. Y era incapaz de pedir ayuda por vergüenza, porque ni siquiera tenía posibilidad de conseguir la beca, he estado trabajando a media jornada en una clínica como auxiliar para reunir algo para poder seguir estudiando el año que viene —intervino Andrea, con la voz pastosa.

—¿Quién habrá sido el ladrón? —replicó él sonriendo siniestramente.

—Eres un cerdo, un ratero y un asesino —gritó mi amiga con las pocas fuerzas que conservaba.

—Y tú una persona incapaz de valorar a Nara.

—Eso es mentira, Matthew, y lo sabes. El hecho de que Andrea tenga pareja no quita que no pueda compatibilizar su relación con una amistad, o con lo que le dé la gana. Y me parece despreciable que la hayas dejado sin posibilidad de estudiar. ¿Quién te has creído?

—No mientas, Nara, ella no ha sabido repartir su tiempo. Yo en cambio

he estado en todo momento a tu lado, incluso sin tu saberlo. Le robé el dinero para que no te hiciera sombra, tú debes destacar. Le quité la moto a Lucas y te perseguí con ella porque quería inculparlo de algún modo, pero no pude. No quería que nadie te superase, por eso también quité de en medio a Cecilia. Por eso y por lo que te hizo con tu ex. Aunque antes de matarla le di las gracias por quitarlo de tu camino, era lo menos que podía hacer. Así yo tenía todo el camino libre —se carcajeó. Parecía haberse drogado o haber bebido. O quizá simplemente era así y

como había dicho Andrea, no habíamos sido capaces de discernir su auténtica personalidad.

—Cuando se trata de amistad, no importa el tiempo Matthew. Una verdadera amiga no deja de serlo por verse menos con otra sino por no estar ahí cuando se necesita. Y Andrea ha estado ahí para todo igual que yo para ella. Tú en cambio... has resultado una decepción ¿contratar a un yonqui para que me ataque y aparecer mágicamente y salvarme, cuando se suponía que estabas en otro país? ¿Eres consciente de que no había ninguna lógica no que tenías

planeado? —contesté nerviosa, moviendo la mano lentamente en dirección a mi bolsillo, buscando el spray—. Además, por mucho daño que hicieras no me iba a ir contigo. Lucas sigue estando ahí, a mi lado.

Iba a esperar al momento en el que menos se lo esperase para rociarle la pimienta directamente en los ojos.

—La idea era aparecer por sorpresa, alegando que había adelantado mi vuelo para daros una sorpresa. Te escribí en el centro comercial para cerciorarme de que era seguro que ibas a ir. El plan iba perfecto hasta que ese

gilipollas de Lucas apareció e intercedió. Pero muy pronto va a recibir su merecido. No te preocupes mi vida, pronto estaremos juntos. He comprado unos billetes de avión para irnos a York, y él acabará muerto para siempre. Así le hará compañía a su querida vecina.

—En tus sueños, Matthew O'Connor. —Avancé en su dirección y pulsé el bote de colonia, rociándole directamente en la cara el spray de pimienta.

Aulló de dolor y se llevó las manos a los ojos, para restregárselos intentando evitar el escozor.

—¡Corre y pide ayuda, Andrea! —
vociferé mientras le daba mi teléfono
móvil y la hacía encaminarse hacia la
puerta.

En cuanto vi que asentía y como
podía seguía mi orden, me abalancé
sobre Matthew y de una patada lancé
lejos la navaja que había dejado caer en
medio de su dolor. Comenzamos a
forcejear y por un momento él superó mi
fuerza, así que tirando de maña me
agarré a una de las bufandas que
siempre llevaba al cuello y tiré hasta
que su piel empezó a cambiar de color.
Como pudo, rodó sobre mí y se deshizo

de la prenda que le había marcado la garganta y fue entonces cuando descubrí el motivo por el que estaba llevando bufanda a pesar del calor. No era porque aún estuviese acomodándose del clima de Reino Unido, simplemente quería ocultar un pequeño tatuaje en el que se podía leer mi nombre adornado por el ala de una golondrina. Sin duda alguna, a medida que los minutos transcurrías lo acontecido en los últimos meses se iba despejando. El barbudo con botas militares que no me había perdido la pista era mi ex mejor amigo disfrazado. *Con razón decía que me*

seguía...

—Suéltame, Matthew, esta batalla la tienes perdida de antemano —espeté propinándole todos los golpes que era capaz—. Hagas lo que hagas, amo a Lucas y eso no puede cambiarlo ningún plan malévolo. Es más, ten por seguro que si no hubieras urdido esto, ni nos habríamos conocido.

Andrea, en la puerta de la nave, chillaba y lloraba desconsolada al vernos forcejear.

—Pues si no eres mía, no serás de nadie más. —Y tras decir esas palabras, Matthew sacó otra navaja de su chaqueta

y me la clavó en el pecho a bocajarro.

Mientras la vida se me iba, en lo único en lo que pensaba era en que al menos había podido darle una oportunidad a Andrea aunque no había podido despedirme de mi familia. Ni de Lucas. Y eso junto con la sangre que manaba a chorros de la herida, provocó que mi corazón sufriera el mayor cortocircuito por el que había pasado nunca y no se recuperase.

Epílogo

Mi idea del cielo no incluía las luces azules de un coche de policía. Ni mucho menos el ruido estrambótico de las sirenas de una ambulancia. Pero tal y como había aprendido, las cosas no siempre salían como yo tenía previsto. Había cosas que no podía controlar, como cuando en el cine me sentaba cerca de la salida por si me daba ansiedad y tenía que marcharme de la sala. Y seguramente el hecho de que Matthew guardase otro arma bajo su

chaqueta era algo que no podía prever. Lo que sí entraba dentro de mi concepto celestial era la mano de Lucas sobre la mía, mientras me trasladaban de urgencia al hospital después de haberme reanimado. Su voz reconfortante susurrándome al oído que no le dejase solo, me infundió fuerzas para luchar contra la negrura y el dolor que me rodeaban. Estaba en medio de las tinieblas y rezaba con todas mis fuerzas para salir a la superficie.

Después de pasar por una larga operación, los médicos lograron cortar la hemorragia y cerrar la herida causada

por la puñalada, que por suerte no había alcanzado ningún órgano vital, pero que había conseguido que estuviese muerta un minuto y medio.

Por fortuna también, el inspector Roble y sus agentes acudieron rápido al lugar de los hechos y alguien se acordó de llamar a una ambulancia. Y como decía una frase de una serie que me encantaba: «La suerte nunca se olvida».

El cómo sobreviví y lo que pasó con Matthew después, me lo contó Andrea la mañana que vino a visitarme, completamente recuperada de las secuelas del secuestro.

—Matthew, al verse rodeado puso las manos en alto antes de que la policía se lo ordenase siquiera, pero, en un rápido movimiento, se tomó una capsula y cayó al suelo —me relató Andrea, sentada en una silla con Jota al lado, que le acariciaba el pelo nervioso, como con miedo a perderla de nuevo.

—Murió en el acto, por él no pudieron hacer nada. Es una pena que no haya podido pagar en la cárcel por los crímenes que ha cometido, por los robos y por el secuestro —añadió Lucas, que no se separó de mí en toda mi estancia en aquella habitación de hospital.

Llevaba una semana y media ingresada y agotada, prefería estar en cualquier lugar menos allí.

—Por lo que se ve, había estado estudiando cómo hacer esto desde hacía mucho y sabía que si las cosas salían mal iba a acabar encarcelado por lo que optó por suicidarse. La pastilla que ingirió era prácticamente instantánea —relató Jota.

—Supongo que esa era la solución fácil, la cómoda, pero lo difícil hubiese sido enfrentarse a las atrocidades que ha hecho —contesté, llevándome una mano al pecho donde comprobé, a pesar de

que el monitor al que estaba conectada lo indicaba, que seguía viva y no estaba en un sueño.

—¿Qué ha pasado con la acusación de Fernando? —pregunté inquieta.

—Los cargos que presentó contra ti han sido anulados automáticamente al demostrarse que el autor del asesinato fue Matthew —adujo Andrea, para después añadir—: el Minion de tu móvil y el portátil que han encontrado en su residencia, con las escuchas que había hecho, han servido como prueba principal. Estás a salvo.

—Chicos, podéis dejarnos a solas

un momento —pidió Lucas dirigiéndose a mis amigos—. Desde que estamos aquí no he tenido oportunidad de estar ni un minuto a solas con Ainara y necesito hablar con ella en privado.

—Claro, eso no tienes que decirlo. Vamos a la sala de espera con tus padres, tu hermana y el garbancito que está en su barriga —comentó Andrea, acercándose a la cama para darme un beso en la mejilla. Jota imitó el gesto y ambos se marcharon sin hacer ruido.

Lucas y yo nos miramos, yo nerviosa, no sabía bien qué esperar. Lo mismo podía querer un poco de

intimidación como había dicho o simplemente decirme algo que no me gustase. Como que la situación por la que habíamos pasado había sido mucho para él y prefería dejarlo. Si era así, una parte de mí lo comprendía pero otra egoístamente, quería no oírlo.

—¿Y bien? —me adelanté. Si tenía que comunicarme algo, mejor que fuera de golpe y no soltando la información poco a poco.

—Hay algo que estaba esperando a darte el sábado que íbamos a dar un paseo en catamarán. Llámame antiguo si quieres y no te la pongas si no te

apetece, pero aquí tienes —explicó tendiéndome una cajita de terciopelo rojo.

La abrí nerviosa, y dentro me encontré una alianza de plata. Le miré con los ojos anegados en lágrimas después de leer la inscripción.

—¿No te gusta? —preguntó preocupado, estudiando mi rostro.

—Al contrario, es maravillosa —contesté poniéndomela en el dedo correspondiente—. Simplemente me ha emocionado ver grabado: «Te amo, 3,14159...»

—Menos mal, porque hubiera sido

un lío tener que descambiar las dos después de grabarlas... —Alzó una mano enseñándome la suya.

—Idiota —murmuré tirando del cuello de su camisa para atraerlo hacia mí. Nos quedamos a un palmo de distancia.

—Siempre seré tu idiota.

Unió su boca a la mía y me rodeó con sus fuertes brazos, y solo entonces supe que el menor de mis problemas iba a ser la ansiedad, contra la que tendría que seguir luchando hasta recuperarme por completo. Estaba a salvo y no importaba cuántos obstáculos hubiese en

el camino, los superaríamos juntos.

FIN

Agradecimientos

Posiblemente la parte más difícil de haber escrito Cortocircuito, no ha sido hacerlo en un mes como participante del NaNoWriMo, ni corregirlo poco a poco un año y unos meses después. La parte más dura es saber reunir las palabras suficiente para dar las gracias a todas las personas que me han ayudado a lo largo de este viaje. Así que empiezo, antes de que me den las uvas de 2016:

A mi editora, Teresa, por acoger

esta novela con los brazos abiertos a los pocos días habérsela enviado y darme los consejos necesarios para mejorarla y madurarla. Sin ti, este libro no sería otro «Kiwi» que añadir a la editorial. A Borja, por diseñar una cubierta maravillosa que encaja a la perfección con la idea que rondaba por mis pensamientos.

A mi madre, Antonia, por todas las fuerzas y consejos que me has dado, por ser mi soporte y estar siempre ahí: en las buenas, en las malas y en las regulares. A ti, la persona que me dio la vida, va dedicado el primer libro al que

yo se la doy por completo, en el que he puesto ganas, ilusión y sueños.

A mi hermano, Manuel Jesús, por los ánimos dados... a tu manera. Por las veces que me has dicho «acaba el libro ya» como si fuera fácil. Sigue apretando tornillos, eso es señal de que hay trabajo.

A mi abuela Lolita, y a mi tía Manoli, por ser dos grandes soles que me iluminan la vida: a pesar de los problemas, estar un ratito sentada en vuestro comedor, charlando; es encontrarme en mi segunda casa y eso no tiene precio.

A mi tía María Dolores y mi prima Oliva, por alegraros tanto o más que yo cuando supisteis que esta novela vería la luz y por darme ánimos en el proceso.

Al resto de mi familia. Tanto los que sabíais que estaba escribiendo y me apoyabais como los que no teníais ni idea. Y un gran gracias a personas de la misma que están en el cielo, a las que echo mucho de menos: a mi abuelo Manolito, espero que sigas cogiendo muchos gorriones para mí entre las nubes, a mi tío Joaquín, ojalá que no te pierdas ni un capítulo de Barrio Sésamo allí arriba y a mi tía Mariquita, deseo

que sigas con tu rebeca puesta, tomando el fresquito en las noches de verano allá donde estés.

A mis amigos y las personas buenas que me rodean, por formar parte de esta aventura y darme fuerzas cuando decía “no puedo” y resultaba que sí podía pero yo no lo sabía:

A Eva, mi hermana de batallas literarias desde hace muchos años: nuestra amistad va más allá de los kilómetros que nos separan. A Dani, mi pequeño cuervo azul que pronto volará muy alto con sus bellas palabras y gran corazón. A Silvia, la primera en leer la

novela y decirme entusiasmada que le había gustado. Nunca olvidaré que me ayudarás a pasar ese primer «susto». A Mamen, sin aquella llamada telefónica y tus consejos quizá ni me hubiese arriesgado a probar suerte. A Cirenia, mi compi de guerra durante el NaNoWriMo: aquellos piques de 1000 palabras en una hora han dado sus frutos para bien. A Victoria, por tenderme la mano, aconsejarme y resolver todas las dudas que he tenido. A Ángela, por una nueva amistad que ha dado como resultados muchos puntos en común, como nuestra locura por el anime. Y a

Patry, por una vieja amistad que es como el Ave Fénix, resurge más fuerte de sus cenizas. Por los ánimos, por las risas y por las cosas que no se pueden contar. ¡Sois todos geniales!

A mi cuñada Cristina, por haberse leído la novela desde el móvil y haberme ayudado con la corrección de la misma. Y por todos los momentos compartidos. Ojalá este libro llegue a donde te encuentras: Perú. A mis suegros Dolores y José, por vuestro apoyo en cosas que van más allá de la literatura.

A Yolanda, por no sólo ser una

excelente profe de Lengua y Literatura, sino también una mujer que vale oro. Me has enseñado más en once años que mucha gente en toda una vida.

A Jose Manuel, mi corneta favorito, quien pone una sonrisa en mi cara cada mañana desde más de un año y medio, por hacer conmigo lo mismo que Lucas con Ainara: amarme, quererme, cuidarme, apoyarme y estar conmigo en la salud y en la enfermedad. Cuando comencé a escribir Cortocircuito, no te había conocido y mira tú por dónde, has sido mi más bonita casualidad. Te amo 3,14159... o lo que es lo mismo, te amo

Pi.

Y gracias a ti, lector/a, porque si has llegado hasta aquí, significa que la historia de Ainara, que tiene un poquito de mí, ha llegado a buen puerto.